

Bryher

Beowulf

Seix Barral Biblioteca Formentor

Bryher

Beowulf

Índice

para
Sylvia Beach
y a la memoria de
Adrienne Monnier

1

Esas miserables habían vuelto a encender la radio. Horatio apartó las sábanas con mucho cuidado y buscó a tientas el interruptor. Lo último que había hecho antes de irse a dormir había sido cerrar la cortina, pero con este maldito apagón, sin alguna otra luz, no podía ver nada. Las siete. No había ninguna necesidad, ninguna absolutamente, para considerar la posibilidad de levantarse en al menos dos horas más. En primer lugar, porque su doctor, su amabilísimo doctor, le había mandado quedarse en cama, «tanto como le sea posible, señor Rashleigh» y, en segundo lugar, porque de esa manera ahorraba gas. Era de mal gusto, como solía repetirle a la señorita Tippett en el piso de abajo, preocuparse por peniques. «Mi defecto, si se me permite decirlo, es la extravagancia»; aun así, ahora que la gente había dejado de intercambiar tarjetas de Navidad pintadas a mano, resultaba importante postergar el mayor tiempo posible la necesidad de encender el horno. Sin duda, él nunca esperaría puntualidad de una mujer, pero Agatha, su prima, era especialmente exasperante; con frecuencia no se acordaba de enviarle su chequecito sino hasta pasado el día siete de cada mes; ¡qué difícil le hacía la vida!

Cuánto trabajo le costaba, después de toda una vida de actividad, quedarse quieto por las mañanas. Hasta el pasado septiembre había gorriones afuera, las borlas flotantes del platanero, y las nubes que a él, antes que cirros, le gustaba llamar pastelitos de muselina. Miró con enfado el cuadro de papel negro que no le dejaba ver el cielo. Pasado el bombardeo, de no haber sido por la radio, habría podido dormir toda la noche.

Era Eve, bastante desvergonzada como de costumbre. «Pongo mi alarma a las seis cuarenta y cinco, y después me doy la vuelta para prender el radio portátil. Un poco de swing me ayuda a despertarme y preparar el desayuno». En un mundo ordenado, las mujeres no bajarían a sus asuntos echando abajo las escaleras, haciéndolas retumbar como un joven soldado con un abrigo de piel sin siquiera la pretensión de una gorra sobre el cabello corto y liso. Esto era muy distinto de la imagen que recordaba: un jardín con los colores de un

juego de croquet como la única nota primitiva —había sido idea suya resaltar un juego de pelotas en tonos pastel—, en el que unas figuras estáticas vestidas de seda habían visto el partido desde sus rústicos asientos. Se habían movido la naturaleza, las nubes, los árboles, las peonias, justo como lo habría anhelado un pintor, pero la gente había permanecido en silencio, agrupada en torno a su esposa —y volvió a verla por primera vez—, sonriéndoles a las margaritas en su mano.

El ruido era peor que el de doce carruseles. «Dios mío —se había quejado en voz baja—, soy un anciano, suficientemente viejo para ser su abuelo y disfruto la jovialidad tanto como cualquiera si es melodiosa, pero ¿cómo es que usted disfruta oír esas disonancias?».

«Ah, tiene un sentido, solo que es difícil de explicar. Lo pongo con el volumen bajo para no molestarlo, eso sí». La posibilidad de disculpa, o de silencio, no estaba sobre la mesa. Cuarenta años atrás, a Eve le habrían enseñado a cruzar sigilosamente frente a su puerta si se hubiese visto en la necesidad de levantarse temprano en la mañana. Era una cuestión de dinero, de avaricia; la dignidad se había esfumado del mundo con la muerte de la reina Victoria. Su propia boda, qué coincidencia, había caído en el cumpleaños de la reina. La gente tenía que volver a la vieja simplicidad, por no decir como Evelyn —quizá la pequeña no había tenido la intención de ser grosera—. «¿Y quién si no te ayudaría a subir la cubeta de carbón tres pisos desde el sótano? Deberías agradecer que se inventaron las lámparas de gas».

«Esa chica es más resuelta que la mayoría —había dicho la señorita Tippett cuando él… No, no se quejó, nada tan intolerable como la intolerancia: cuando mencionó la radio—. A los viejos nos toca ajustarnos a los nuevos tiempos». Por supuesto, nadie podía acusar a Selina de sensibilidad artística. «Pobre mujer, era uno de los dibujos menos logrados de la naturaleza, un boceto garabateado en una agenda telefónica», y se rio de cabo a rabo con una risa de *oes* superpuestas.

Once y cuatro peniques, esos eran para el farmacéutico. Agatha lo regañaba por cuidarse hasta la temeridad. Podría morir en mi cama por una bomba, o de neumonía en el refugio. Y, sin embargo, si otras personas se resfriaban severamente por bajar al sótano de noche, ¿cómo iba él a evitar que le viniera una bronquitis? Esa semana tendría que comprar té. Había que comprar pintura, y necesitaba un nuevo pincel de pelo de camello. Y estaba ese libro de estampillas; tres, cinco, no, necesitaría diez chelines para gastos extra.

«No entiendo, primo, por qué tienes que escribir tantas cartas». Agatha no sabía qué se siente ser un viejo solitario después de treinta años de felicidad doméstica. A pesar de sus esfuerzos, la cuenta del

gas no dejaba de subir, y le debía a la señorita Tippett cinco semanas de renta. Sin importar cuán pronto llegara el cheque mensual, necesitaría una libra y dieciocho; no, más bien dos libras, para tachar todos los elementos de la lista.

Algo había que hacer al respecto. Hubo un tiempo en el que vendía sus acuarelas a tres guineas cada una. Se sentó en la cama, se acomodó la bata a la altura de los hombros y contempló los nombres en su lista de direcciones. Algunos estaban marcados con una cruz de tinta roja junto al nombre, otros subrayados en azul. Las iniciales H. I. J… La señora Johnson había sido muy buena con él, así que quizá intentaría hablar con la hija. Levantó un poco la charola con el cuaderno de notas y la acomodó sobre sus rodillas.

> Apreciable señorita… —lo único que recordaba de la hija de los Johnson era una instantánea que su madre le había enviado, de una niña en edad escolar, con un moño blanco en el cabello, posando en la playa—. Un anciano tiene pocos placeres fuera de sus recuerdos, y yo lo soy, setenta y seis años cumplo este año, aunque mis vecinos —si no puedo llamarlos mis amigos, al menos sí gente muy amable— me preguntan en broma si no es ya hora de hacer mi servicio militar. Ayer me puse a hurgar entre mis papeles, dado que no quisiera causar dolor ni problemas tras mi partida, y dado que los alemancitos —no, demasiado personal, así que lo tachoneó—, dado que los alemanes nos tienen demasiado presentes a los londinenses últimamente, y me encontré con esta carta que su madre me escribió hace muchos años acerca de una diminuta acuarela mía, *Amanecer en la Torre de Londres*. Aquella Navidad se le ocurrió la maravillosa idea de enviar algunas copias a sus amigos. Le sacará una sonrisa, espero, pero aquí, esta noche, recostado bajo los cañones que atraviesan el cielo, no puedo evitar preguntarme qué fue de aquellas pinturas. Quisiera pensar, por vanidad, dirá usted, que mi pincel fue el medio por el cual algún niño o alguna niña tuvieron un primer encuentro con la gloriosa historia de su país.

Horatio sintió un escalofrío. Hacía frío cuando uno escribía antes del desayuno. Apartó la charola y se cubrió con las sábanas de nuevo, por encima de las orejas. Tenía la esperanza de que la señorita Johnson —no tenía noticia de que se hubiera casado— no fuera una de esas mujeres agresivas que centraban su vida en sus perros. Quizá, para mantenerse en terreno seguro, incluiría alguna frase vaga sobre animales:

> Una vez tuve el privilegio, único en la vida, de hacer un boceto de dos de los ponis color crema de la difunta reina Victoria, para mis sobrinos —la oración era una agradable anécdota histórica en caso de que prefiriera el mundo animal—. De hecho, me gustaría preguntarle, con perdón de mis divagaciones, ¿le

importaría conservar la carta de su madre con usted? Realmente era tan considerada con los demás que he atesorado su carta siempre y no soporto la idea de que quede en manos extrañas —extendió una mano fría hacia la charola nuevamente: a su edad, las buenas frases, si no las escribía, tenían la costumbre de escapársele rápido, como esas nubecitas cirros que tanto le gustaban—. Me imagino que, para usted, en estos tiempos difíciles, estará siendo complicado mantener ese hermoso jardín tan cuidado como quisiera —un verano había hecho un boceto de las malvas de la señora Johnson. De hecho, así es como se habían conocido. Se lo había encontrado dibujando en un prado vecino, le había ofrecido té y finalmente una comisión para pintar su vereda (la pluma comenzaba a raspar, se estaba secando la tinta; el frío, sin duda)—. Al menos, espero, se habrá salvado de la atención de visitantes indeseados. Sinceramente a sus órdenes, Horatio Rashleigh.

Tendría que esperar un momento a que se le descongelaran las manos bajo las sábanas, y luego se levantaría a encender el fuego. Después de desayunar pasaría en limpio la carta y, quizá, le escribiría una postal a Agatha. No era un buen día para retrasarse si quería comprar té; si no llegaba a la tienda del señor Dobbie al cuarto para las diez, no habría tiempo para una conversación.

Se frotó las manos, impaciente por una actividad que la habitación helada le negaba. Su paisaje marino parecía estarle reprochando, con sus galeotes y sus nubes vaporosas. Lo había colgado justo encima de lo que alguna vez había sido la chimenea pero que ahora, lástima, estaba bloqueada por el yeso de las tuberías de la estufa de gas. Tal vez estaba, como se lo habían dicho de broma en su juventud, un ápice demasiado influido por Turner, pero era su propio espíritu el que habitaba cada línea del barco de Drake. Las precisas líneas de la arboladura resaltaban con gallardía, como pintadas en sepia, bajo las nubes y las flamas del buque español. Una profecía, quizá: «Ahora todos somos Drakes a nuestro propio modo, señorita Evelyn». A lo que la chica había respondido —estas escuelas modernas, qué poco les importaba el pasado—: «Bueno, si el Ministerio de Alimentos sigue tan terco como hasta ahora, no nos vendrían mal algunos patos».

Cuarenta años antes, el cuadro colgaba orgulloso de las paredes de la Real Academia de las Artes. No con buena iluminación, naturalmente, pero no todos los llamados por las musas son capaces de soportar la intoxicación del éxito ajeno. Aun si sus pares lo habían ignorado, el Arte no le había fallado. Era mejor llevar la belleza a ojos inexpertos —y ahora, a su avanzada edad, podía decir esto con toda seguridad— que dejarla colgando desolada en una galería frente a una docena de esos estudiantes y visitantes indiferentes que vagan de una sala a la otra para pasar el rato. Sus barcos habían sido la feliz portada

de *Primeros pasos en Historia, parte II*. Habían sido calendarios, e incluso rompecabezas. Otros podían reírse, como aquel tipo, Dale, que se había mofado de sus fotografías a color solo porque él, en lugar de aprender a dibujar, se dedicaba a hacer manchas negras y rojas con el pulgar, a las que llamaba *Abstracto N.° 7*.

El mundo no necesitaba maquinaria, sino penitencia, el regreso al aprendizaje, a las líneas rectas y a romperse el lomo. Si se estaba librando esta guerra era porque la gente quería todo rápido, era chapucera, indiferente al detalle, egoístamente ávida de laureles temporales, lo opuesto a los artesanos anónimos que le dedicaban una vida entera a algún sombrío rincón en el muro de una catedral. «El artista aborrece los motores», le había dicho fríamente a Evelyn la noche anterior.

«¿Y qué hay de Leonardo y sus máquinas voladoras?», bromeó ella, mientras él se sorprendió de que conociera el nombre de un pintor. «Da Vinci —le reviró—, era un genio, pero hay un elemento en su obra, con excepción de la *Mona Lisa*, que solo puede describirse como… implacable». No se tomó la molestia —aunque las mujeres hoy en día hablaban de cosas que a los hombres ni siquiera se les ocurrían — de mencionar las desafortunadas circunstancias de la vida familiar de Leonardo. «Un día —sugirió, porque nunca se sabe, existe la posibilidad de que las palabras revelen los tesoros del espíritu a los jóvenes—, tiene que ir conmigo a la Galería Nacional. Hay un azul en las pinturas de Fra Angelico que es exactamente del color del cielo toscano». «Cuando haya paz, señor Rashleigh, me dará tanto gusto que iré adonde sea». Y entonces él recordó, con un sobresalto, que a causa de la guerra, esas pinturas se habían transferido temporalmente fuera del país.

Después de la guerra… lo recorrió un escalofrío, más por el odio que por el clima. ¡Esos vándalos! Toda su vida se había resistido a un poder misterioso, y ahora ahí lo tenía, recorriendo el cielo con sus motores chillones —su abuelo no se había equivocado al predecir la condenación del mundo la primera vez que vio una locomotora—, haciendo pedazos los valores morales, destruyendo hogares con placer lujurioso —la señorita Tippett le había contado el día anterior que, en los refugios, hombres y mujeres dormían juntos, sin siquiera una cortina—. Si tenías setenta y seis años, cada momento contaba. Las palabras valerosas sobre la muerte solo existían para los jóvenes. ¿Qué tal si, cuando terminara la guerra, estaba ya demasiado enfermo para ir a la Galería Nacional? ¿Qué tal si Agatha realmente no podía enviarle la mensualidad? ¿Si le fallaban las manos? ¿Si sus últimos clientes abandonaban la compra de calendarios? Ya era bastante

deprimente ser un anciano sin un alma para consolarlo, como para tener además esos ruidos demoniacos y al gobierno racionándole la mantequilla. Podían quitarle la carne si querían, pero ni siquiera siendo tan pobre como él, había tenido que probar la margarina, y no iba a empezar ahora.

Tal vez estaba de un humor tan lúgubre porque estaba inquieto y hacía frío en la habitación; no tenía caso resignarse a la melancolía. Se levantó con mucho cuidado, se pasó una segunda bata de dormir por encima de los hombros y buscó a tientas sus pantuflas. Una corriente helada sopló por el umbral de la puerta mal empotrada. La mayoría de la gente de su edad estaría tiesa, semipostrada en cama; él, si bien no podía levantarse de un salto, al menos era tan ágil como a los sesenta. Llenó la tetera y puso marcha hacia la estufa.

Hacía demasiado frío para abrir la ventana, y el papel negro oscurecía la luz con firmeza. La flama chisporroteante le quemaba las piernas, pero no se atrevió a alejarse de la sensación reconfortante. Levantarse nunca había sido un problema en los días en que se escabullía al amanecer con su caballete para ver a las vacas avanzar a paso lento y plácido sobre un campo infinito de florecillas. Esas eran las horas que le gustaría volver a vivir; ¡cómo se tira la riqueza a la basura! El mismo cielo, que era un símbolo de paz, del paraíso, se veía ahora profanado por bestias bárbaras que arrojaban misiles sobre los tejados, ¡sobre su propia cabeza! Le parecía que durante la noche había caminado por el bosque, uno notablemente parecido a la pequeña arboleda que estaba cerca de su antigua casa, cuando de la nada algo se había activado junto a él, con un estruendo… —y entonces se despertó, con el sonido de las sirenas—. ¿Por qué era destructora la gente? Descolgaron la pintura del molino que había hecho, se burlaron de sus tarjetas de encaje; le recordaban a ese momento terrible de su niñez, que nunca había olvidado del todo, cuando una horda de chicos mayores y gritones, vestidos de plumas y armados con hachas de madera, habían saltado sobre él de entre los árboles y lo habían dejado desparramado sobre el musgo que antes había sido su castillo.

Se sentiría mejor, siempre se sentía mejor, después de haber tomado una taza de té.

2

Selina Tippet, que debía haberse llamado Madge, bajó trotando las escaleras. A Ruby, dedujo, se le había hecho tarde; era lo mismo cada jueves, el día en que nadie en Warming Pan tenía tiempo de detenerse a platicar. La manera en que la corriente de aire se colaba por debajo de las ventanas era impresionante; los pasillos —mucho mejor iluminados de lo que por lo general encuentras en Londres— durante el invierno no eran precisamente una ventaja. Los frágiles colores del plato de porcelana china que colgaba solitario en la pared, más que desgastados, parecían congelados. Angelina, sin duda, debió haber sentido un escalofrío cuando dejó el calor de la cocina y subió corriendo a supervisar que las camas estuvieran hechas. Si no estuviera trabajando —pensó Selina—, me pondría guantes, y de pronto se vio a sí misma, tan claramente como si el señor Rashleigh hubiera pintado la escena en un calendario, de pie afuera de la casa de su padre una Nochebuena, sacando un par de guantes sin dedos, grises y lanudos, de una envoltura con la frase «Para la señorita Roly Poly», escrita con la caligrafía de Cook en una tarjeta diminuta. Guantes… mezclados en su cabeza con muñecos de nieve y la displicencia de su madre. «Selina, se te desató el moño; esos niños juegan muy pesado y no quiero verte con ellos». «Dios mío —se sobresaltó al escucharla en voz alta—, cómo ha cambiado el mundo desde que cumplí diez años. Ha cambiado para bien, también, incluso a pesar de los bombardeos». A una chica como Evelyn nadie la cuestionaba ya sobre sus amistades, iba a trabajar cada mañana sin mayor inconveniente; incluso podría aspirar a un empleo en otro país, en tiempos de paz.

—Buenos días, Timothy. —Las persianas del salón estaban cerradas, por supuesto, porque no abriría sino hasta las diez, pero el piso ya estaba barrido y las mesas nuevamente acomodadas en filas.

—Buenos días, madame. Qué noche más ruidosa la de ayer. —Timothy sacudió el escritorio y la silla de la oficina con el plumero, y se quedó esperando oír algún consuelo, con esa tristeza suya innata y permanente.

—Así es, y según el primer ministro habrá otras peores que

soportar antes de que todo termine… —Todos ellos, pobres almas, lidiaban con ello espléndidamente, lo cual solo favorecía que se les derrumbara el aplomo apenas los dejabas discutir el horror.

—Fue una mina terrestre, madame, en la esquina de la plaza; el lechero me contó que se cargó dos casas deshabitadas. Fuego abundante; a las once se podía ver la hora en el reloj tan claro como en el día.

—Sin duda, hay que agradecer que no hubo más daños.

Estos eventos extraordinarios —pensaba Selina—, requerían un vocabulario nuevo, muy diferente, y no obstante ahí estaban dándose ánimos. Eso era lo importante, la diferencia que separaba a Inglaterra del continente aun mejor que el Canal. «Lo mejor que podemos hacer, Angelina —le había dicho la víspera, dos veces, a su socia—, es seguir viviendo con absoluta normalidad. Los demás nos imitan inconscientemente, y así influimos no solo en Ruby, Timothy y los clientes, sino en cientos de personas». Puesto que, si los clientes iban a almorzar y se marchaban alegres, más tarde ellos también influirían, a su vez, en sus familias y sus doncellas. Resultaba muy inspirador, especialmente en una mañana así de lúgubre y fría, pensar en lo mucho que una mujer solitaria podía hacer en defensa de su patria.

En tiempos de guerra, sin embargo, era imposible mantener la alegría o la valentía por mucho tiempo. Selina miró su escritorio: había un montón de cartas apiladas sobre el cuero desgastado, y lo que contenían era sin duda desagradable. Algunas personas, supuso, disfrutaban su correspondencia; les traía noticias de lugares lejanos y extraños o les contaba anécdotas divertidas de los amigos. Una carta debería ser el acto de compartir con los demás la propia vida, pero ahora significaba responder preguntas estúpidas al final de la jornada de trabajo o reclamar un error en la cuenta del gas. El cartero era la personificación del Destino, con D mayúscula, porque cualquier día a las nueve o a las once o a las cuatro podría traer consigo los documentos que, estaba segura, llegarían tarde o temprano: o pagaban las rentas atrasadas o el casero se vería en la penosa necesidad —se imaginó la expresión, educada, gris— de solicitarles el desalojo.

Había una circular del Ministerio de Alimentos. La gente de Butler's, por supuesto, quería algo a cuenta, igual que siempre a principios de mes. Planeaba abrir las cartas metódicamente, pero no tenía caso; pasaron con prisa entre sus dedos ansiosos, hasta que estuvo segura de que el temido sobre blanco con el sello de confidencial no había llegado. Solo cuando tuvo certeza del silencio del casero pudo empezar a abrirlas con su abrecartas favorito, el del mango de cornalina y guijarros que había recogido de la playa alguna

vez, y comenzó a acomodarlas para responderlas.

Presagios… si una se permitiese creer en ellos, diría que algo está por ocurrir. Selina tomó, no las páginas del libro de contabilidad con las cuentas del pescado ni una nota con firma indescifrable, sino un gran álbum de fotografías de Warming Pan. Nunca olvidaría la noche en que había confrontado a la señorita Humphries en un lúgubre hotel de Bournemouth. El café había estado frío y turbio por tercera noche consecutiva, pero se había visto a sí misma, exactamente como en un sueño, caminando por la calle y pasando junto a la tienda vacía.

Desde entonces los salones de té tenían un significado especial para Selina. Los asociaba con la libertad. Solo aquellas personas, pensaba, que han experimentado la obediencia por seis horas y media al día, saben lo que es la libertad. De la mañana del viernes y hasta el siguiente jueves por la tarde leía en voz alta, emparejaba lana, empujaba la silla de baño o se ponía a soñar, mientras la pobrecilla señorita Humphries dormía; pero la tarde del jueves salía, vestida a su propio gusto, para encontrarse con algún amigo en la pastelería local. Conversaban sobre la correspondencia, la Iglesia, el Tribunal, la necesidad de seguirle el paso a la moda, sin dejarse dominar por ella, y la comida. Su presupuesto le permitía gastar solo una libra y seis peniques, pero una suma semejante ofrecía amplias posibilidades de elección. Podía comprar, por ejemplo, pan tostado con mantequilla o *scones*, un pedazo de pastel de ciruela, una tartaleta, o algunos sándwiches. La carísima repostería de aspecto extranjero no la tentaba.

Selina coleccionaba tiendas de té como la gente rica degustaba vinos. A veces tomaba un tren al campo con el pretexto de cosechar campanillas azules, pero en realidad iba a conocer algún Té de granja que le habían recomendado. En aquel lugar la mantequilla era buena, en ese otro hacían muy bien los bollos, aunque los pasteles les quedaran pastosos; nunca había encontrado en un solo lugar «el pan, la temperatura y el té», como le parafraseaba jovialmente a Angelina. Entonces, esa noche en que se dio cuenta de que todo mundo en el sombrío salón del hotel era mayor de setenta, lo vio de pronto, completo, incluso con el nombre, el lugar de encuentro perfecto, no elegante pero sí hogareño, con porcelana de rosas y mesitas bien pulidas en un ambiente alegre.

—No, Selina, en eso solo se pierde dinero —insistió Angelina. Esa noche era casualmente su día libre, y se habían sentado juntas en su habitación, con la puerta abierta, en caso de que la señorita Humphries llamara.

—Claro, pero es porque nadie sabe administrarlos como se debe;

siempre se olvidan de las cosas pequeñas, porque los hombres son muy insensibles. —En eso último, al menos, estaban de acuerdo.

—Sí, pero no es poco común que los comiencen mujeres, de esas robustas y maniáticas. Mira el lugar al que fuimos el sábado pasado; el té estaba asqueroso y los bollos apestaban a margarina, y no había un solo varón a la vista.

Era el estilo de Angelina —pensó—, oponerse a todos los proyectos que no se le ocurrían a ella. Hubo días, durante el año siguiente, en los que Selina incluso se convencía de que Warming Pan existía ya, mientras que en realidad fue solo un sueño hasta que la señorita Humphries murió dejándole inesperadamente trescientas libras, tras lo cual, durante una caminata matutina, encontró el local ideal vacío. Los siete años se plegaron en uno, porque ni un solo día había dejado de sentirse llena de una vida vibrante y plena de emoción. Al principio había tenido miedo, pero jamás una vez que abrieron el lugar, solo en los momentos previos, cuando firmaron el alquiler, contrataron a las meseras y se preguntó si sería capaz de pagar las cuentas. Ahora recordaba haber mirado las paredes recién pintadas y haberle dicho a Angelina: «Pero ¿y sí vendrá gente?». Se había sorprendido tanto cuando llegaron los primeros, una señora nerviosa que llevaba cargando, junto con sus cosas, a dos niños peleoneros. La segunda en llegar —la reconoció de inmediato— era una institutriz. «Mira, Angelina —susurró—, llegó alguien. ¿Qué tengo que hacer?».

Y sin embargo era pura alegría, casi estaba fingiendo estar asustada; se había comportado como si por veinte años, en vez de una dama de compañía con excelentes referencias, hubiera sido la administradora de un hotel elegante. Todo había ocurrido como si hubiera estado predestinado: Sarah, la asistente, cuya ayuda había sido invaluable desde el principio, se había casado y había dejado el lugar bajo el control indiscutible de Selina. Angelina se encargaba del personal y las compras, pero en realidad tenía el corazón puesto en los cursos que tomaba todo el tiempo para mejorar, como ella decía: «El futuro de nosotras las mujeres».

—El del número siete se va hoy —señaló Timothy, quien había terminado de vaciar las cubetas de agua en la cocina y regresado para extender su ropa mojada junto al radiador, para que se secara. Eso, en sentido estricto, estaba prohibido, pero Ruby hacía un escándalo si él le estorbaba en la cocina, así que fingían no darse cuenta con la condición de que levantara sus cosas antes de las diez—. Vi la furgoneta cuando venía para acá. Yo creo que, entre las bombas y la gente que se está yendo al campo, Londres va a dejar de existir.

—Leí en alguna parte —sentenció Selina— que a la ciudad le tomará tres años y medio quedarse en ruinas.

Puede que fuera correcto en términos estadísticos, pero no podía evitar estar de acuerdo con Timothy, que era el pesimismo en persona, en que, tras una noche tan bulliciosa como aquella, eso no era precisamente un consuelo.

—No siempre debe creer lo que lee en los periódicos —protestó Timothy, mirándola con sus ojos marrones y húmedos de cocker spaniel; aunque suene un poco libresco, esta frase lo definía.

—Bueno, pues no les vamos a dar la satisfacción a los alemanes de descuidar nuestro trabajo. Me parece que a la manija de esa puerta le vendría bien un trapo hoy mismo; es el polvo de las explosiones, ya sé.

El nerviosismo melancólico de Timothy la irritaba hasta los nervios. Selina estaba tan consciente como él de que cada persona que se iba del distrito significaba un cliente potencial menos. Aquellas ventas de enero, antes de la guerra, cuando servían cien almuerzos en una sola mañana, se habían desvanecido tan verdadera e inevitablemente como los días de hacer bolas de nieve con sus primeros guantes. ¡Y pensar que alguna vez se quejó de lo pequeño que era el horno! Ahora no era ya una cuestión de ahorrar en el banco para la vejez, sino de cubrir los gastos del día; no podía pensar siquiera en las rentas atrasadas. Por supuesto, a Selina le habría encantado decirle al portero: «No te preocupes, cuando ya no puedas trabajar para nosotras, tendrás una pensión esperándote», pero entonces alguien tendría que prometerle lo mismo a ella, a la mismísima señorita Tippett, y no se imaginaba al casero, por decir alguien, dándoles cualquier cosa que no fuera una orden de desalojo.

¡Qué extraña era la vida! Ellas satisfacían una necesidad en el vecindario; eran, como solía decir Selina, un híbrido entre una tienda de pueblo y el doctor familiar. Le encontraron a la señora Holmes una modista, le pasaban mensajes a la señorita Clark, que era sorda; la gente corría al teléfono, dejando olvidadas sus cosas. Se servían de ellas irreflexivamente, pensaba mientras escogía una carta de firma indescifrable: «… y debí dejar esos guantes en la repisa de la ventana, no será difícil verlos, están casi nuevos, tejidos, de color café con puntitos azules en el dorso rígido, y aparte de su restaurante no estuve más que en el cine y con el boticario y en Barlow’s. Por favor, envíemelos por correo certificado y yo le pagaré el porte la próxima vez que venga». Esa debía ser la mujer angulosa que siempre se quejaba de su mesa. Warming Pan era en efecto útil, sin importar lo que Angelina pudiera decir. Su compañera se comportaba de manera extraña desde que había empezado a tomar ese curso sobre política;

no fue tan complicado con el de filosofía oriental, porque por entonces se esforzó para controlar su carácter. Ahora mostraba cierto desdén con los clientes, les llamaba «la estúpida burguesía» a pesar de que eran muy buena gente. Hacía la vida muy confusa.

—Timothy —quizá se pondría de mejor humor si le hacía conversación—, ¿de casualidad no has visto un par de guantes cafés? Una clienta dice haberlos dejado aquí el… —miró el calendario— antier.

—¿Guantes cafés, madame? —Se puso a la defensiva de inmediato, como si ella estuviera pensando que él los había tomado—. Está esto de la semana pasada. —Tomó de la canasta de objetos olvidados unos guantes con un agujero enorme en uno de sus desgastados dedos color negro.

—No, esos no son. Dijo cafés, y nuevos. A lo mejor los dejó en otra parte. —De manera instintiva, trataba a todos los clientes igual que como había cuidado a toda una sucesión de señoritas Humphries—. En el autobús, me imagino.

—La cantidad de cosas que la gente olvida en los tranvías —comentó él de manera misteriosa—, especialmente en los tranvías. —Se sacudió la chamarra de piel y, contemplando la perilla con mirada hipnótica, comenzó a quitarle el polvo.

Selina caminó hacia la ventana y empezó, por pura costumbre, a acomodar las charolas de los pasteles. Con la escasez de grosellas y huevo se habían acabado los experimentos. Antes se enorgullecía de que nadie más en todo el distrito tenía calidad y variedad en un mismo lugar. Había siempre bollos perfectamente dorados y pan de jengibre con el grosor adecuado, pasteles de roca y panecillos, el tipo de comida que la gente necesitaba después de un día pesado o en alguna hora libre demasiado preciada como para desperdiciarla en una comida completa. Hubo tardes —se acordaba de la señorita Humphries— en que lo único que habría tolerado eran *teacakes* con la cantidad justa de mantequilla. Y luego estaban esos otros momentos, tras días de no salir quizá porque la anciana había pescado un viento del este y se había resfriado, en los que un trozo de pastel de semillas, hecho con la mezcla que hacía la abuela, la habían regresado a aquellos días de zarzamoras, tiempos en los que las clases eran la única amenaza a la plácida rutina de la vida.

Miró la exigua hilera con tristeza; tenía algo de parca y miserable. Las bombas, por más que el estruendo fuese horrible, no la angustiaban tanto como la falta de charolas llenas que compensaran los horrores de la noche. Odiaba las cartillas de racionamiento, menos porque quisiera más comida para sí misma y más porque eran un

símbolo de una pobreza de espíritu. Le recordaban a esos maestros vegetarianos de mentalidad estrecha. Si tan solo Angelina comiera mejor, estaría menos inquieta y hablaría menos de cosas raras. Cuán detestable era la propaganda del Ministerio de Alimentos, con ese énfasis en la avena y las zanahorias crudas; ¿qué no estaban luchando por una Inglaterra de abundancia, aquella Inglaterra de entrecots de res y montañas de queso cheddar?

Afuera lucía tan frío, crudo e invernal, y ahí andaba el pobre señor Rashleigh trotando por la calle con su abrigo raído. Selina agradecía que Angelina no estuviera ahí para verlo. «Ese anciano lamentable», diría, golpeteando con el lápiz en el escritorio. «Pero, Angelina, no podemos echarlo, no tiene adónde ir». Temía ver una vez más a su compañera encogerse de hombros desdeñosamente. «En una Inglaterra bien organizada, tendríamos lugares para la gente así». Quizá era una buena idea, aunque fuera un poco deprimente, tener hogares para los ancianos. Sin embargo, ya que el país no parecía estar bien organizado… «… Y, además, querida, las personas mayores —y vaya que tengo experiencia con ellas— se vuelven terriblemente celosas entre sí». Pero no les costaba casi nada dejar que se quedara en el piso de arriba; nadie iba a rentar un ático en esas épocas, de todas maneras. Después de todo, cuando Angelina hablaba de su nueva Inglaterra, esta era siempre un mundo de gente joven nadando o andando en motocicleta, y ella misma no era una persona muy diestra, para nada, aunque a Selina casi no le gustaba recordárselo; su socia no podía ni colgar un cuadro sin ayuda.

Selina caminó de vuelta al escritorio. La habitación era cálida y alegre, pero por primera vez vio claramente la posibilidad de los pasillos desocupados, desiertos, y de un letrero de «Se renta» en las ventanas. Mientras tenga un par de manos y trabajo que hacer —cuán seguido decía eso ahora—, no importa. Y, no obstante, sentir miedo no era ya una cuestión egoísta; estaban Timothy y Ruby, y hasta el mobiliario, limpiado y pulido por años. Hay peores cosas que la guerra —se descubrió pensando—, aunque todo esto era, por supuesto, consecuencia de la guerra. Quizá cesarían los bombardeos y la gente volvería una vez más o alguien abriría una fábrica; ¿y si, tal vez, incluso, una mañana se despertaran con la noticia del armisticio?

—Timothy —lo llamó—, no se te olvide quitar tu ropa del radiador antes de abrir.

3

Era una tienda pequeña, a unas cuantas casas de Warming Pan y tan discreta que los extraños la confundían con una bodega. Las ventanas tenían cierto aire sórdido, victoriano, y las latas blancas formadas sobre el aparador le recordaban a Horatio, cada vez que entraba, a la guarida de un boticario. Le daban ganas de pasar los dedos por las espirales azules que tenían a los lados, o de oler las tapas; debían contener especias, pensaba, y café. Podía esperarse que el dueño fuera excéntrico y malencarado, y había veces en que el señor Dobbie lograba ser ambas cosas; a primera vista se veía como un posadero, pero a los iniciados la pasividad de su cara alargada les hablaba de porcelana y té.

Horatio había cronometrado su visita con exactitud. Jim, el mozo, estaba todavía puliendo las perillas de algunas puertas. En diez minutos comenzarían a llegar los clientes desde casas que sí eran dignas de ese nombre, en las que tenían fajos de cartillas de racionamiento, clientes que compraban por libra y no por míseras onzas. Ansiaba esa conversación, pues era un contacto con la vida que tan profundamente extrañaba ahora que su mujer había muerto y no había más cenas dominicales a las que invitar a sus pupilos «Muy bohemios, querida, de todo rango y clase social, pero el arte… El arte es unidad».

—Buenos días, señor Dobbie, ¿cómo está hoy? Tuvo una noche intranquila, me temo.

—¡Intranquila! No nos pudimos dormir hasta las dos, con todo ese fuego en la Plaza. —El libro contable golpeó la mesa como si su dueño quisiera, con ese gesto, aplastar la guerra.

—Ah, sí, las bombas incendiarias. Bueno, bueno, y pensar que no las escuché, pero por otro lado mi oído no es tan bueno como solía ser; la edad, señor Dobbie, la edad, ¡el tiempo es una cuesta arriba!

—Así es. —Se quedó mirando las cajas de embalaje vacías que bloqueaban casi totalmente el paso de la luz—. Saca ese tapete y sacúdelo, Jim, hay que tratar de quitar todo ese polvo.

—A veces creo que en esta época tener mal oído es una bendición

disfrazada.

—Me imagino que tiene sus ventajas. ¿En qué le puedo ayudar hoy, señor Rashleigh? —Era un día poco auspicioso, reflexionó Horatio; el señor Dobbie estaba cansado.

—Pues lo mismo de siempre, con permiso de Whitehall. —Le mostró la cartilla—. Todo esto del racionamiento debe ser malo para el negocio.

—¡Malo! Es nuestra ruina. Y pensar —su frente se arrugó con tantas líneas como tenían los personajes chinos sobre su cabeza—… Y pensar que el partido conservador me hizo esto. Nos mintieron, claro que sí, nos mintieron… ¡Y yo voté por ellos en la elección pasada! —El tendero lidiaba mal con la estupidez, sobre todo con la propia.

—No diga eso, señor Dobbie, estoy seguro de que el señor Baldwin, aun si estaba malinformado, tenía buenas intenciones.

—¡Malinformado! Malinformado, señor Rashleigh, no es la palabra adecuada. ¿Para qué le pagamos al gobierno, quisiera saber yo, dinero que sale de su bolsillo y del mío, si nos van a engañar deliberadamente? Sabían —media libra de English Breakfast de segunda para el caballero, Jim—, sabían para qué se estaban armando los alemanes; ¿y dónde están ahora? ¿Ayudándonos a apagar incendios y congelándose en la oscuridad? No, claro que no, la mayoría está en Canadá, seguros y abrigados y calentándose los dedos de los pies en la chimenea, mientras nosotros, que fuimos lo suficientemente idiotas para votar por ellos, con bronquitis y pagando sus aviones militares. —Le arrebató el embudo a Jim y lo usó para vaciar el té en un cucurucho de papel.

—Oí —aventuró Horatio tímidamente— que en Canadá tienen radiadores.

—Da igual. Bien por ellos si forran sus casas. Es una pena —añadió con amabilidad— que un caballero de la edad de usted no pueda prepararse una tetera cuando se le antoje sin tener que contar las hojas.

—Le agradezco, señor Dobbie. Para un aficionado a esa bebida, si se me permite decirlo, es especialmente difícil. Preferible una taza de buen té al día que cuatro de un paquete sin marca. —Esperaba que su interlocutor no hubiera notado la cantidad de meses transcurridos desde la última vez que había podido comprar su mezcla favorita.

—Tiene razón. Tiene toda la razón. Vamos a ver, ¿qué es lo que el señor Rashleigh suele comprar en Navidad? —Miró con admiración los frascos que tenía encima de la cabeza—. ¿Este, o me equivoco? —dijo señalando un recipiente.

—Así es, por años Margaret me lo regalaba. Una amarga pérdida

—suspiró—, justo hoy en la mañana estaba pensando en ella.

—Claro, claro —respondió vagamente, orgulloso como estaba de su soltería—; la vida en solitario tiene sus cosas también.

Había algo en el tendero —pensaba Horatio—, que le daba un porte mercantil. Era como —no encontraba el término y de pronto la memoria volvió de golpe— un enorme y vulgar comerciante de mantas en la portada de un libro de historias de Pieles Rojas, de los que cuando era niño —sonreía al pensarlo ahora— le daban miedo. Una mente simple chocaría de frente contra esa sonrisa enorme e impenetrable. No es que fuera un mal tipo, conocía su lugar y se mantenía en él, pero era un materialista. ¡Habría que imaginarse tratando de explicarle el significado de la palabra *ideal*!

Jim pateó un balde detrás del mostrador y levantó una mirada culpable al escuchar el ruido. Hizo bailar su trapo sobre una repisa que ya brillaba de limpia.

—Ve a revisar el molinillo —chasqueó Dobbie, mientras abría de nuevo el libro contable. Ya bastante ocupado estaba un comerciante hoy en día para perder el tiempo en conversaciones triviales. Miró el reloj—. Qué curioso lo mucho que afecta una noche sin dormir —se quejó, pensando en el momento glorioso en que por fin pudiera cruzar la calle y sentarse frente a una cerveza.

Aunque tenía algo de cambio en el bolsillo, Horatio puso media corona sobre el mostrador a propósito. Entre más tiempo pudiera pasar en la calidez de la tienda, mejor; los cajones de madera con sus etiquetas exóticas, francesas o chinas, le sugerían los barcos que había pintado durante cincuenta años. Podía ver el sol frente a él una vez más, las olas bajas y azules golpeteando las sogas diminutas y, más allá, un aguafuerte más que una acuarela, tan exquisito era el trazo de las líneas, la proa de un trasatlántico, el Asiabound.

—Creo que es hora de recoger mi té.

Horatio se sobresaltó, porque no escuchó el clic de la puerta, y levantó una mirada ligeramente sospechosa hacia el extraño de pelo gris que estaba ahora a su lado.

—Así es, coronel Ferguson. —Dobbie pasó el pulgar por sobre una docena de hojas sostenidas con un clip—. Depositó sus cupones, ¿cierto? —Extrajo un papel y se quedó mirándolo—. Media libra. ¿Se la lleva hoy?

—Sí, por favor. Mala noche la de ayer, ¿verdad?

—Extraño dormir. Hubo un incendio grande en la Plaza.

—Me resulta asombrosa la manera en que la gente lo soporta.

—Bueno, como dijera uno de nuestros ministros el otro día, ¿qué más nos queda? En cualquier caso, esto no es una guerra: es asesinato.

—Se sonó la nariz con violencia, el pañuelo blanco flotando agresivamente como una bandera contra el polvo—. ¿Lo puedo ayudar en algo más, señor Rashleigh? —preguntó, ya que Horatio seguía hurgando en sus monedas.

—No, no, gracias —respondió, al tiempo que guardaba el cambio en el bolsillo. Si aún pudiera costearse la porcelana de seis y dos peniques, ningún comerciante se atrevería a despacharlo de esa manera. ¡Coronel Ferguson! —Mientras se abotonaba el abrigo, le echó a su vecino una mirada helada—. Solo porque el hombre tenía un título militar, aunque con esos ojos azules y distantes más bien parecía un marino; Dobbie quería sin duda despejar el terreno antes de darle algo por debajo de la mesa. Eso era lo peor de la guerra, que los artistas eran los primeros en sufrir. Horatio se dio la vuelta, casi derribando un contenedor escarlata pintado con pensamientos que contenía un ovillo de cuerda, y caminó a paso firme hacia la puerta. Planeaba perderse —y eso era algo que esa otra gente no podía hacer — pintando una acuarela pequeñita, en caso de que la señorita Johnson respondiera su carta, una impronta del Golden Hind quizá, o de Rose Cottage, con sus entrañables patos contoneándose en el estanque.

—Mañana fría —señaló Ferguson, mientras veía al comerciante atar dos trozos de cuerda—. De alguna manera sería más fácil lidiar con estas molestias si hubiera algo de sol.

—Cada quien sus gustos, señor. —Dobbie cernió el té en la bolsa y la agitó—. En mi caso, prefiero un buen día de diciembre. —Su cuello rechoncho se desbordó del cuello de la camisa cuando se giró hacia la caja registradora—. Son tres y un penique, ¿o prefiere que lo anote a su cuenta?

A diferencia de Horatio, el coronel prefería hacer sus compras tan expeditas como fuera posible. Entregó la cantidad exacta, guardó el paquete en su bolsillo, y se marchó con un enérgico «Buen día», cerrando con cuidado la puerta tras él. Apagar incendios debía ser una experiencia totalmente nueva para alguien como Dobbie, y no se veía como una persona acostumbrada a la incomodidad. Lo estaba llevando bien, de todas maneras —pensó—; era maravilloso cómo esta gente avizora estaba haciendo frente a la crisis. Cruzó la calle y se encaminó hacia el parque. Estaría desierto, pero dado que sería fatal renunciar al ejercicio solo porque ese miserable clima húmedo le quitaba toda la emoción a la experiencia, planeaba darle una vuelta al lago Serpentine. En Lausana nunca había tenido que forzarse a caminar; ahí conocía las colinas desde el primer cúmulo de achicoria silvestre hasta las más altas hepáticas, pero hoy sentía escalofríos incluso en

espacios interiores, incluso como ahora que acababa de desayunar. No era la edad, podía jurar que no era la edad: en Lausana se había sentido tan joven y alegre como a los catorce, con la vida —y el Oriente— aún frente a él.

Inglaterra había cambiado. Era menos familiar, y definitivamente menos amigable, que el continente. Las telas tenían los mismos viejos colores, la gente se levantaba de noche con los bombardeos cotidianamente como si fueran simples tormentas eléctricas, pero había una nueva y fea clase burocrática que no tenía ni agallas ni lo que él llamaba imaginación imperial. Se reían de sus cincuenta años de servicio como si hubiera sido un insignificante recolector de impuestos.

Seguía furioso por la entrevista del día anterior. «No entiendo, señor, por qué regresó a Londres —le había dicho el oficial, apretando los labios como mordisqueando un lápiz permanentemente—. Se le ofreció un domicilio en el extranjero desde que dejó la India, y ya pasa por mucho la edad de retiro». El coronel ni siquiera se molestó en contestar: «Para ofrecer mis servicios». Después de que media docena de jóvenes de la misma cantidad de ministerios lo rechazaran con diversos tonos de amabilidad fría y fastidiada, la parte lógica de su mente se repetía «¿por qué?». Esa tarde sería distinto. Al fin había encontrado a Harris, su antiguo jefe. Con las oficinas evacuadas hacia las afueras, su carta había pasado por doce lugares más antes de llegar a su destino. El propio Harris estaba varado en Yorkshire, pero le había enviado una carta de presentación a un colega suyo en Londres que, con toda seguridad, le escribió: «Te arreglará todo de inmediato». Ferguson lo vería a las tres, y seguramente en un día o, a más tardar, una semana, estaría de nuevo calzando el uniforme.

No había niños en el parque, ni siquiera una anciana con su perro. En todo el sendero solo estaban él y un soldado francés que se veía congelado y miserable, caminando en sentido opuesto. Por un momento, Ferguson sintió la tentación de hablar, de decirle «Yo tampoco me siento en casa», pero su francés estaba oxidado y era probable que el hombre no lo entendiera. Cuánto debía extrañar el sol, esas curiosas persianas de pintura raspada, no por unas uñas sino por el sol, los racimos de… ¿cómo se llamaban…? Glicinas, que eran tan formales a pesar de su abundancia y le recordaban a unas uvas en un dibujo arquitectónico. Los discursos estaban muy bien, pero había que imaginarse a esos hombres desembarcando, dando pasos pesados y manchados de sal en el puerto de algún país de Occidente, habiendo perdido todo, sin noticias ni nadie para recibirlos. Dos guerras en una sola generación eran demasiado pedir para cualquier pueblo.

Los árboles le recordaban las escobas de una tienda por la que acababa de pasar. No era su dureza, porque se veían tersas contra el cielo otoñal, sino sus puntas diminutas y erizadas que formaban los mismos patrones que las escobas contra el cristal de la ventana. Un trozo de seda de paracaídas revoloteó desde una rama cerca del círculo explosivo de un cráter reciente. Había restos de pasto corroídos como por ácido y una barandilla rota incrustada en la tierra. El paisaje entero tenía la desolación embrujada, desnuda, de los pantanos de Lear; solo la irritable sucesión de actos necesarios: comer, dormir, buscar calor, distinguía la vida de las pesadillas.

Resultaba extraño cómo regresaban las sensaciones, como si en lugar de eventos aislados fueran ecos independientes vibrando en toda la memoria. Lausana era nebulosa en su recuerdo; lo que no podía sacar de su cabeza era el regreso a casa, ese último día en París. Se veía a sí mismo —debió ser el encuentro con ese soldado francés— caminando por los Campos Elíseos bajo esas absurdas nubecitas color amento, mientras la diversidad de rostros lo llevaban de vuelta a los viajes que había hecho en su vida, como si lo estuvieran despidiendo, no de Francia sino de todos los muelles de su larga experiencia.

Aquella vez había tenido toda la tarde frente a sí y nadie a quien visitar. Había visto menos taxis, pero también pocos autos, casi todos inequívocamente de civiles que aceleraban su poderoso motor en dirección al Bois de Boulogne. El viento era incisivo a pesar de los colores de abril y, como estaba algo cansado después de la larga noche en tren, se había dejado llevar por una espiral de gente que esperaba afuera de un cine. Disfrutaba ocasionalmente de una buena película, pero era complicado encontrar una que lo fuera. Por un momento vislumbró un París del pasado, carruajes tirados por caballos ruanos y grises, niños en mandil de la mano de institutrices de sombreros altos de plumas. Nada había cambiado —pensó—, excepto el clima; algunos años se desarrollaban más fácilmente que otros. En la fila había visto a la típica pareja burguesa, la esposa de negro, con un bolso cuadrado y brillante bajo el brazo, aferrada a la manga arrugada de su rollizo esposo. ¿Por qué los materiales franceses parecían aguantar tan poco? *Froissée*, la palabra francesa, era mejor que *arrugada*, pero no se ajustaba a la textura de su propia lengua, en términos lingüísticos tanto como en los de la ropa.

Estarían hablando del precio de la mantequilla —pensó—, aunque era fácil perderse algunas frases con ese acento cantado y pausado de los valdenses. Un senegalés miraba el póster y detrás de él había un soldado encorvado con una casaca manchada de grasa y las peores botas militares que hubiera visto jamás. Los franceses sabían

improvisar, claro, pero ¿no había algo de cierto en la elegancia inglesa? Quizá había escuchado demasiado a sus vecinos en Lausana; todo el tiempo estaban mostrándole fotografías de rostros quemados por el sol bajo sus cascos de acero. La imagen de una de las fotografías, que mostraba unos tanques rodeando un camino y formando un signo de interrogación gigantesco, lo había perseguido por meses. El ánimo es más importante que las máquinas y, sin embargo, en ese momento de recuerdos en que había visto personificada en un único soldado la historia del fin de Francia, levantó de pronto la mirada y vio otro listón de seda ondeando junto a una solitaria hoja muerta.

Era demasiado el frío y demasiada la desolación; incluso si la guerra terminase durante la próxima hora, quedaría siempre una grieta, una sensación de pérdida. La historia se repetía, pero en cada era había algo tan efímero como los rojos y castaños del otoño que ninguna reconstrucción podría reemplazar. Las hojas ocre claro rodaban hacia las alcantarillas, y bajo un árbol herido con la mitad de sus raíces al aire, el sendero estaba tapizado de ramas y varitas verdes. La muerte no es disolución —pensó de camino a las puertas del parque—, es el momento en que la humanidad deja de requerir tus servicios —no debía perderse en tonterías, sin embargo, solo porque la mañana era tan desoladora; en él quedaban aún años de trabajo—; si tan solo lograra encontrar un empleo. Una anciana, que esperaba en la esquina, miró al cielo; las sirenas comenzaron a sonar nuevamente, revolviendo el aire y chocando unas con otras entre los edificios, haciéndolo pensar en lobos que se respondían de una colina a otra.

—Es la segunda alerta hoy. —Oyó quejarse al conductor del autobús semivacío, mientras lo abordaba—. ¿No cree usted que tengan algo mejor que hacer?

Los pequeños diamantes formados por la red de astillas de cristal de las ventanas permitían ver la calle, pero alteraban la perspectiva de manera extraña y provocaban una ilusión de velocidad. El vecino de asiento de Ferguson continuó leyendo su periódico —sin duda llevaría veinte años haciendo lo mismo y del mismo modo; los hábitos de toda una vida, con o sin bombardeos, no se rompen fácilmente—. Una anciana de chaqueta de pieles que le colgaba informe hasta la cintura sostenía una canastilla en cuyo interior, en lugar de algún paquete, había un pequinés. El moño de su sombrero de fieltro gris se alzaba como otra oreja.

—Tienen muy buenas toallas de baño en Barlow's, querida —conversaba—, una verdadera ganga. Ayer compré una docena para mí, y otras tres pequeñas, con rayitas, para Wooggles. Pobrecito —añadió

mirando la rosa negra en el borde de la canastilla—, se le mojan mucho las patas.

—Pero ¿crees que sea buena idea comprar cualquier cosa en estos tiempos? Su amiga tenía la cara verde del terror, y se aferraba a su bolso de mano negro con ambas manos.

—Por supuesto. Deberías ser una fatalista como yo. Por otro lado, si te ganan los nervios, siempre puedes enviar un baúl al campo.

—Me pregunto por qué no has evacuado a Wooggles.

—No parece importarle. Solo ladra si hay mucho ruido.

—Los pequineses siempre han sido buenos perros guardianes a pesar de su tamaño, pero ¿crees que se dé cuenta del peligro?

El fuego aminoró a la distancia.

—Barlow's —gritó el conductor. La mayoría de los pasajeros se levantó de su asiento.

Cuán extraordinaria era la gente —pensó Ferguson mientras se levantaba también—, blindándose contra la derrota con esa sublime estupidez. Habían ignorado todas las alarmas y no obstante estaban listos para pelear hasta el último, pero por alguna razón que, a él, a pesar de ser su compatriota, le era imposible comprender.

Wooggles, liberado de su canastilla, olfateó el pedazo de algún proyectil y su dueña le dio un manotazo. Un anciano pintaba sin parar líneas blancas en una fila de bolsas de arena. A nadie se le ocurría ir a un refugio y él, mientras miraba el cielo gris, funesto, casi sintió lástima por los alemanes.

4

Adelaide Spenser se detuvo enfrente de los ventanales de Barlow's, no tanto para inspeccionar las alfombras como para admirar su sombrero. Hoy en día era esencial no dejar caer los propios estándares. Thomas había estado insoportable la noche anterior; pero, por otro lado, pobrecito, aunque nunca lo admitiría, en realidad no le gustaban los bombardeos. Se había portado tan grosero en la cena que Kate lo había acusado, y Adelaide había pasado horas escuchando pacientemente sus quejas antes de ingeniárselas para calmar las cosas. En recompensa, había pasado la última hora probándose varios modelos que yacían desamparados en los estantes, suplicando que alguien los comprara y los usara. Por lo general no habría comprado algo tan obvio como ese listón tricolor, pero, en un otoño en el que la gente parecía acoger la oscuridad con particular alegría, el azul brillante y el escarlata le daban ánimos. Si su esposo la acusaba de extravagancia, le citaría las mismas palabras que él había usado para llenar el sótano de víveres: «El próximo año todo esto va a costar el doble».

El aparador central no era una naturaleza muerta de esas increíbles figuras como de cera con sus vestidos imposibles y sus sonrisas de pergamino, sino un gran trozo de vidrio sucio y lleno de grietas. «A pesar de que cayó una bomba en el vecindario contiguo —decía un anuncio circunspecto—, no hubo astillamientos». A las ventanas de la tienda se les había ajustado un dispositivo que parecía rueda sin radios. Los guantes verde brillante acomodados sobre la bolsa negra de mano se veían infinitamente valientes o absurdamente anacrónicos según el humor con el que se vieran. Un conductor frenó de pronto y Adelaide puso atención al chirrido creyendo que era otra vez la alarma, pero el cielo estaba despejado y el sonido se difuminó entre los ruidos ordinarios de otras llantas.

Qué bueno que le había pedido a su cuñada verse en Warming Pan, pensó mientras cruzaba la avenida y se metía en una calle lateral. La pobre Alice, con sus dietas e ideas, nunca sabía si estaba comiendo pan tostado o la pechuga gorda de una perdiz. Cualquier cosa que no

fuera comida simple y buena se desperdiciaría en ella, un problema en estos días en que los lujos se encontraban fácilmente, pero el huevo casi había desaparecido. No debía olvidar detenerse en Parke's de camino a casa para comprar más fruta enlatada. La señora Spenser había empezado a abastecer su alacena justo después de Múnich, cuando cualquier tonto habría notado que se acercaba la guerra. Alice había sido más escrupulosa. Adelaide podía ver todavía esos ojos azules de su cuñada que debieron haberse decolorado antes de que terminara la escuela, y oír su voz llena de emoción: «Ay, Adelaide, ¿no es maravilloso el señor Chamberlain? Sabía que, si rezábamos lo suficiente, tendríamos paz».

«¿Cómo se libra uno del desastre comportándose como un avestruz?», habría querido responderle, después de haber ordenado ya sesenta libras de mermelada; pero discutir era malo para el cutis, y la mejor manera de lidiar con los parientes, había descubierto gracias a la larga experiencia, era sentarse en silencio, sin decir palabra, y recompensarse después con una buena cena. La mermelada había resultado invaluable. La había mantenido guardada en la alacena alta donde antes guardaba la ropa de verano, y repartía un frasco ocasional como si fuera oro tanto en sustancia como en color. Había intercambiado cinco libras por huevo; para Thomas y su carácter había una diferencia importante si comía o no su desayuno usual. Claro, resultaba divertido considerar que ella probablemente había sido responsable de que lo hubieran ascendido recientemente. Cuando sus colegas evacuaron, él se había dado cuenta de los horrores de vivir en el campo, así que peleó por el traslado y obtuvo su propia oficina. Su querido Thomas, tan orgulloso, ¡creía que se lo habían dado por sus méritos!

No había pasteles en la ventana de Warming Pan, y en el mostrador junto a la entrada había solo una charola de repostería. La cantidad de asientos vacíos era un signo de la guerra. Antes, a esa hora, estaba tan lleno que con frecuencia los comensales tenían que compartir mesa. Adelaide miró a su alrededor, eligió el mejor lugar junto a una pared, y entonces, a sabiendas de que Alice llegaría tarde, abrió su periódico en la página del crucigrama y hurgó en el bolso buscando un lápiz. Las únicas personas en el lugar eran el señor Rashleigh, a quien solo conocía de vista, y algunas dependientas de tiendas vecinas. Normalmente, la señorita Tippett las habría disuadido de quedarse, porque era demasiada distracción sentarse a tomar un café junto a una mujer que momentos antes te había ayudado a calzarte unos zapatos, pero hoy en día todo mundo era bienvenido. Esta parte del West End estaba completamente desierta. Viendo, por

fin, a una de sus clientes frecuentes, Selina corrió hacia ella, toda sonrisas.

—Buenos días, señora Spenser, ¿conque no se ha ido de Londres? Empezaba a preocuparme que fuera parte, usted también, de la gran migración.

—¡No, para nada! Siempre he preferido la ventana de un florista a un jardín, y odio categóricamente a las vacas. Imagino que la guerra ha hecho una gran diferencia para usted, ¿verdad? ¿Cómo va todo?

La respuesta correcta debió ser «de maravilla, gracias», pero Selina dudó, a pesar de su resolución:

—No es bueno quejarse, claro, pero son tiempos un tanto complicados.

—Y sin necesidad —la voz de Adelaide sonó más firme de lo que pretendía—, si se piensa que todo el asunto se podría haber resuelto en 1933 con mil policías británicos.

—Era difícil saber qué era lo mejor entonces —aventuró su anfitriona con cautela; mantenerse neutral con los clientes era una regla inquebrantable—. Pero estoy segura de que las intenciones del gobierno eran buenas —añadió, lealmente—, todos queríamos la paz.

«Pero la paz no es algo estático —habría querido responder Adelaide—; no es el nombre de una virtud, como para copiarla en tinta de colores y colgarla a la entrada de una escuela. Basta pensar en lo que un solo sótano sucio puede hacerle a toda una ciudad; los piojos no tienen respeto por las personas», la causa y el efecto, sin embargo, estarían más allá de la comprensión de Selina.

—¿Cómo está su socia? —preguntó, en cambio. Angelina siempre tenía algún peinado elegante—. No la vi al entrar. Espero que no la haya dejado.

—Ay, no —respondió la señorita Tippett, esta vez sin dudar—. Realmente no sé qué haría sin ella. Es muy buena lidiando con el Ministerio de Alimentos. Supongo que todas esas regulaciones son necesarias —levantó la mirada tímidamente porque el marido de la señora Spenser trabajaba en algún ministerio—, pero yo soy muy tonta para los formularios.

—Bueno, tienen que encontrar algún trabajo para todas esas mujeres voluntarias y, además, adoran sumarle otra vara a la carga de quienes pagamos impuestos. —Aunque, pensaba Adelaide, era más fácil darle propina directamente al carnicero… Cuánto escandalizaría esa sugerencia a la señorita Tippett.

»Estoy esperando a mi cuñada —añadió—; salió disparada al campo en junio pasado y…, me da risa, la verdad… Es la primera vez que se aventura a venir, aunque sea por un día.

—En la mañana leí en el periódico que, al ritmo actual de los bombardeos, tomará tres años y medio demoler todo Londres; pero no lo sé, a veces me pregunto si tendremos clientes a final de este mes. —No podía evitar que se notara su ansiedad, pero quizá la señora Spenser tenía alguna otra información—. ¿Cree que los ministerios abran nuevas oficinas? En la guerra pasada se apropiaron de Barlow's, me contó un cliente, e instalaron ahí a más de cuatrocientos funcionarios. Eso significaría un flujo constante de almuerzos, incluso si se veían obligadas a ofrecer platillos más baratos.

—Difícilmente en Londres, al menos por ahora. —Era extraordinario, pensó Adelaide; no era bueno exagerar, pero la pobre y vieja Tippett no parecía tener sentido del peligro—. En cualquier caso, en este distrito ya llegamos al límite. Toda la gente nerviosa debió haberse ido ya.

Otra regla era no demorarse demasiado hablando con un cliente, porque podrían aburrirse o, peor, ponerse demasiado comunicativos. Con un: «Bueno, es un gusto verla de nuevo por aquí», Selina se encaminó de vuelta a la caja registradora y, cuando pasó junto al señor Rashleigh, se detuvo a saludarlo.

Horatio tenía su asiento especial y había convertido en un arte hablar por una hora en vez de ordenar. Estaba encantado con las invasoras; las chicas dependientas hablaban con tanta alegría y se vestían con tanta elegancia. «No te preocupes por mi orden, Ruby, —decía— atiende primero a las señoritas; ellas tienen prisa y yo soy un vasallo del tiempo…». Entonces les extendía el menú con una sonrisa y una reverencia, con la esperanza de que iniciaran conversación, lo que nunca ocurría. Deseaba —no podía decir lo suficiente cuánto deseaba— que su querida Margaret estuviera viva.

—Hace frío hoy, no me sorprendería que tuviéramos algo de aguanieve.

—¡Frío, señorita Tippett, pero si está helando! La nieve es para los jóvenes y los artistas, pero a mi edad, bueno, lo único en lo que pienso es el verano. —Solo pronunciar la palabra lo hacía ver un prado lleno de tulipanes y perejil silvestre.

—Sí —respondió Selina un poco ausente, porque la llegada del próximo junio le parecía casi imposible y… ¿Acababa de ver a Ruby secar un tenedor con su mandil sucio o era su imaginación? Dios mío, qué descuidadas eran las chicas de ahora, pero si una les decía algo empezaban a murmurar cosas sobre no sé qué fábrica.

—Espero que no haya sentido demasiado el alboroto en la noche.

—Y pensar que sigo vivo para soportar esos ruidos terribles…

—¿Ha pensado en usar tapones para los oídos? Dicen que

funcionan para tener algo de tranquilidad.

—Pero si algo ocurre —objetó él, jovial, ya que Selina parecía estar de un atípico humor conversacional—, creo que preferiría enterarme.

—¿Y no es mejor dejárselo al destino? —Era asombroso ver que los ancianos se aferrasen con tal tenacidad a la vida. Se preguntaba qué podía sacar el señor Rashleigh de sus días; ¿no sería glorioso pasar de un momento al otro a un descanso eterno y legítimo? Angelina ya no creía en el cielo; era valiente de su parte, sin duda, pero terriblemente desolador.

—Hoy tenemos un buen cordero —dijo, solícita—, asegúrese de que le den una rebanada. —Y se apartó para dejar pasar a una mujer que, como imaginaba, fue a sentarse a la mesa de la señora Spenser.

—Qué problemón con esta palabra —dijo Adelaide, levantando la mirada de su crucigrama—. ¿Y cómo estás, Alice, después de todo este tiempo? —Su cuñada, decidió, ya había adquirido ese aire provincial de quien va de ida y vuelta a hacer sus compras a la ciudad el mismo día.

—Ay, Adelaide —Alice malabareó con su abrigo y lo colgó sobre el respaldo de la silla de tal modo que una manga, por supuesto, quedó arrastrando en el suelo; las manos le temblaban mientras ponía sus cosas sobre una silla vacía—, es horrible.

—Bueno, te lo dije, te dije que no te iba a gustar el campo, no con tu tendencia al reumatismo. ¿Por qué no regresas a tu departamento? Dicen que si cae una bomba directa —se alzó de hombros— no vamos a sentir nada, así que yo lo que hago es ponerme cera en los oídos y olvidarme de todo. ¿Sabes que estuve dormida durante toda la alarma de la noche? —Se recargó en la silla, con el lápiz en la mano y el periódico en la mesa—. No creo que se te ocurra un ave marina, con cresta, de seis letras, ¿o sí? Los frailecillos no tienen cresta, y pingüino tiene demasiadas letras.

—No, Adelaide. ¿Sabes si…?

—¿Sopa? —preguntó Ruby, con la libreta colgando de su cinturón como un manojo de llaves.

—Sí, dos sopas; me imagino que es enlatada, pero algo tenemos que comer, y después… ¿Vas a querer cordero, querida, aprovechando que todavía se consigue, o prefieres macarrones con queso?

—Prefiero una ensalada, si todavía tienen.

Ruby asintió y desapareció en la cocina.

—Hasta ahora han logrado servir comida fresca con éxito, pero supongo que gradualmente habrá que acostumbrarnos a las latas.

—Sí, pero… —Alice se inclinó y su sombrero le resbaló casi hasta

la nuca.

«Habría podido ponerse algo más decente para el viaje —pensó la señora Spenser—; una vez que te rindes, todo son overoles y batas de dormir».

—De verdad, Alice, no te pueden gustar esos campos desolados, y extraño nuestras fiestas solitarias de los viernes, de veras. ¿Por qué no regresas?

—Mira, querida, estoy tratando de decirte algo terrible…

—No me digas que tus compañeros evacuados tienen sarampión, ¡ya sabes lo susceptible que soy a las infecciones!

—Estoy tratando de decirte —gritó, casi en lágrimas—, ¡que me acaban de disparar con una metralleta!

—¿Cómo dices, querida?

—Con una metralleta. En el tren. No es normal.

—Tonterías. El peligro es la sal de la vida, y no le daremos a esa persona la satisfacción de pensar que nos importan sus cacharros.

—Yo sé que tú naciste para ser la esposa de un general, querida, pero para mí una metralleta no es ningún cacharro. Ahora que ya pasó, no me importa confesarte que, francamente, me puse muy nerviosa.

—Por supuesto. No estoy diciendo que haya sido placentero, pero ¿qué fue lo que pasó exactamente?

—Bueno, hoy me desperté con una sensación extraña. Primero, mi despertador no sonó, o más bien sí: me despertó a la media noche y olvidé ponerlo otra vez, así que tuve que correr para llegar a la estación a tiempo…

—Los despertadores son como el gobierno, no se puede confiar en ellos; se disparan en el peor momento. Si tan solo hubiéramos sido sensatos en 1933… incluso Thomas estaba preocupado… No tendríamos ahora a la Luftwaffe salpimentándonos de agujeros.

—Quizá, pero me imaginé que algo iba mal cuando el tren de las nueve y cinco llegó a la hora exacta, porque ya sabes que siempre llegan tarde los trenes hoy en día. Tenía un hermoso asiento en la esquina y acababa de abrir el libro que saqué de la biblioteca, cuando el anciano que tenía enfrente empezó a resoplar. Tenía ochenta años, Adelaide, si no es que más, y una tos trompetera.

—¡Qué horror!

—Así es, querida. Me levanté de un salto, tomé mi bolso y me abrí paso por el pasillo, pero para entonces todos los compartimentos estaban llenos. Al final encontré un asiento junto a una señora muy anciana. Parecía querer hablar conmigo y en estos tiempos hay que ser democráticos. Pobrecilla, su nieto era marino y estaba de permiso, y

acababa de ir al quiosco de libros a comprar papel cuando el tren se puso en marcha.

—No suena a la manera más auspiciosa de comenzar un viaje.

—No, y el tren se sacudía tanto que no pude leer, pero afortunadamente tenía mi tejido.

—Citando el lugar común: el opio de la mujer moderna.

—Ay, no, Adelaide, no es realmente así —Alice lanzó una risita horrorizada—, pero nos detuvimos de pronto frente a un bosquecillo. ¿Sabes lo deprimente que se ven, creo que les dicen arboledas en otoño, cuando todo está húmedo, pero todavía hay una o dos hojas hechas jirones aferrándose a los árboles?

—No, Alice, mi postura respecto al campo es firme, especialmente en octubre. Es un mes que en Inglaterra solo debe soportarse junto a la chimenea.

—Me quedé ahí sentada, pensando en la naturaleza, en cómo muere y renace con las campanillas azules, y me acordé del señor Chamberlain y de cómo una vez rezamos por que hubiera paz. ¿Por qué crees que a pesar de todos esos rezos, de cualquier forma, estalló la guerra?

—Porque si la gente fabrica armas, está en la naturaleza humana querer usarlas.

—¡Si tan solo nunca se hubieran inventado las máquinas! Lo que habría que hacer es sentarnos a la mesa de la paz y acordar renunciar a las máquinas, todos juntos.

—¡Tonterías! Alguien inventaría otras más al día siguiente. Nuestro problema es que archivamos la información del extranjero. Thomas tenía un amigo, ya te imaginas, que se fue en una peligrosísima expedición, ¿y qué crees que encontró al volver? Que todos sus informes estaban en el cajón de un funcionario y nunca los habían abierto siquiera.

—Debió tratarse de un error.

—Ah, no, ninguno. Simplemente sabían que les estaba diciendo la verdad, y no querían leerla. Se fue a Estados Unidos, lamentando haber sido un idiota por veinte años. Nos advirtió, hace siglos, que habría una guerra.

—Fue el alma del señor Chamberlain —protestó Alice escrupulosamente—, era demasiado buen hombre para pensar en bombas.

—Su lugar entonces era un santuario para aves. Después de todo, si tú no valoras tu vida, yo sí valoro la mía, y en este momento mil aviones valen más que todas las buenas intenciones del mundo. Pero dime, ¿qué pasó con tu metralleta? ¿La viste en algún momento?

—No. Íbamos bien sentados y entonces oí un ruido muy curioso afuera, entre nosotros y el bosquecillo. Un hombre de nuestro compartimento se acercó a la ventana y sacó la cabeza. Luego regresó y dijo: «¿Oyeron eso?», y yo le contesté: «Sí, debe de ser una trilladora». Sonaba como chasquidos. Nos miró y preguntó: «¿Saben algo de trilladoras?», y yo dije: «No», así que suspiró y dijo: «¿Les molesta si fumo pipa?»; yo dije: «Adelante», y entonces perdí la puntada y me costó un rato encontrarla.

—¿Y todo ese tiempo solo estuviste ahí sentada?

—Bueno, querida, ¿qué más iba a hacer? Además, estaba ocupada buscando la puntada. Quiero terminarlo para el cumpleaños de Hyacinth; el color está bonito —dijo, escarbando en su bolsa de tejido—. ¿Crees que se verá bien en rojo oxidado? —Estaba siempre consciente de la apariencia de su cuñada y, aunque despreciaba concentrarse en esas cosas mundanas, tenía la esperanza de que su hija creciera con la misma elegancia natural—. Siempre me dices que no tenga miedo al color, ¿pero no es demasiado claro este tono?

—Estoy segura de que Hyacinth se verá encantadora con él —porque no importaba lo que usara la niña, tenía una permanente cara rojiza y una expresión de preocupación que no combinaba ni con sus mejillas rurales ni con lo inapropiado de su nombre, Jacinto—, pero por favor, cuéntame más, ¿qué pasó después?

—Luego de un rato, el tren se puso en marcha de nuevo, siempre muy despacio, y llegamos a la estación. El hombre de la pipa fue al pasillo y dijo: «Un alemán tiene al encargado de la señalización; miren, se lo están llevando», pero yo solo podía ver a la multitud.

—¡Qué horror!

—Entonces vino el guardia y nos dijo: «Lo agarraron *in fraganti*, pero de poco sirve», y mi anciana vecina se quejó y preguntó si había baño de damas en la estación de King Cross, y si yo creía que su nieto tendría que esperar demasiado por otro tren.

—¡Qué mañana la tuya!

—Sí, me dio un sentimiento muy curioso. Fue muy… Bueno, no te lo esperas. Tomas el tren de las nueve y cinco y te disparan, es irreal, y las cosas que no son naturales son muy desagradables. Y aún así yo solía pensar que los alemanes eran mucho más morales que los franceses.

—¡Ay, Alice, es el peligro de los prejuicios! ¿Cuántas veces te dije que no asociaras la palabra disciplina con la moralidad hasta que no te enteraras de lo que significa para los alemanes?

—Tal vez me equivoqué —concedió, dudosa—, pero es que sufrimos de demasiada libertad, ¿no crees? —preguntó ansiosamente

con los ojos fijos en el listón tricolor de Adelaide.

—La única disciplina segura en todo el mundo —sentenció la señora Spenser— viene de la libertad. ¿Por qué te preocupa tanto? —Discutir con Alice, cuya sed de sumisión era tanta que disfrutaba la guerra inconscientemente por las restricciones que imponía, era inútil.

—Siempre he creído que no deberíamos ser libres de seguir nuestros caprichos —dijo Alice, deshaciendo el carrizo—, pero, para terminar la historia, llegamos dos horas tarde. Y luego, querida, imagínate a la pobre anciana, con ese aspecto de abandono, de pie en el andén junto al equipaje y la máscara de gas de la marina, todo de su nieto. Por supuesto, nadie la habría acusado de quintacolumnista, pero ya sabes cómo es la gente hoy en día, y no te puedo describir cómo la miraban. Al final le conseguí a un mozo y le pedí que la llevara a una sala de espera. ¿Crees que se aparezca el nieto?

Ruby dejó caer con un golpe dos platos de pudín, con más vehemencia de la habitual. Algunas de las dependientas se estaban abotonando los abrigos. Horatio seguía dando sorbos lentos a su café, porque hasta un Warming Pan vacío tenía más vida que su propia habitación. Deseaba no estar tan sordo; ¿había alcanzado a oír la palabra «dispararon» en la mesa adyacente? ¿Y qué pasaba ahora? Incluso él podía escuchar los gritos.

—¡Qué maravilla, señorita Hawkins! ¿En dónde lo descubrió? Ah, ¡qué ternura!

—¡Angelina! —La señorita Tippett se levantó de la caja registradora con los ojos incrédulos y fijos en los brazos de su socia.

Al principio solo se veían dos guantes color escarlata y la punta de una boina, pero entonces Angelina puso con cuidado su carga en el suelo y se levantó, sonriendo a su audiencia. Junto a ella estaba sentado un bulldog de yeso, casi de tamaño real, con una mueca falsa pintada en el hocico negro.

—No me regañen —pidió a los presentes—. ¿No sería una bonita base para poner los boletines? Y me parece que hoy en día los símbolos son importantes.

—¿Y en dónde piensas ponerlo? —Selina miraba, impotente, de un rincón a otro; era muy del estilo de Angelina gastar dinero en una cosa así cuando era difícil saber de dónde iban a sacar la renta. ¿Por qué algunas personas nacían con un sentido de responsabilidad y otras completa, absoluta y terminantemente desprovistas de él?

—Bueno, es muy grande para la repisa de la chimenea —miraba con ternura el escritorio de su socia—; ¿cómo ves, Selina, podemos mover los libros de contabilidad?

—Estoy segura de que va a resentir ese lugar tan oscuro.

—¿Y de pie junto a la chimenea? —sugirió la señora Spenser, saboreando la vergüenza de la Tippett—. ¿Dónde lo encontró?

Angelina se quitó la boina, que era tan solo una concesión al clima, y se pasó una mano por el cabello corto y blanco que hacía de su cabeza un gorro de fieltro.

—En una venta de salvamento, enfrente del Ministerio de Alimentos. No puedo tener un perro, lo sé, con los bombardeos, pero le falta vida a este lugar sin uno. Me preocupaba que quisieras llamarlo Winnie, pero luego pensé que no, que este es un emblema de todos nosotros, tan manso, tan determinado…

—… Y tan necio.

Angelina levantó una mirada de sospecha, pero la señora Spenser parecía estar hablando totalmente en serio.

—¡Necio! Claro, entiendo a lo que se refiere, no nos vamos, sin importar lo que pase. Yo pensaría que resuelto es una palabra mejor. Como sea, necesita un nombre. Lo llamaré Beowulf.

—Muy gallardo, señorita Hawkins, pero estoy seguro de que es un perro gallardo.

Angelina miró a Horatio, a quien odiaba. El yeso es un material de mal gusto, estaría pensando.

—No lo compré como un símbolo de gallardía —rebatió—, sino de sentido común.

«Horrible mujer», pensó Horatio, y cómo le gustaba tiranizar a su escrupulosa compañerita, pero a la edad de él era esencial estar en buenos términos con todo mundo.

—Ah, pero no debe recriminarnos a nosotros los pobres artistas el lujo de soñar con días más elegantes y más felices.

—Estoy segura de que el monstruo de Beowulf no era nada elegante. —Sorbió, agachándose para arrastrar la estatua de yeso hacia la chimenea. Un viejo tonto como ese no podría saber de historia, ni que Beowulf, a diferencia de Drake, sería bienvenido entre el proletariado. ¿No se hubiera enfrentado al dragón —meramente un símbolo, sin duda, de la dictadura vikinga— para salvar a todo su pueblo?

—Tiene razón, señora Spenser, la chimenea es tan buena como una casa para perros.

Todos rieron.

—¿Sabe algo? Se me antoja, se me antoja muchísimo, ese listón que tiene en el sombrero, para hacerle un collar.

Adelaide se inclinó hacia adelante, con una prisa fingida.

—Muy bien, Alice, es hora de irnos. —Le dio una palmada en la cabeza al perro en su camino a la salida—. Adiós, Beowulf, cuídanos

bien.

Pobrecita señorita Hawkins, lo feliz que sería administrando un jardín de hierbas con un yorkshire terrier en los talones, y aún así cuán viva parecía, incluso de esa forma extraña, infantil, en comparación con Alice o la vieja puritana de la Tippett. Ese absurdo bulldog, que debía ser simplemente vulgar, en efecto le daba un aire de alegría a ese lugar sombrío y deslucido. Combinaba con los platos para perros, las comidas para perro por seis peniques, y con las deslavadas vistas de cabañas campiranas en renta que aún decoraban la pared encima del mostrador.

Selina fue hacia la ventana y miró los pasteles. Supuso que tendrían que restringirlos a uno por cliente como habían hecho otros lugares del distrito. Pero casi le rompería el corazón tener que hacerlo. «La vida debía ser generosa —pensó—, salvajemente generosa». Ese anuncio en la pared: «Las palabras imprudentes pueden costar vidas», siempre le recordaban una mañana, durante la guerra anterior, en la que había pasado horas formada para obtener nuevas cartillas de racionamiento. Cómo se había enojado la señorita Humphries con ella cuando regresó tarde; la pobre anciana incluso había sugerido que Selina se había pasado la mañana con Angelina, de quien se ponía tan celosa. Había días en los que la paz le parecía esos breves momentos que se tomaba para dormitar un poco más por la mañana cuando se levantaba demasiado temprano, y en cambio la guerra era el tiempo mismo, con toda su pesada duración. Sí, a pesar de las bombas, siempre vería la guerra como una fila y un formulario amarillo con líneas que había que llenar con el remanente de un lápiz roto. La gente tenía que sobrevivir, pero a veces, mientras esperaba en la fila, se preguntaba por qué. Esperaba que eso no fuera lo que el vicario llamaba «Cuestionar el propósito de Dios», pero realmente le intrigaba. Sobre sus cabezas se cernía una mano remota y fatal, algo que ni siquiera el gobierno podía entender; y, como consecuencia, había que limitar los pasteles, vendían treinta y siete almuerzos en vez de ciento setenta, y entre menos comida servían, más parecía comer la gente. Quizá se sentiría mejor cuando llegara la correspondencia de la tarde. ¿Por qué había guerra, Dios mío, y por qué había comprado Angelina ese perro espantoso? Realmente abarataba la atmósfera, y cuán astuto de su parte traerlo en ese preciso momento; no podía reprocharle nada en frente de los clientes y del personal.

—Disculpe, madame. —Selina volteó a ver a Ruby, que esperaba junto a la caja registradora. Estaba jugueteando en el dedo metido en el overol, el que reservaba normalmente para el aseo—. Lo sé, madame, debe estarse preguntando por qué tengo puesto esto. Es para

cuidar el color negro. De una falda oscura no salen las manchas de grasa.

—Me imagino que no. —Selina miró con sospecha la ropa de domingo de Ruby; nunca salían entre semana salvo si era para alguna ceremonia, usualmente un funeral.

—¿Tiene algún problema si me tomo la tarde de hoy, madame?

—Claro, sin problema, si puedes cambiar tu turno con Cook.

Había entre el personal una eterna enemistad, mantenida a raya por otra de las reglas de Selina: nunca interferir en pleitos y nunca tomar partido.

—Tomando en cuenta las circunstancias, Cook está dispuesta. —Ruby comenzó a sorber—. Verá, se trata de mi pobre amiga Connie.

—No le pasó nada, espero.

Por las mejillas de Ruby empezaron a resbalar lágrimas, pero en lugar de buscar un pañuelo, se aferró al overol.

—Fue ayer en la noche, madame. Nos fue terriblemente. ¿Conoce el Green Man que está en la esquina de la Station Road? Le cayeron dos bombas. Incluido el vestíbulo, no quedó ni un fragmento; simplemente lo volvieron escombros.

—¡Qué tragedia, Dios mío! Me temo que no conozco ese vecindario. ¿Y tu amiga? ¿Estaba…, ay, estaba en el Green Man?

—¡Ay, no, madame! —Estaba asombrada y resentida—. Ese lugar era una cantina, y no la iba a encontrar en un *pub*. Enfrente tenía su estudio.

—¿Un estudio? —Selina tuvo una visión de la ventana de un fotógrafo llena de grandes bocetos de chiquillos sonrientes en uniforme y de esas increíbles tarjetas postales de niñas en satín blanco.

—Sí, madame, su estudio de comida. Connie hace la mejor anguila en gelatina que haya probado en mi vida. A mi marido y a mí nos gusta ir los sábados en la noche. La última vez que la vi —tragó saliva y al fin sacó un pañuelo—, me dijo que la guerra había fastidiado el suministro, que no sabía cómo le iba a hacer.

«Dios mío —reflexionó Selina—, ¿cómo le hace Ruby para pronunciar frases completas correctamente y de pronto un restaurante se convierte en un estudio? Qué fascinantes serían los dialectos si una tuviera tiempo para ellos; sin embargo, era este un momento para la empatía, no para el análisis».

—Algunos ladrillos —siguió Ruby con melancólica satisfacción— terminaron del otro lado de la calle. No hubo servicio de autobuses en la mañana, por eso llegué tarde, pero vi la bandera azul, que significa que están buscando cadáveres. No hay nada que enterrar, pero pensé

que si voy y me paro ahí de negro, eso mostraría mi respeto por ella. Así que quisiera tomarme la tarde, si no le molesta.

—Claro, claro —se apresuró a decir Selina. De alguna manera, la idea tenía toda esa cualidad paralizante de los bombardeos mismos. Estaba hecha de las fibras de la vieja y bulliciosa Londres azotada por la plaga. Quizá se había excedido en su negativa a escuchar historias de las bombas; podían ser liberadoras para la mente. Qué diferencia, sin embargo, entre la terrenalidad inexorable de Ruby y esas clientas timoratas que aturdían a todo mundo preguntando: «¿Vendrán esta noche, si voy y me paro ahí de negro?». Qué lástima que no podía correr en ese momento a contarle a Angelina. Hacía que la ridícula compra que había hecho su socia fuera aún más irritante. Suspiró, se levantó, puso el seguro a la puerta exterior y colgó el letrero de «Cerrado de dos a tres».

Apenas tendría tiempo de revisar el libro de contabilidad antes de la hora del té. Lo abrió, pero el silencio del lugar vacío la ponía nerviosa. ¡Si tan solo Angelina no hubiera comprado ese perro! Sintió un escalofrío en la mano —de verdad tenía que conseguir unos guantes para mantener los dedos calientes; seguramente era permisible en tiempos de guerra—, y el lápiz rodó por el suelo. Cuando se inclinó para recogerlo, se encontró mirando los profundos ojos de Beowulf.

—Angelina —gritó—. Angelina, baja por favor.

Era simplemente como si esa quijada de yeso, sobrada y plácida, se burlara de ella. Qué ridiculez ponerse nerviosa por eso; quizá debía ella misma ir a prepararse una tisana. La vida —y le daba igual si el vicario estaba o no de acuerdo—… la vida era sencillamente insoportable.

5

Hacía frío. Ruby daba golpecitos en el suelo con los pies mientras esperaba el autobús. Tenía la esperanza de que no sonara la alerta. Sin importar lo que Ed dijera, no pensaba pasar otra noche en el refugio; se veía y olía como una tumba. Prefería mil veces quedarse bajo la mesa de la cocina junto al fuego que tener las muñecas hechas un nudo de reumatismo antes de los cincuenta. Sí, parecía que iba a nevar, y la bolsa le pesaba en el brazo.

«Toma un buen pedazo de pescado —le había dicho la vieja Tippett, que la alcanzó cuando ya se estaba poniendo el abrigo con prisa—, y no se te olvide llevarte un poco de pan duro para tu gato». Esa era la ventaja de Warming Pan: la alimentaban bien durante el día y había muchas sobras, aunque también demasiada supervisión, demasiado de Selina siguiéndola por todas partes y diciendo «Hay que lavar bien abajo de las repisas, ¿no crees?» o «¿Ya sacudiste la vajilla?», aunque de todas maneras se le pasaba un trapo antes de usarla.

Cuánto tiempo había desperdiciado —se preguntaba Ruby— esperando autobuses. Una vez dentro todo era cálido; pescabas trozos de conversaciones ajenas, te fijabas en las ventanas de los negocios y en cómo los edificios han cambiado, pero ahí, de pie… Podría vivir su vida otras dos veces si juntara cada minuto que había perdido esperando en las esquinas. Esperando el autobús, esperando el autobús; alguien debería escribir una canción al respecto, a lo mejor ya la habían escrito, una cancioncita *swingesca* —como las llamaba Timothy— que hasta ahora había evadido sus oídos. El viento se recortaba alrededor de sus piernas y miró hacia atrás para ver si había mucha gente en la fila. Toda la gente en la parada del autobús eran enemigos potenciales. Podían amontonarse frente a ella, colarse al compartimento para dos personas de pie y empujarla de nuevo hacia la parte de atrás de la fila, donde tendría que esperar otro cuarto de hora. Hoy, sin embargo, era temprano, y la hora pico —o lo que se había convertido, con los bombardeos, en la hora de la estampida—, todavía no empezaba. Solo esperaba que la alerta no sonara antes de

llegar a su casa. Tenía ropa para lavar atrasada de toda una semana, pero como la cocina era la única estancia en la que estaba totalmente segura del apagón, no podría atiborrarla de sábanas mojadas mientras tuvieran que dormir ahí. Pronto olvidaría cómo lucía su habitación, pese a que Ed lo había redecorado, papel tapiz nuevo incluido, tan solo el verano pasado.

Incluso los edificios más pesados tenían un aire de fragilidad, como si un niño los hubiera hecho de tarea recortando papel de colores y levantándolos con soportes de cartón. Sería una sorpresa empujar apenas un ladrillo y que no se deformara como un globo. Hasta el autobús parecía haber perdido su autoridad; venía rasgando el vacío de la calle a la velocidad de un cochecito. Cuando se detuvo, Ruby fue la primera en subirse. Se abrió paso hacia adelante, porque su lugar favorito, detrás del conductor, estaba vacío. Apenas se sentó, una mujer en la fila contigua la miró, la saludó, y fue a sentarse junto a ella.

—Caray, señora Gates —dijo alegremente—, ¡semanas que no la veía! ¿Cómo la trata la vida? ¿Tranquila?

La señora Gates era tan rechoncha como Ruby era flaca. Se aferraba a su sombrilla como si fuera un timón. El arillo de su colgante era delgado y prácticamente rozaba la piel de su escote.

—No nos tocaron bombas, pero sí nos tocaron disparos. Es un milagro que cualquiera de nosotros siga vivo.

—¡Lo es! —Ruby hablaba con sentimiento, mientras tanteaba sus monedas de cobre en vista de que el conductor se acercaba—. La semana pasada, como a eso de las siete… No, estoy diciendo mentiras, no pasaban de las seis. Como sea, Ed ya había llegado, pero yo estaba sentaba en el piso bajo la mesa, a causa del ruido insoportable, cuando oí una conmoción. Me pregunté para quién eran tantos hurras y le dije a mi marido que oyera, que nos estaban gritando. «Claro que no, mujer, son tus nervios». «No —le dije—, hay alguien en la puerta». Después de un rato se levanta y la abre y hay un poli. «Empaquen —nos dice el poli—, rápido, hay una bomba en el jardín de al lado. Apúrense, los llevaré al centro».

La señora Gates balanceaba su sombrilla de un lado al otro.

—¡Una bomba, señora Clark, qué horror!

—«Sí —le dijo mi marido—, pero es la hora del té. ¡Yo de aquí no me muevo hasta que haya probado un bocado!». Mi marido no es muy valiente pero tampoco es cobarde, porque estuvo en la Marina la guerra pasada.

—No lo esperaste, ¿o sí?

—Yo sí, pero el poli no. Le preparé un buen pedazo de bacalao y

se lo comió con dos tazas de té. «Vámonos, nena —me dijo—, más vale que nos apuremos», pero no fuimos al centro, sino al refugio de Middleton que está al final de la calle.

—¿Y la bomba explotó?

—No, tuvimos suerte. Se la llevaron al otro día. A lo mejor fue la lluvia; estuvo diluviando toda la noche, me despertó una y otra vez, aunque dicen que el agua empeora las bombas de cien tinieblas.

—¿Cien tinieblas?

—Sí, así les dicen.

Casi cayeron ambas de sus asientos con la sacudida del autobús deteniéndose de pronto.

—Hoy hay un nuevo conductor de ruta. Me imagino que a los más jóvenes se los llevó el ejército.

—Hoy en día les da igual lo que le pase a uno. Es como si no tuviéramos derechos. Yo también he tenido algunos problemas desde la última vez que nos vimos. —Se echó hacia atrás suntuosamente, claramente feliz de haber encontrado una audiencia en un viaje tan largo.

—Ay, querida, espero que nada grave. —Ruby, que había terminado su propia historia, se calzó el bolso a un lado y se acomodó para escuchar. Le gustaba tener algún chisme que contarle a Ed en la cena.

—Tuve una pequeña… operación, en el hospital.

—¡Pero si en el verano se veía tan bien! —Ahí estaba, pensó Ruby, pasó lo que tenía que pasar; no se podía esquivar al destino. Los pilares de las casas que veían en el camino parecían esa tubería que se veía a veces apilada para hacer reparaciones a las calles y los escalones de las entradas le hacían pensar en jabones. Había algo sin alma en esa terraza que alguna vez había sido aristocrática y ahora pertenecía al imperio de los apartamentos reconvertidos. No tenían las facilidades de los edificios modernos y carecían de la alegre calidez de su propia cocina. Miró a la señora Gates.

—El doctor me dijo que había sido la avena.

—¡La avena! —respondió legítimamente sorprendida—. Nunca había oído que a alguien le hiciera daño.

—Me dolía. —La voz de su acompañante era plana y categórica—. Me dolía horrible. Pero ya sabe usted cómo soy, no me gusta hacer escándalo ni llamar mucho la atención. Estuve repose y repose, pero nada parecía cambiar. Mi señor esposo está fuera, así que no hacía daño si yo también descansaba los pies una tarde.

—¿Lo reclutaron?

—Como si lo hubieran hecho; está en una de esas oficinas del

Ministerio que evacuaron. Pero el reposo no me ayudó, así que al final fui a ver a mi doctor. Y me dice: «Ay, señora Gates, ¿cómo terminó en este estado…?».

De pronto, el autobús volvió a sacudirse hasta detenerse, y el mango de la sombrilla voló contra la ventana.

—Sí, está aprendiendo. Seguro ni siquiera tiene licencia todavía.

—*Escombrios* —dijo Ruby, levantando los pies e inspeccionando el camino al frente—. Aunque los levantan más rápido de lo que uno creería.

—Bueno, mi doctor, es un buen muchacho… No, no dirías que es exactamente un muchacho, de mediana edad más bien, me dice: «Voy a llamar al hospital de inmediato, señora Gates. Está muy adentro y puedo tocarlo con el dedo, pero no logro alcanzarlo».

—Dios mío, ¿y qué era?

—Le digo: «Bueno, no quiero que piense que vine a verlo para nada; intenté curarme con reposo y todo eso, pero parece que no sirvió de nada».

—Hay cosas que una no puede hacer por sí misma.

—Así que fui al hospital y me pusieron bajo el radiador, y déjeme decirle, señora Clark, qué bella es la ciencia. Sí, en otros tiempos habrían tenido que abrirme, pero ahora usaron un tipo de tubo, bueno, como un imán, y me lo sacaron.

—¿Qué le sacaron?

—Un diente.

—¿Un diente, señora Gates? Pero si no sabía que le quedaba alguno. Pensé que se los habían arreglado cuando a mí me quitaron los míos.

—Ah, el diente no era mío, sino de un peine, de acero. El doctor me dijo: «Debió tragárselo con la avena. Yo la evitaría por un tiempo, y trataría de comer algo más nutritivo». Qué graciosas las cosas que una se puede encontrar en la avena.

—Basura —Ruby asintió pomposamente—, eso es lo que nos toca a la clase trabajadora. No que yo sepa gran cosa de política —se apresuró a añadir—, eso es lo que dice mi marido.

—Pues tiene razón: sin importar lo que pase, los que sufrimos somos nosotros.

Ruby guardó silencio un momento, porque se acercaban al puente; era la parte del trayecto que más disfrutaba. Le gustaba voltear la mirada sobre Chelsea, especialmente en primavera, cuando había lirios y algún castaño en flor por aquí o por allá. Borregos, diría, recordando el campo de su niñez y las búsquedas de huevos de pascua en el prado del vecino. No quería regresar nunca a su pueblo, la gente

era demasiado inquisitiva, demasiado crédula, siempre metiendo las narices en sus asuntos, como solía quejarse con Ed, pero a veces anhelaba vivir más cerca de alguna pradera. Luego, el río mismo era un ancho camino plateado hacia el mar. Le daba una sensación de seguridad y orgullo porque su padre había sido marinero. Nunca había estado fuera tanto tiempo como para que ella lo olvidara porque solía trabajar en un buque costero, pero sus visitas al hogar habían sido infrecuentes y marcadas por peniques inesperadamente gastados en la tienda del pueblo. Ella siempre se había sentido aparte de las otras familias de obreros y labradores, y eso la había vuelto una niña inquieta; el mismo impulso que había llevado a su padre al mar la había llevado a ella a abandonar la comodidad de la finca y probar suerte en Londres.

—Siento —dijo, empujando ligeramente a la señora Gates, que se había aprovechado del movimiento del autobús para ocupar más que la parte que le tocaba del asiento—, que de alguna manera nada malo puede pasarnos siempre que estemos rodeados por el mar. —Miró por la ventana con satisfacción y vio flotando en el agua un remolcador y un par de barcazas manchadas de carbón, de exactamente el mismo color gris que el humo que echaban.

—En eso tiene razón —resopló su interlocutora—; no vaya a creer que estoy en contra de los extranjeros, pero lo cierto es que no pueden ser tan hábiles como nosotros si no tienen mar.

Un par de gaviotas se precipitaron desde el parapeto hacia el cielo neblinoso. El siguiente puente, que apenas podían ver por la abertura en forma de diamante entre la red de astillas de vidrio, parecía casi plateado.

—Ed dice que él cree que los trabajadores alemanes no quieren la guerra más de lo que la queremos nosotros; todo es cosa de Ese Hombre.

—Para mí —sosteniendo ominosamente su sombrilla—, lo único que se puede hacer con un alemancito es dispararle. Una lástima que no pueda haber un terremoto que se los cargue a todos de una vez.

—Pues yo una vez trabajé para una señora alemana y era tan callada que ni siquiera la distinguiría usted de nosotras.

—¡Astutos! Eso es lo que son, ¿o cómo sabe lo que pasaba por su cabeza? No me incumbe, por supuesto, pero a mí me basta y sobra con una familia inglesa. Aún así —continuó afable—, son tiempos difíciles, lo sé; no siempre se puede elegir.

Habían dejado atrás el Támesis y habían llegado al Battersea Park. Estaba vacío, pero daba cierta paz, porque los árboles, a diferencia de las casas, no tenían ni una ramita fuera de lugar. Se alcanzaba a

vislumbrar incluso una cama de flores circular, recogida con cuidado a la espera de las heladas invernales.

—Veo que viene vestida de negro —siguió la señora Gates—. Espero que no haya ocurrido nada.

—Es por Connie. Era suya la tienda de la esquina de Station Road, donde les fue tan mal ayer. Ed, que es muy atento en ese sentido, vino desde el trabajo a avisarme. No quería que lo viera, aunque obviamente cerraron el tránsito, pero salí y fui caminando hasta donde pusieron los cordones. Solo había un hoyo en donde antes estaba la tienda; todo es polvo y piedras.

—¡No son personas, esos alemanes, son demonios! Pero a veces pienso que los atrajimos nosotros mismos. Hoy en día los jóvenes no tienen respeto por nada, no saben lo que significa trabajar.

—Así es, las jovencitas son unas cobardes, meneándose por ahí con sus gorritas y sus permanentes. No han tenido que fregar pisos como nosotras. ¿Y qué hay de nuestros esposos? Después de esta guerra los hogares quedarán rotos, señora Gates, y las responsables son esas descaradas. —Apenas el sábado anterior, había atrapado la mirada de admiración de Ed hacia una chica de más dinero que modales en un vestido color caqui; la señora Gates asintió en solemne acuerdo.

—Ahora, no diría que Connie no era pudiente, pero a veces se las vio difíciles. Se metió en problemas y salió de ellos. Tenía un bonito lugar en el que se sentaba a cenar con su gente cercana; pero su hermana Vi era diferente, y trabajaba en el café. Ahí es donde conocieron a Alec, el esposo de Connie; y un amigo suyo estaba saliendo con Vi. Unos señoritos refinados, los dos, y Vi les dijo que estaba viviendo en casa, pero le gustaba salir de noche; pero Connie era más tranquila. Cuando el chico se enteró de que Vi se estaba quedando en el café no quiso saber más de ella; le dijo cosas horribles. Eso es lo que pasa por andar contando cuentos. Yo no podría decir una mentira, ¿y usted?

—Tarde o temprano, cosechamos lo que sembramos.

—A veces, demasiado tarde. Conozco a un pescadero que se hizo rico en la guerra pasada pero sus fechorías no parecen haberlo alcanzado todavía y está poniendo en práctica la experiencia otra vez.

—Todo hay que dejárselo a la providencia, y créame —la señora Gates miró fijamente a su acompañante—, ella no decepcionará nuestra fe.

—Eso espero —se apresuró a decir Ruby; no quería meterse en una discusión, con la idea de la pobre de su amiga tan metida en su cabeza—. Pero bueno, Alec se casó con Connie y fue un buen esposo

con ella, eso sí se lo concedo. Hace seis o siete años le explotó el bóiler y le quemó la cara, tenía una enorme cicatriz en un costado. Pero él era un buen hombre y se quedó con ella. Por supuesto —y casi se relamió los labios—, era una cocinera maravillosa. Nunca he probado empanadas de anguila tan buenas.

El aire empezó a llenarse del olor a polvo húmedo y ladrillo quemado que era particular de los distritos muy bombardeados. Era un olor nuevo en Londres, a diferencia de las fosas de la plaga y la crudeza carbonizada de los incendios. Este tenía un toque de explosivo; como si los gases subterráneos se hubieran llevado consigo la atmósfera ordinaria, humana. Las casas se veían temblorosas y desoladas, como si —y esto era lo que pensaban sus ocupantes— no pudieran entender por qué sus cimientos seguían resistiendo. La gente se subía en sillas y escaleras para clavar trozos de madera o de lienzo en las ventanas rotas y vacías.

—Después de eso, no quería salir; supongo que le preocupaba la cicatriz.

—Pero me imagino que tuvo que acatar órdenes superiores —pronunció las palabras lenta y cuidadosamente—, igual que los soldados.

—No dejo de pensar en Alec. Regresó a la Marina en primavera. Espero que alguien le avise. ¡Imagínese que vuelve y no encuentra más que el hoyo!

—Le darán las malas noticias más pronto que tarde —resopló—. Ya viene su parada. Me dio mucho gusto verla después de todo este tiempo. Vaya a verme si alguna vez anda por mis rumbos y le invito una taza de té.

—Le agradezco, señora Gates, es muy amable de su parte. —Recogió su bolso y se agarró del asiento de enfrente mientras el autobús se tambaleaba.

—Espero que pase buena noche, y que no haya alertas.

Tuvo que apresurarse, porque había pocos pasajeros y el conductor estaba esperando con impaciencia a que se bajara. Aún había una multitud en torno a los cordones, curiosos, sobre todo, mirando las ruinas. La calle estaba anegada de vidrio hasta los tobillos; yacía sobre el pavimento y las banquetas, en láminas, en astillas largas y puntiagudas y en montones de pedacitos quebradizos. Un anciano hacía un intento desganado de barrerlo todo hacia la alcantarilla. Más allá había más oficiales. Un poste de luz yacía horizontal sobre el suelo, y alguien había colgado su gorra de la única columna sobreviviente de una balaustrada.

Ruby se abrió camino hacia los cordones con cuidado. Había una

baldosa rota, pero en lugar de quebrarse se le había formado una burbuja, como masa para hornear. No podía sacarse a Connie de la cabeza. Habría pasado cientos de sábados por esa calle, era un cruce extraño, pero una vez en la tienda se sentía calidez y, de alguna manera, mejor al ver a su amiga. No que hubiera mucho chismorreo con ella —«En mi negocio, lo mejor es no enterarse de nada», era su frase favorita—, pero escuchaba sus problemas y le contaba los suyos al mismo tiempo que callaba sobre los de los otros clientes. Daba una sensación de confianza. ¿¡Cómo era posible que estuviera ahí, debajo de todo ese cemento!? Ruby vio esa experiencia no como si el presente y el pasado confluyeran de pronto como un río; no, no como una experiencia natural, más bien —trataba de asir la palabra— fantasmal… Y aun así no podía describirla.

—Buenas tardes. Así que también anda usted por aquí.

Ruby reconoció a quien había hablado, un vecino que también tenía «debilidad por las anguilas».

—Supuse que era lo menos que podía hacer. —A pesar del frío, se abrió un botón del abrigo para mostrar el vestido negro.

—Su pobre marido. ¿Está en el mar, o no?

—Sí, qué rara es la vida. Imagínese regresar y encontrarse con esto.

—Yo pensé que anoche sería nuestro fin. Me tapé con la cobija por encima de la cabeza y me puse debajo de las escaleras. Amanecí todo tieso.

—Sí, yo ahora ya me quedo acostada. Me dejo la ropa puesta, todo menos los zapatos, pero armé una cama bajo la mesa de la cocina. No es que pueda dormir mucho de todas maneras —añadió con sinceridad —, porque si te quedas dormida un segundo, el fin de la alerta te despierta otra vez. Pero aun así hace más calor ahí, y te puedes estirar.

—Me cuesta trabajo aceptar que Connie ya no está.

Los transeúntes continuaban dispersándose para ver el túmulo en el que antes estaban las casas. De vez en cuando un oficial enojado les ordenaba que siguieran avanzando.

—Mire a toda esa gente, llenándose de polvo las narices. Hasta parece que les incumbe.

—A lo mejor son amigos de Connie, como nosotros.

—Es verdad. Pero eso no les da derecho a hacer tanto ruido —un niño que pateaba el vidrio hacia la alcantarilla llamó la atención de Ruby—, podrían estar en silencio. El desorden la ponía de un humor criminal. Si ese niño no se detenía iba a estropear sus botas, ¿y cómo iba a pagar su pobre madre otro par? Los hombres no parecían crecer

nunca; Ed era igual: podía usar los calcetines, aunque ya solo quedaran los talones antes de dárselos para que los reparara.

Empezó a oscurecer. El equipo de recolección trabajaba sin distraerse, pero era como tratar de mover un pajar entero con pinzas para colgar la ropa. De vez en cuando la pila de escombros crujía y parecía que se partiría en dos y engulliría a todos los presentes. Tenía cada vez más frío; no podía meter la mano izquierda al bolsillo a causa del bolso. Qué encantador sería ser Selina, la dueña de Warming Pan, y no tener que preocuparse del mundo. Por ahora los clientes se habían ido al campo, pero volverían. Conocía a los londinenses. Ninguno de ellos soportaría un invierno rural. ¡Imagina tener que preocuparte estos días por el precio del carbón! Su marchante le había aconsejado comprar más antes de que subiera de precio, pero ¿de dónde iba a sacar para comprar media tonelada, o el espacio para guardarla? Se abrió tres botones más. Aguantaría un momento, con Connie en mente, y luego debía correr a hacerle de cenar a Ed. «No hace falta trapear —le diría si se le hacía tarde—, mejor hazme una buena taza de té».

Un reloj distante dio las cinco. Estaba casi totalmente oscuro. Parte del cascajo se movió y dos de los cavadores tuvieron que saltar cuidadosamente al piso. Por las mejillas de Ruby rodaban lágrimas mientras los detalles de su última visita venían a su mente: Connie había estado menos boyante que de costumbre: no se había molestado en ocultar a los clientes el lado de la cara donde tenía la cicatriz, como solía hacerlo. «Tal vez tenga que cerrar —le había dicho, dejando caer la última empanada de la charola en la canasta de Ruby —. No consigo anguilas», y se había quedado mirando al otro lado de la calle como si ahí estuviera el océano, confundida, como un cachorrito perdido. «No lo hagas, ya vendrá el armisticio y antes de que te des cuenta estarás bailando en las calles con nosotros», el carácter de Ed era totalmente diferente si le daba o no el té que le gustaba, así que solo podía imaginar lo mucho que Connie estaba trabajando ahora que estaba sola. «El que me preocupa es Alec —le había respondido, cerrando de un golpe el cajón de la caja registradora de tal modo que sonó exactamente igual que un tranvía —. Le tiene mucho cariño a este lugar, y yo a veces me pregunto si el gobierno no estará planeando terminar con todos los negocios de la gente común y corriente».

Ahora tanto Connie como el mostrador y la tienda completa eran parte de un cementerio barrido por el fuego, ese cascajo que no era ni café ni gris sino un color extraño que nadie había visto nunca y que lo cepillaba todo hasta aquel ladrillo desgarrado que señalaba el primer

esqueleto de las casas todavía en pie. Un nudo de cortinas gruesas ondeaba en el agujero que antes había sido una ventana. Ruby sorbió la nariz y se secó las lágrimas; había calma ahora que habían detenido la recolección y lo único que oía era el sollozo violento de una recién llegada.

—No podía conseguir pescado, así que fui de noche a casa de mi hermana; quería buscar una tapa que le quedara a la tetera que se rompió, y ella me dijo: «No deberías andar por ahí cuando ya está oscuro, mejor quédate aquí». —La mujer, vestida de café y con un velo alrededor del sombrero, contemplaba el foso que estaba al frente—: Mi hogar… —sollozó, y sus sollozos eran pequeñas explosiones en medio del silencio—… mi hogar, el hervidor, las sábanas nuevas… y todo… ¿Qué le voy a decir a Alec?

—¡Connie! —exclamó Ruby con voz desconcertada y llena de reproche—. Estás aquí, no desapareciste, y aquí estoy yo también vestida de negro por ti, en este frío. Así que no quiero verte toda alterada y preocupada, vamos a mi casa para que te tomes una buena taza de té. De nada te sirve quedarte mirando ese montón de piedras; vamos —la tomó del brazo—, deja de lloriquear.

6

Angelina dejó caer su boina en el edredón tejido a mano. Otra vez habían olvidado las cortinas. Aunque la guerra era una manifestación de incompetencia gubernamental, como ciudadana también cooperaba con el apagón, que la involucraba tanto como a las masas; y, sin embargo, no tenía «ni pies ni cabeza», citaba con firmeza, al dejar a oscuras la habitación durante el día. Como había olvidado atar las cortinas extra, Ruby las había dejado cerradas. Era más complicado arreglarlo entre más tarde era, pero quería luz, el mundo entero quería luz; si la gente fuera más sabia, atesoraría cada momento de luz como los tontos banqueros atesoraban el oro.

Sobre la chimenea, la ventana dejaba ver un árbol de plátano de sombra y un cuadrado de cielo gris. Dios mío, pensó Angelina mientras doblaba el cordón en torno al gancho, va a haber problemas con Selina. Pobrecilla, mi vieja compañera, simplemente no tiene imaginación. «¿Puedes creerlo, Ella? —había dicho apenas el día anterior en la sesión—, mi socia nunca deja de trabajar, y escucha cuando le cuento todo el drama de los facinerosos en las calles, pero simplemente no conoce el significado de la palabra visión. No logro hacerle entender los elementos básicos de la economía proletaria». «Liquídala», bromeaba siempre Ella, pero eso no se le podía hacer a la Tippett. Selina era una desclasada; no podías hacerle ver algo que no estuviera literalmente en frente de su nariz. «Beowulf es un símbolo para nosotras, colega —la palabra camarada no le quedaba a Selina—; pero no, siempre obtenía una misma respuesta: «Lo que me preocupa es que tu perro de yeso se va a llenar de polvo».

Ya casi era hora de una taza de té tempranera, el mejor momento del día, sin duda, sentía Angelina, entre terminar la aburrida rutina de las mañanas y prepararse para las tareas de la noche. Miró la lista de compromisos pendientes que colgaba sobre su cómoda, pero no había nada hasta el sábado. Siempre había sido lo que los franceses llamaban una *amateure* —aficionada a las reuniones—. Le causaba una gran ilusión apresurarse para llegar, a veces antes de la cena, a algún salón en algún suburbio desconocido de Londres; eran pequeñas

aventuras, muy instructivas, y a veces incluso hacías nuevos amigos. Estaba esa amable maestra de escuela a quien Selina despreciaba tanto, solo porque la pobre mujer iba a tomar té cada vez que estaba en el vecindario, y aquel checo extraordinario cuyo nombre nunca habían podido pronunciar. Enriquecía tanto la vida hacer nuevos contactos, escuchar y aprender tantas cosas, incluso si en ocasiones las cosas no salían bien, como la vez en que ese odioso conferencista había insistido en acompañarla en el camino de regreso, y no habían podido deshacerse de él hasta las tres de la mañana.

—¡Adelante! —Debía ser Selina con el té. Su socia no soltaría una sola sílaba de molestia, sino que le bastaría con crear una atmósfera esponjosa y gris de rigurosa desaprobación. Quizá sería mejor decir algo y hacerlo estallar de inmediato… Pero era ese un momento tan plácido, ¿y qué daño había en dejar a Beowulf junto a la chimenea del salón? No era como si fuera un perro real y le estuviera pidiendo dinero para comprarle comida.

Selina empujó la puerta despacio, tratando de equilibrar la charola. ¿Qué no podía su socia haberla abierto por ella? Las manchas de té se veían horribles en la tela blanca, y era complicado girar la perilla sin derramar nada.

—Salvé una rebanada de tarta de mermelada para ti —dijo, dando un golpecito en la mesilla ocupada por lápices, libros de aforismos y una bufanda—. ¿Puedes hacer espacio, Angelina? —añadió pacientemente, sujetando las dos tazas y los platitos con sus dragones azules y delgados, que siempre lavaba ella misma.

—Gracias, querida. —Recogió los objetos y los arrojó, sin mucho cuidado, sobre la cama. Las paredes eran el único espacio limpio de la habitación. Y entonces Selina se sentó, sin querer, justo enfrente de un póster que no le gustaba. Un grupo de chicas de vestidos veraniegos avanzaba por el camino de papel, ondeando banderas, bajo un arco de letras rusas. ¡Era una pena que Angelina hubiera abandonado las clases de esperanto! Había sido inconveniente, por supuesto, cuando insistió en escribir los menús en esa lengua, y después había traído del Congreso a ese espantoso profesor que les pidió asilo una noche; pero, aunque excéntrico, todo había sido seguro. ¿No era esta una lección para los quejumbrosos? Puede removerse un mal menor y vendrá otro más grande a tomar su lugar. Ahora todos los días esperaba el momento de encontrarse a un detective midiendo la escena y a su colega siendo arrastrada a la estación de policía, en esa camiseta escarlata que lucía idéntica a un banderín ferroviario y dando de gritos, eso indudablemente le aseguraba el encierro de por vida. Yo sería inocente —reflexionó Selina—, pero no podría, de ninguna,

ninguna manera, sobrevivir la desgracia. No era este el momento, sin embargo, de revivir su ya cotidiana discusión.

—¿Se arreglaron las cosas en el Ministerio de Alimentos? ¿Qué nos van a permitir?

—Todo está OK —dijo con brusquedad—, salvo por los huevos procesados; dicen que no tenemos derecho a ellos.

—Pero, Angelina, eso es ridículo. ¿Les explicaste que la mitad de nuestro negocio está en los pasteles para llevar? El polvo que estamos usando es terrible y si ya no nos permiten comprar huevos recién puestos, ¿qué vamos a hacer?

—No tienen formularios específicos para nuestro caso.

—Pero, querida…

—Es nuestra culpa, querida, por ser honestas. Nunca has usado nada que no sean huevos de granja. Te he dicho una y otra vez que la honestidad y la empresa privada son incompatibles.

—No seas ridícula —dijo Selina molesta—, si es pública o privada no tiene nada que ver. Desde que empezamos compramos directamente de las granjas y de pronto nos dicen que está prohibido… Y no tengo problema si, realmente, es en beneficio del país, pero la tienda del final de la calle tiene un permiso; me lo dijeron hoy en la mañana. Y bueno, querida, no necesitaban decírmelo, podía olerlo. Y son tan privadas como nosotras. ¿Por qué no podemos tener también nuestra ración?

—Porque ellos, querida, siempre han usado huevo en polvo, y tienen registros de su consumo de los últimos cinco años. Fue una estupidez de tu parte no falsificar todo lo posible, siempre te lo dije.

—No es una estupidez haber ofrecido a nuestros clientes, o a cualquier ser humano, comida decente. —Angelina, lo sabía, solo estaba fastidiándola.

—Me parece que esta guerra provocará cambios en la dieta nacional. ¡O no me digas que nuestros abuelos habrían tenido que partir hacia Múnich con un paraguas en lugar de un rifle para comer carne y tomar cerveza!

Selina le dio una violenta mordida a un segundo bollo de frutos secos. «Grosellas —reflexionó—, eso va a ser lo más difícil de conseguir la temporada siguiente».

—Es que no entiendes —pobrecita, cuán poco se daba cuenta Selina de que su lealtad era lo único que la conectaba con una luz al final de la guerra—, los funcionarios esperan que los comerciantes privados sean deshonestos. De todos modos, hice lo que pude por ti, y había una chica nueva, muy encantadora, en el Ministerio. Revisó la cuestión a profundidad. Verás, no se imprimen formularios que

atiendan este caso específico. Los salones de té siempre han utilizado polvo, y supongo que a nadie en el gobierno se le ocurrió que tú tenías tus filiaciones especiales con las granjas. La chica me sugirió que escribieras los hechos en un documento por triplicado y lo enviaras a la Junta de Comercio, y otro más, también por triplicado, al Ministerio de Alimentos.

—Pero eso lleva tiempo, ¿y qué hay de los pasteles para el sábado?

—Consideran que tendremos una respuesta en seis meses. —No pudo evitar un ligero tono de triunfo; la recepción que había tenido Beowulf aún le dolía.

—¡Seis meses! Eso significa que tendremos que cerrar.

—Así es, querida. —Le dio un sorbo satisfecho a su taza de té.

—¿Pero es que no podemos hacer nada? —cerrar significaba el final de todo, ¿y qué iban a hacer con el pobre de Timothy?

—En términos legales, estamos perdidas. Pero no te preocupes, Selina, yo carezco de tus inhibiciones. Salí de esa oficina, debo confesar, en un estado de extremo enojo. Así es como el gobierno trata a las personas de a pie —me repetía—, cuando vi a Beowulf en la ventana de una tienda. Nos va a traer suerte, ya verás, aunque no hay que ser supersticiosas. —El más grande sacrificio de las nuevas creencias de Angelina había sido dejar sus pequeños rituales—. Pero bueno, como te decía, estaba deprimida y molesta y, en medio de un montón de mesas maltratadas, estaba ese bulldog con esa cara melancólica, y pensé: «Te voy a dar un hogar, pequeño…».

—¿No fue… terriblemente costoso?

Aunque, si tenían que cerrar, ya qué importaba si debían tres libras o trescientas.

—No, querida, para nada, de hecho. Entré, y aunque la tienda olía a moho el dueño parecía un hombre agradable. Le conté lo que había ocurrido en el Ministerio y nos pusimos a hablar de la guerra y el capitalismo…

—¡Angelina! Preferiría que tuvieras más cuidado. ¿Cómo sabes que no era un policía encubierto? Podrían arrestarte bajo ese estatuto nuevo, ¿cuál es… el 18b?

—¡Un poli ese tipo! —resopló Angelina—. Cualquier cosa menos eso. Me dijo: «Bueno, si de verdad piensa llevarse al perro, y su socia está interesada en conseguir huevo en polvo, tengo un buen lotecito de salvamento recién llegado. Le voy a decir dónde lo conseguí: ¿recuerda esa bodega que explotó el otro día? Bueno, esas latas estaban en el sótano, y no está registrado. ¿Quiere echar un ojo?». Fui a inspeccionar, Selina, y compré el lote. Afortunadamente, llevaba

conmigo el dinero para el gas y el pescado. Salió relativamente barato y ahora tenemos suministro para un año cuando menos.

—¿Pero es legal?

—Probablemente no. No me detuve a preguntar. Le pagué en billetes de a libra, y nos lo enviará mañana. Acá entre nos, creo que lo hizo porque le dio gusto deshacerse del bulldog. Se veía raro en su ventana y, por supuesto, él no podía entender como nosotras su simbolismo.

—Espero que no haya problema —dijo, dudosa, Selina—. Me pregunto si habrá que poner una advertencia en los pasteles.

—¿Sobre qué?

—Sobre que están hechos con polvo.

—No seas ridícula; en estos días nadie espera comprar pasteles hechos con huevo real.

—La honestidad es la mejor política —dijo y meneó la cabeza—; el engaño no es bueno ni para las personas ni para las bestias.

—¡Honestidad! —gruñó Angelina—. Y tenemos un gobierno plutocrático. Espera a que termine la guerra y construyamos el nuevo mundo.

—¿No crees, querida, que sería mejor aprender primero a usar el viejo?

—¡Selina! —Su socia lanzó un breve grito—. Bueno, no voy a discutir contigo, no hay tiempo, pero sírveme otra taza de té. Sin duda hoy me siento Robin Hood.

Exacto —pensó su colega, recordando el salón de Bournemouth—; exactamente ese era el problema. La gente no quería sentirse arrollada por semejante estampida de vitalidad. Si bien no deseaba cuestionar el plan de Dios, le parecía una lástima que no existiera un nicho en el que su socia pudiera poner en práctica sus talentos. En Angelina uno veía a un anciano caballero inglés fumando pipa y paseando por un plantío. La civilización la constreñía. Y aunque esa energía, tan distinta a la placidez con la que uno mismo anda por la vida, hacía que te encariñaras con ella el doble, para los extraños resultaba desconcertante.

—No puedo evitar preocuparme —quizá, ahora que había aceptado a Beowulf, Angelina se mostraría más empática—; debemos un trimestre entero y no sé de dónde vamos a sacar el dinero.

Angelina se secó los labios tras la mordida final a la tarta de mermelada. Cook realmente hacía una hermosa repostería. Lo que no podía imaginar era cómo hacía Selina para comerse esos pesados bollos de frutos secos; su sola forma sugería estalactitas. Su socia vivía dominada por su apetito, no había otra palabra para ello. Ella misma

no se preocupaba por la comida. Su frase favorita era «Lo que yo coma me tiene sin cuidado»; la dejaba a una libre y sin obstáculos para enfrentar el futuro. Por supuesto, una cara rechoncha como la de Selina no estaba destinada al liderazgo. De alguna manera extraña, le recordaba a la de Beowulf: la Tippett también parecía un bulldog afable y aseñorado.

—¡Ánimo, camarada! —se vio a sí misma en shorts, marchando a la cabeza de la columna de gente del póster—, ¿no valdría la pena sacrificar todo esto para ganar la Nueva Inglaterra?

—Tal vez, querida, pero ¿y la renta? Supongo que incluso en la Nueva Inglaterra habrá compromisos que cumplir.

—¡Ay, Selina, no! Eso es lo que siempre estoy tratando de explicarte. No habría tiendas porque poseeríamos todo en común y el Estado se haría responsable. No tendríamos una sola preocupación en la vida. Aunque claro —añadió como un pensamiento tardío, preguntándose cómo organizarían un suministro equitativo de repostería—, tampoco deberíamos tener lujos.

—Créeme —continuó Selina pacientemente, sirviendo dos tazas más de té—, no es que quiera criticar tus ideas pero, si cerramos la tienda, ¿qué va a ser de Timothy y Cook?

—¿No podemos todos hacer trabajo de guerra?

—Sabes perfectamente, colega, que nadie le daría trabajo a Timothy. Con trabajos puede levantar una escoba, ya no digamos escombros. Cook tiene cincuenta años y Ruby tiene un esposo que cuidar. Y nosotras, nosotras mismas, estamos tratando de alimentar al público en un momento crítico. El pobre viejo Rashleigh, por ejemplo, ¿en dónde va a cenar?

—Horatio es una persona que no ha sido productiva en toda su vida. Si se logra mantenerlo con vida, y a veces me pregunto si es necesario, que se vaya a un asilo.

—Bueno, eso podría ser en los días venideros una vez que se cumpla tu profecía, aunque estoy convencida de que espero no verlo, porque a mí me gusta tener Warming Pan y no se me ocurre una razón para avergonzarme. Pero lo que me preocupa ahora, más que los bombardeos, es cómo voy a pagar la renta con todos los clientes yéndose al campo. Cada día se pone peor.

—Los dueños deben estar agradecidos de que estemos aquí para cuidar el lugar. Pobre Selina —pensó su colega—, ¡cómo se dejaba dominar por un ambiente burgués! Si tan solo la guerra disipaba esa horrible normalidad de «Ay, querida, me encontré este *chintz*, perfectamente encantador, para la habitación», al menos por una cosa buena, habría que darle crédito. ¡Abajo los hogares!, quería gritar

Angelina; ¿por qué desperdiciamos nuestras vidas en las casas? Lo único que había querido en su vida era ser libre y tener un trabajo interesante. Habría sido todo muy diferente si hubiera sido hombre. Las personas no habrían resentido las oleadas de vitalidad que les enfurecían cuando llevaban falda. *Nuevo*: esa palabra, supuso, significaba para la mayoría de las mujeres lo mismo que significaba el cielo. Lo que fuera que la llevara más allá de este mundo gris, de salones de té, era bienvenido. No pudo evitar sentirse eufórica cuando comenzaron los disparos, aunque intentó no olvidarse de los bebés escondidos en el metro, los laberintos subterráneos de la Gran Londres. Levantó la bolsa de las compras que había arrojado al suelo y comenzó a revisar un rollo de recibos guardado en uno de los bolsillos interiores.

—Si todo mundo se va de Londres —dijo Selina, recogiendo las tazas—, ¿tal vez declaren una moratoria? —La vajilla era otra cosa más. El precio estaba subiendo a zancadas y no parecía haber un fin para la cantidad de piezas que Ruby podía astillar. Acomodó con cuidado la jarra de leche detrás de los platos; podrían haber comprado un juego completo, estaba segura, con lo que su socia había pagado por ese maldito perro.

—Preocuparte no te va a llevar a ningún lado.

—Lo sé, querida, pero no puedo dejar de pensar; y, cuando pienso, me preocupo. Voy a preparar algunos sándwiches. Si no te importa, prefiero hacer picnic en el refugio, porque oír esa sirena justo después de sentarnos a cenar me provoca indigestión. Tengo que ir por el señor Rashleigh, porque si algo sucediera no voy a poder hacer que baje a tiempo por esas escaleras y, mientras tanto, Cook puede llenar el termo con sopa. Después de todo, mientras suenen los disparos cuesta mucho trabajo dormir.

¿Era la humedad o el catre? Selina se sobó el cuello mientras se levantaba, sentía que lo tenía permanentemente tenso y no podía olvidar llevar su linimento con ella al refugio. Le parecía una monstruosidad que tuvieran que sufrir tanto. La guerra… era como una sucesión interminable de días lluviosos durante unas breves vacaciones de verano en una casita de campo. Dios, cada invierno la acercaba un año más a esa fecha —que había visto llegar para tantos otros— en la que el ajetreo en torno al salón de té sería demasiado para llevar a cuestas; y había soñado, si no con escapar de ella —no, había un momento en que la evasión fuera imposible—, pero sí con empujarla un poco más lejos. Si pudiera empezar mi vida desde cero —pensó, mirando las ramitas crujientes de los plátanos de sombra—, me gustaría ser ama de llaves de una de esas chistosas casas citadinas.

Qué entretenido sería sentarse en un ático de techo a dos aguas, con vista a las calles llenas de gente, no exactamente en Londres, pero con su espíritu, con esos momentos de su pasado en los que los jardines de Chelsea quedaban a un día de camino. Se imaginó el pavimento bajo la luz de junio, de un color chabacano tenue, los hombres ya en casa, las oficinas silentes y ella misma, pintando —porque si hubiera nacido en esa deseada situación, también tendría ese talento—… ¡Solo imaginar cuánta historia registrada en esa solitaria cornisa! Cuán seguido había querido decir a sus compañeros: no, eso no es polvo, no es humo, ni una nube, es un arcoíris flotando sobre las almenas. Sobre todo, quería esperar los atardeceres del verano y saber que, aunque era época de fiestas, no tenía que ir a ningún paseo a quedarse sentada junto a una silla de ruedas escuchando a la señorita Humphries: «Londres es insalubre», se había quejado siempre, pero ¿qué caso tenía vivir si una se convertía en un enorme y rancio vegetal sin interés en nada en particular?

Soñar era una estupidez, su tía la regañaba siempre por ello, pero esta noche la edad la atormentaba. Pobre señor Rashleigh, qué triste sentir que la seguridad se va, la habilidad de la mano: era peor que si nunca hubiera sido pintor. ¿Qué pensaría él de Beowulf? Ese perro… Pero debía tratar de ser tolerante, si a Angelina le causaba tanto placer tenerlo.

—¿Vendrás al refugio antes de que empiecen los disparos, verdad, querida? Te vas a reír de mí, pero tengo la sensación de que hoy se va a poner muy mal. Me pone nerviosa que te quedes acá arriba.

Podían escuchar la puerta de la tienda abrirse y cerrarse constantemente mientras Selina se iba con la charola; las chicas de las oficinas del vecindario venían temprano a tomar un té antes de la estampida hacia las casas.

7

El señor Burlap caminó directo hasta la ventana.

—Mortero y ladrillos, señorita Wilkins —era su saludo inevitable, pero la nueva secretaria apenas se estaba acostumbrando a él—, mortero y ladrillos; ah, si pudiera empezar mi vida desde cero, me dedicaría a la granja. —Miró hacia la plaza, llena de plátanos de sombra y trincheras de refugio a medio cavar—. Si no hubiéramos abandonado el camino de la Naturaleza no habríamos tenido nunca esta horrible guerra. Con esos aviones miserables en el cielo es imposible encontrarse aficionados de las aves mirando el cielo. —Un globo de protección plateado flotaba por encima de las ramas negras y desoladas—. Va a ser una noche espantosa —dijo, arrugando la nariz —; espero llegar a casa. —Su madre se preocupaba mucho cuando se le hacía tarde, pero por ahora simplemente no podía pedir permisos por enfermedad; todo estaba trastornado y los terribles bombardeos le hacían sentir, era totalmente inútil fingir que no era así, que no valía la pena vivir la vida de esta manera.

—Debe ser un camino terrible, señor Burlap —dijo respetuosamente Rose Wilkins—, sobre todo ahora que los días están tan oscuros.

—Sí, significa que en las mañanas tengo que llegar a tientas a la parada de autobús, y de noche tengo que gatear por la banqueta en absoluta oscuridad. Pero tenemos las estrellas, señorita Rosy Wings, tenemos las estrellas. No vaya a pensar que culpo a sus ancestros por las bombas. Peter Wilkins voló solamente en la imaginación, y ese era el mejor lugar para hacerlo.

—Perdone, señor Burlap, pero no ha habido ningún Peter en mi familia. Mi bisabuelo se llamaba Alfred, lo investigué.

—Querida, querida, noto que no se ha aventurado nunca por los senderos de nuestra literatura. Al señor Wilkins, de nombre Peter, criaturas aladas se lo llevaron a una isla llena de maravillas. Una novelucha, señorita Wings, pero una novelucha que hacía diferencia.

Rose había tenido distintos empleadores desde que había salido por primera vez a buscar trabajo a los dieciséis, pero ninguno de ellos

se parecía a su jefe presente. Algunos le gritaban, otros habían sido comprensivos, pero todos hablaban un inglés que ella podía entender. No le molestaba que Burlap se riera de ella, a los hombres les gustaba sacudirse el mal humor a costa de sus secretarias, pero su indiferencia la desconcertaba. Era tolerante con la hora del almuerzo y tenía un dictado soberbio, pero en lo privado lo había bautizado el Lunático.

—Todavía puedo contar cinco hojas. —Burlap miraba por el cristal cuidadosamente atravesado por cintas de papel; el otoño era, decidió, una época menos perturbadora que la primavera—. Pero vamos, debemos seguir caminando sobre la rueda o los motores se detendrán; tenemos una tarde ocupada.

Cómo podía el Lunático notar el estado de las ramas, pero no el de la oficina. Rose se sentó rígida y remilgadamente mientras Burlap se puso a mirar su alfombra recién ganada para darse ánimos. Solo entonces notó algo fuera de lugar.

—Pero, señorita Wings, ¿por qué, cómo… dónde está su escritorio?

—Se lo llevaron.

—¿¡Qué!?

—Cuatro hombres vinieron por él mientras estábamos en el almuerzo.

—¿Se llevaron su escritorio?

—Sí, señor Burlap, lo subieron a una furgoneta en el patio, esa que se acaba de ir. No les di nada porque no conocía el procedimiento. ¿Tendría que haberles dado un chelín?

—Dígame, señorita Wilkins, me preocupa, me está preocupando, ¿debo entender que… a esta oficina, en la que se me encargó el compromiso, aunque sea de manera humilde e insignificante, de guiar los destinos de un país azotado por la guerra, entró personal no autorizado a retirar la herramienta con la que usted me ayuda a llevar a cabo tal labor?

—Sí, señor Burlap.

—¿Y usted no hizo nada, no protestó, no llamó al portero?

—¿Cómo iba a hacerlo, señor Burlap? Estaban en su derecho. Me temo que ya se le olvidó que empecé a trabajar aquí hace apenas tres semanas.

—Lo tengo bien presente. ¿No ha tenido tiempo todavía de encontrar el fólder X/Z 10342?

—Solo tengo derecho, *sir*, digo, señor Burlap, a una mesa de pino.

—Por supuesto, por supuesto, me di cuenta de que estaba usando una pieza de mueblería para la que no tenía derecho legal, pero estos son tiempos de guerra, y ¿cómo podemos seguir haciendo el informe,

informe que necesitan para seguir haciendo sus máquinas? Pero ¿cómo lo hacemos si no tienes dónde escribir?

—El encargado dijo que lo habían promovido a una oficina que está en el campo, no quiso decir dónde, es secreto, pero creo saber dónde porque la chica que se sentó a mi lado en el almuerzo…

—Sí, sí, señorita Wilkins, pero ¿dónde está su mesa?

—A los grupos secretos les van a dar nuestros escritorios y a nosotros los de ellos, el lunes, creo.

—Pero si ya es jueves.

—Eso es lo que les dije, pero el encargado me gritó a lo lejos que podía sentarme en el piso mientras. No puedo hacer eso, señor Burlap, se me arruinan las medias.

El señor Burlap se puso a mirar por la ventana para aliviar la vergüenza. El globo de protección se veía, más que nunca, como una salchicha de aluminio.

—No sería nunca la voluntad del gobierno que asumas una posición así de indigna —dijo severamente, pensando en la hilaridad que la situación les provocaría a los más jóvenes—. Debemos usar la iniciativa, improvisar.

—Me he sentado antes en cajas de embalaje. —Alguna gloriosa mañana en uno de los primeros trabajos de Rose, el gerente se había llevado todos los muebles de la oficina en una furgoneta antes de que su socio llegara.

—No es cuestión de la silla, sino de la mesa. —Burlap miraba con tristeza la alfombra que demostraba que era un hombre de los que hacen setecientas libras al año, y vio con horror las marcas de botas llenas de lodo en la superficie nueva—. ¿Qué sugiere que hagamos?

—Podría traer mi mesita de noche mañana —sugirió Rose, masticando el lápiz—. Eso, suponiendo que me dejen subirla al autobús. Mi tía me hizo una bonita carpetita para ponerle encima, pero debajo es pura madera de pino.

—Me temo que no servirá, señorita Wings; no estaría en los registros del gobierno y, si algo pasara, no estaría asegurada.

—Si recibimos un golpe directo —dijo Rose alegremente— no quedaría ninguno de nosotros para reclamar el seguro.

Qué diferente es de nuestras secretarias usuales, pensó Burlap, deseando que su secretaria anterior no se hubiera unido al Servicio Territorial Auxiliar.

—La proporción de golpes directos por persona, señorita Wilkins, es, me complace decirle, infinitesimal. Tengo un amigo en Estadísticas que me dice que al ritmo actual tomaría años para que Londres fuera demolida completamente. No, las regulaciones son las regulaciones, y

si las rompemos en el frenesí de abrir estas nuevas oficinas, ya ve lo que resulta. Sin reglas, el gobierno no puede funcionar, ni puede llevar esta guerra a un final exitoso.

—Y si las seguimos, no veo cómo vamos a ganarla.

Burlap fingió no haber oído. Le recordó al doloroso altercado en el autobús entre un joven piloto que en otras circunstancias debería estar en la escuela y un colega. «Nuestro primer objetivo debería ser Minnie —había dicho sonriendo el sujeto—. No me molesta pelear, pero sí me molestan los panfletos». Resultaba revelador del estado mental del público.

—Bueno, supongo que tendremos que reestructurar nuestra tarde. Es molesto porque va a trastornar completamente nuestro horario. Yo tengo una cita a las tres —revisó los memorándums—, un tipo de nombre Ferguson, a ver si me encuentras su expediente. Apenas me deshaga de él iré a llamar a Suministro. Quizá podamos pedir prestada una mesa para mañana en la mañana.

—Me parece que la fábrica está esperando su informe, señor Burlap. A menos de que esté listo para que el comité lo revise mañana, la producción se pospondrá hasta la próxima semana.

—Y no podría lamentarlo más, pero si no tiene mesa, ¿qué se supone que hagamos?

Nada, pensó Rose, nada. Si una empresa privada se comportara de tal manera se iría a la bancarrota en una semana, pero el servicio público era como una aplanadora, o va en línea recta o se detiene por completo. Como le dijo una vez un tío suyo: «¿Para qué tendría que ser eficiente un ministerio, pequeña? No tiene nada que perder. Siempre que tengas tu salario, no tiene por qué importarte lo que suceda. No soporto, y lo sabes bien, a una mujer que quiere meter la nariz en la política».

—El señor Hodgkins llamó con un humor de los mil demonios.

—Me temo que ese es nuestro problema como nación, señorita Wilkins; muy pocos de nuestros jóvenes han aprendido los elementos del procedimiento. Sin regulaciones, hay anarquía. Lamento que se atrasen nuestros horarios, pero no es nuestra responsabilidad. Y, una vez que haya encontrado ese fólder, le daré permiso de ponerse a tejer.

—A veces agradezco que mi novio esté en la Marina.

—Verdaderamente, señorita Wings, debo pedirle que se reserve las reminiscencias personales para después de las horas de oficina. —Entre los cambios desagradables provocados por la guerra, el peor era esta mezcolanza obligada de caracteres incompatibles. El señor Burlap abrió el primer fólder que estaba sobre su propio escritorio y lo miró

con disgusto.

»¿Sabe qué, señorita Wilkins? Estos papeles tendrían que atenderse mucho después.

Rose abrió el cajón intermedio del archivero y comenzó a sacar sus contenidos de forma metódica. Se preguntaba, igual que lo había hecho antes, si ese tesoro de endeble papel carbón realmente ayudaba a hacer girar el mundo. Era un trabajo polvoriento y deseó haber traído un overol para ponérselo sobre la blusa limpia. Un par de cartulinas se atoraron. Metió la mano y tocó algo suave.

—¡Ay, señor Burlap, mire! ¡Galletas!

—¡Galletas!

—Sí, estaban desordenando todo al fondo del cajón. ¿Serán muestras, o cree que debería limpiarlas?

El señor Burlap fue hacia ella con la intención de inspeccionar las ofensivas migajas. Olían a moho y a grasa barata.

—¡Qué asco! Tírelas de inmediato. ¿Pero cómo fueron a meterse al archivero? Lo cierro personalmente cada noche.

—Me imagino que alguien usó el fólder como plato.

—No en mi departamento.

—Quizá sea un traidor dejando señales.

—Me temo, señorita Wilkins, que es mejor dejar las ideas como esas para las páginas de la prensa popular, que es donde pertenecen. Como siervos de la gran comunidad, nuestro deber, como usted sabe, es el de ser sobrios y cuidadosos en nuestras afirmaciones. La gente viene a nosotros para que la guiemos.

—Pero en Francia hubo traidores.

—Ni siquiera a un colaboracionista le sirven esas migajas. No; esta es la historia, me temo, de una señorita Wings que puso sus pertenencias en donde no iban.

La señorita Wilkins lanzó una risita. Iba a disfrutar la cena, y su familia iba a tener que escucharla para variar. «Y entonces el Lunático se quedó ahí parado —les diría—, con la nariz arrugada, simplemente incapaz de creer lo que veía. El tipo no se entera de lo que pasa en su propio departamento; pero claro, como buen funcionario del gobierno, vive en un sueño». «Más bien una bruma mental —bufaría su tío—, ¡por la que tenemos que pagar!». Puso las galletas en una hoja de papel que rescató del cesto de basura y se dio una vuelta por el descanso al final del pasillo, el lugar para preparar té, colgar los abrigos y chismorrear.

El señor Burlap miró por encima de su carpeta, tratando de formular sus planes para la tarde. Esperaba que su madre entendiera que lo que lo hacía llegar tarde a la cena cada noche era la guerra.

«Hasta que no nos hayas contagiado a todos de alguna mala gripe por andar fuera tan tarde, no tomarás el autobús de las cuatro y cinco», le diría. Entre más oscuro e invernal se ponía el día, más necesario era, como ejemplo para el personal más joven, no dejar a un sustituto antes de la hora marcada. Con las dos conexiones que había que tomar y las alteraciones al servicio de transporte, no podía evitar perder una de ellas y llegar hasta las nueve. Le consolaba sentir que la guerra lo estaba acercando más rápido a su jubilación, pero tenía la esperanza de que en la próxima conferencia de paz se prohibiera el tráfico aéreo. Odiaba a esos jóvenes que saltaban a los cielos en medio de la noche, perturbando los edificios y gritándose los unos a los otros como jugadores de futbol. Justo en ese momento sonó el teléfono, y el portero anunció a un visitante.

—¿Coronel Ferguson? Sí, así es, lo estaba esperando; mándelo para acá. —Era otro voluntario, sin duda, que creía que podría colarse en la nómina de una oficina gubernamental solo porque el país estaba en guerra; otro síntoma de la negligencia general. Que pelearan por su lugar como había hecho él, desde un escritorio mugriento y una silla de autobús por todo estudio. Siempre podía reconocer a un colega que había estudiado en la misma escuela que él. Había una determinación distintiva, una pizca de mayor precisión en sus informes. No podía ignorar a un recomendado de Harris —se creía que pronto tendría su propio departamento—, pero la entrevista, aunque amable, podría dejar al solicitante en el aire. Tocaron a la puerta, el mensajero se asomó, y tras él entró un caballero con un aire de seguridad y buen ánimo que a Burlap le desagradó sobremanera, sin duda el tipo de elector que presiona a su parlamentario para que haga preguntas incómodas en la Casa de los Lores.

—Buenas tardes, ¿qué noticias tiene usted de nuestro buen amigo Harris? Siéntese, por favor, todavía tenemos sillas. Parece haber habido un malentendido con un escritorio mientras me encontraba en una conferencia, así que esta oficina está más vacía que de costumbre. Estamos inundados de personal nuevo que no se aprende los procedimientos. Hay una manera correcta, les digo, y otra incorrecta; pero no escuchan.

Ferguson asintió con la cabeza; ahora sentía que la entrevista sería definitiva.

—No he visto a Harris desde que volví a Londres; lo evacuaron hacia el norte.

—Sí —afortunado él, pensó Burlap, qué ganas de estar en sus zapatos—, lo odia, según hemos oído, pero son tiempos de guerra y no podemos quejarnos demasiado, ¿verdad? Le dirigió a su interlocutor

una de esas sonrisas de agudeza que eran, como solía decir fascinada la señorita Wilkins. «Puro y simple Hollywood»—. Sería un desastre si algo les pasara a los registros.

—Por supuesto. Por eso es que vengo a verlo. Harris cree que, con todos esos movimientos, quizá tendría algo de trabajo para mí.

—Es algo tarde —dijo Burlap, masticando la punta del lápiz—, todos los puestos de voluntariado están llenos.

—Estuve fuera del país, como Harris le habrá contado, espero. Me llevó algún tiempo volver.

—¿Qué tal las cosas en el continente?

—Ah, muy interesante. Claro que desde hace años sabíamos que la guerra era inevitable, pero nadie quería escuchar.

Era tal como había supuesto; Ferguson era uno más de esos habladores de la vieja escuela que eran en parte responsables por el caos actual, del tipo que odiaban a Chamberlain y hablaban irresponsablemente de la libertad, como si un cambio de frontera importara.

—Qué tragedia todo esto —dijo—; los alemanes solían ser gente ordenada. —Para Burlap, con su desconfianza instintiva hacia la acción, no existía una virtud más admirable.

—En realidad nunca fueron tan eficientes, ¿sabe? Excepto para la propaganda. —Resultaba curioso lo mucho que les costaba a los ingleses abandonar cualquier tradición, pero al propio Ferguson la organización alemana nunca le había parecido especialmente buena—. En cualquier caso, eso se acabó por ahora; lo que quiero hacer es ayudar tanto como mis habilidades me lo permitan.

—¿Y qué credenciales particulares posee?

—Hablo varias lenguas europeas con bastante fluidez —dijo Ferguson con un ligero toque de orgullo. Era una fortuna que nunca hubiera dejado que su mente se oxidara y que no había dejado de practicar sus traducciones del alemán.

—¡Lenguas!

—Así es.

—Son más bien una droga en el mercado. Me parece, en términos generales… —Burlap anotó algunas palabras en su carpeta—, que sería preferible no mencionarlo. Por favor, no piense que estoy sugiriendo que sea usted un colaboracionista, pero ya sabe cómo habla la gente. Todas esas quejas sobre el clima inglés son exageradas. Yo he salido a observar aves en pleno febrero con solo un abrigo ligero.

Ferguson no intentó discutir. Sabía que la luz del sol invitaba al pecado a muchos isleños, que lo confundían con amor libre; y, quizá —miró el rostro cetrino que tenía enfrente—, a ciertos temperamentos

les venía bien una atmósfera de palidez.

—¿Qué tal un trabajo de vínculo con tropas extranjeras? Deben necesitar a alguien, aunque sea para enseñarles inglés.

Justo lo que queremos evitar —reflexionó Burlap—; ya era suficientemente malo tener a los soldados en tierra, y era esencial evitar que se mezclaran con la población. Estos viejos voluntarios se rendían ante la generosidad idiota sin ponerse a pensar en las consecuencias. Además, no dejaba de ser sospechoso, primero viniendo del extranjero y ahora queriendo trabajar con un montón de checos y polacos. Se preguntó qué tan bien conocía ese viejo bobo a Harris.

—¿Cuál es su experiencia? ¿Tiene algún título universitario?

Ferguson negó con la cabeza.

—He liderado grupos de hombres —sin evitar hacer un ligero énfasis en la palabra—, desde que tenía veinte años, pero no tengo ningún diploma de maestro.

—Me temo que se ponen difíciles con ese tema hoy en día.

—Sí, me imagino que sí.

Realmente no había ningún puesto para él, pero incluso si lo hubiera habido, pensó Burlap, antes habría elegido a uno de sus propios hombres para ocuparlo. Ferguson lo irritaba, porque no podía saber lo que pasaba por su cabeza.

—Aprecio mucho el ofrecimiento de sus servicios —dijo con lo que intentaba ser una sonrisa cálida—, pero por ahora me temo que está imposiblemente sobrecalificado. —Más valía adular al sujeto—. Si no le molesta llenar este formulario un tanto… digamos, inoportuno…, por triplicado, y enviarlo cuando pueda, yo le avisaré de inmediato si se presenta alguna oportunidad. —Se recargó en el respaldo de su silla con esa técnica que les había comunicado a incontables visitantes que su visita había terminado.

—¿O sea que… no puede sugerirme ningún puesto por ahora?

—Me temo que no.

—Entonces no le quito más su tiempo. —Alcanzó su sombrero.

—Un maravilloso interludio en mi triste rutina diaria, se lo aseguro. Dese una vuelta para conversar alguna vez, cuando todo este agotador asunto haya terminado. ¿Dónde está su pase? Se supone que debo llenar su hora de salida. Una tontería, ¿no le parece? —firmó sus iniciales con una floritura—, pero las reglas son las reglas. El elevador está al final del pasillo; ¿conoce el camino en el piso de abajo?

—Sin problema, gracias. —Ferguson se puso de pie—. Adiós. Le diré a Harris que me entrevisté con usted.

El pasillo estaba lleno de chicas que platicaban con sus tazas de té

despostilladas en mano. De ordinario les habría sonreído, pero hoy le parecieron parte de la irrealidad del edificio. ¿Así que también el espíritu —la idea lo golpeó como un relámpago cegador— podía ser conquistado? Quizá, cuando un mundo está condenado, cada persona, sin importar cuán inocente sea, ¿debe sufrir algún tipo de destrucción personal? Esto no es una bomba y aun así es el fin —pensó, oprimiendo impacientemente el botón del elevador—. Sus amigos suizos tenían razón, nunca debió volver a casa.

8

—Mira, Joe —dijo Eve, bajándose del autobús—, ya sé que tiene un nombre chistoso y el lugar luce prehistórico, pero la Tippett hace buenos pasteles y no te los raciona a uno por persona como en otros lugares más alegres.

—Adonde tú quieras, Eve, siempre que sirvan comida. —Parecía haber pasado mucho tiempo desde el almuerzo, pensó Joe, y sin embargo no era tanto; entre el hígado de su padre y las teorías de su madre, las comidas en casa eran siempre grises y sombrías. Nunca había esos enormes pudines de hígado y filete que tanto le gustaban, con trocitos de tocino y mendrugos bañados en salsa gravy. Nunca había filete con cebollas doradas encima. Siempre decía que podía contar su edad según los experimentos de su madre, quien había dejado el pan la semana en que él se cambió de escuela y descubierto el queso de anacardos justo después de que él entrara a trabajar. De no ser por el almuerzo del colegio, habría crecido tan enclenque que ni siquiera habría pasado los exámenes médicos—. Madre tiene una dieta nueva —dijo entre risitas—, la sacó directo de *Food Facts.* Se sienta junto a la chimenea toda la noche, mordisqueando una zanahoria cruda.

—¡No! —tembló Eve—. Es peor que la vez en que ayunaba dos días a la semana y el resto solo tomaba sorbos de leche. ¿Recuerdas cuando me lo contaste en la oficina? —Se lanzaron entre sí una sonrisa de simpatía.

—¡Está loca! Pero aun así —añadió lealmente Joe—, es buena en todo lo demás. Ahora incluso recorta las noticias del futbol de los periódicos del domingo para mandármelas.

El viento rasgaba la estrecha calle y Eve sumergió las manos en la calidez de sus bolsillos; cuando hacía tanto frío, no le importaba que eso desarreglara la forma del abrigo. Era extraño estar aquí con Joe. En la oficina no le había puesto más atención que al mobiliario, el linóleo nuevo de la entrada o la funda brillante de la máquina de escribir, que tenía una rasgadura y siempre se atoraba al quitarla. Había sido una total sorpresa verlo aparecer, media hora antes, justo

cuando ella terminaba su trabajo, con el pretexto de agradecerle los cigarros que le había enviado. A él se le estaba escapando el tiempo de las manos —pensó Eve—; su padre tenía su propio trabajo y sus amigos de la escuela, como él mismo, estaban en el ejército. Había mirado alrededor con aires de triunfo, le había preguntado cómo iba todo, y se había quedado ahí, con la gorra en la mano, hasta que ella, por pura falta de algo más que decir, sugirió ir por té. Parecía tan feliz y tan seguro de sí mismo mientras avanzaban por la calle, un chico diferente al que revolvía los sobres y esperaba pacientemente por la libertad de los sábados en la tarde.

—Llegamos. —Empujó la puerta de Warming Pan. Era tan temprano que la mayoría de las mesas seguía vacía, pero al fondo, donde habían tenido que cancelar una ventana larga y estrecha, había algo de luz. Ese era el rincón preferido del señor Rashleig, y ya estaba ocupándolo. Selina, por alguna razón, no estaba en su escritorio, y Mary, la chica de la cocina, estaba tomando órdenes en lugar de Ruby. Había un agradable aroma a horneado, café y calor que salía de la cocina. Se sentaron junto a Horatio, al mismo tiempo para su molestia y satisfacción. Le encantaba oír a la gente hablar, pero una chica buena como Eve no debía entrar así, al galope y tratando a ese chico que la acompañaba —un hermano, cabría esperar— como si fueran iguales—. Dos tés, Mary, *scones* y todos los pasteles que tengas, por favor —ordenó Eve—. Mi amigo está de permiso y tiene hambre.

Una visitante había dejado un manojo de ásteres de su jardín. Se estaban marchitando hacia un color azul humeante de fogata, aunque Selina las había puesto de inmediato en su tazón de cerámica favorito. El otoño —pensaba Horatio al mirarlas— lo hacía sentir nostalgia de las carreteras olorosas a hojas crujientes.

—¿Cómo es la comida en el campamento, Joe? —inquirió Eve, levantándose a colgar su abrigo junto al de él, en la hilera de ganchos barnizados y brillantes.

—Bueno… Nunca se sabe. Los ingredientes son buenos, pero nunca se sabe lo que los cocineros harán con ellos. —Lo principal era que las raciones eran abundantes y no había discusiones ni regaños sobre el mal que ciertas comidas hacían a la digestión—. A Madre le preocupa un poco mi apetito; siempre me dice que me voy a morir antes de los cincuenta de tanto comer. Pero, de todos modos, en estos tiempos, ¿cómo sabe que voy a llegar a los cincuenta? —Cuando Joe sonreía de esa manera, con sus redondos ojos azules y sus todavía más redondas mejillas campiranas, parecía que tenía exactamente doce años, ni un día más.

—No puedes esperar que tus familiares, a su edad, le sigan el paso

a este mundo —sugirió Eve—. ¿No te cuesta trabajo seguirte el paso a ti mismo?

—Supongo que tengo suerte —dijo él, acercándose el cenicero de mayólica quebrada. No había muchos fumadores en el lugar, según parecía, pero Eve tenía razón, los pasteles eran maravillosos, y le dio una mordida a su segundo *scone*—. Me alegra estar vivo ahora, con todo cambiando y moviéndose; es mucha diversión.

De no ser por la guerra, se habría quedado enterrado de por vida en esa oficina diminuta y deprimente; temblaba solo de acordarse. Tenía una cuenta que saldar, pero no con los alemanes, por más brutos que fueran esos hunos, sino con el director de su escuela. Podía ver a Denham ahora, sentado regiamente detrás de un escritorio, tirando su futuro a la basura, como si Joe fuera un trozo de chatarra —las paredes estaban forradas de libros y las persianas estaban a medio cerrar, para dejar fuera el día estival—. El viejo tirano no sabía siquiera su nombre, pues lo vio buscarlo en el cajón lleno de documentos. «Así que su hijo quiere dejarnos —había dicho con frialdad, pasando como un rodillo por encima de su sueño de convertirse en mecánico—. Si lo hace, se arrepentirá de ello toda su vida —y había continuado elaborando ante su único y demasiado amable padre todas las razones por las que su hijo no debía tomar uno de los empleos locales—. Mire, Joe no es como otros aquí —insistió el director—, podría hacer el examen sin prisas en julio próximo y, finalmente, hay, como usted bien sabe… una pensión».

Había hecho una pausa antes de decir la palabra como si fuera demasiado sagrada para pronunciarla. Pero el Servicio Civil no lo había aceptado. No, Joe lo había evitado reprobando sus exámenes a propósito, pero entonces su padre se había enojado tanto que lo había enviado esa misma semana a la ciudad, solo porque viajaba todos los días en el tren con un hombre que necesitaba un mandadero de oficina.

—¿Sabes? —Joe se dio cuenta de que el plato de Eve estaba vacío, así que le acercó los pasteles—. La otra noche en el campamento tuvimos una conversación sobre Nueva Guinea. Un compañero nos mostró fotografías de las tribus y los enormes ídolos que ponen en sus aldeas. Los suyos son los más viejos que hay, caras de caucho con rayas de pintura, y la gente solía ponerles cráneos enfrente. Eran tan extraños que me dieron pesadillas; soñé que uno de ellos me estaba persiguiendo. La cabeza era terriblemente familiar, y de pronto me acordé de quién era —dio otra mordida, despacio; sabía como si realmente tuviera mantequilla de verdad, y sonrió—. ¡Era el director de mi escuela! Hice tanto ruido que alguien me arrojó una bota desde

otra cama, pero me reí ahí acostado hasta que me salieron las lágrimas. Tenía los mismos ojitos, y una enorme línea en lugar de labios. Antes de la guerra, cada verano, nos ofrendaban a él como si nosotros fuéramos los cráneos.

—Odiabas la oficina, ¿verdad? —preguntó Eve. Joe había sido un inadaptado desde el momento en que puso un pie ahí, un chico grande y fornido que no podía moverse sin tirar algo. Era una crítica a la civilización, reflexionó, que se hubiera requerido una guerra para acomodarlo en el lugar adecuado.

—Bueno, ¿quién no lo haría? Era una tumba para vivos.

Eve le ofreció el último pastel. No podía explicarle que, para ella, la oficina era un refugio, un lugar en el que podía crecer; la primera libertad que había conocido. La vida rural era maravillosa si disfrutabas, como sus hermanas, sembrar chícharos y alimentar gallinas; pero, desde que tenía memoria, a ella lo que le gustaban eran las ciudades. Le gustaba cómo, en tiempos de paz, se encendían las lámparas con el ocaso, cómo el cielo colgaba sobre las tiendas como colgaba una orquídea entre los ladrillos de mampostería enterrada. Era menos solitario aquí en una única habitación que en la casa de la granja llena de gente, con sus hermanas yendo de aquí para allá con manzanas, tejidos y comida de gallina, platicando y quejándose: «Es muy egoísta de tu parte, Eve, estar leyendo cuando queremos platicar». Joe era amable, pero se parecía a su familia; había cosas de la vida que no entendería nunca.

Mary recogió las tazas de una mesa recién desocupada por dos personas con un ruidazal. Esperaba poder persuadir a Cook de ir al refugio subterráneo con ella. La vieja Tippett veía con malos ojos el más mínimo intento de diversión: en el refugio había juegos, y podías conocer nuevos amigos, como el chico de la mesa de la señorita Eve que se estaba atiborrando de muffins. Cook le tenía un miedo estúpido a la caminata extra que había que hacer en la oscuridad, pero, si tenías una antorcha, no era tan complicado como hacían sonar sus quejas.

—Hay muchas oportunidades ahora —siguió Joe, entusiasmado—. Un compañero que había sido aprendiz me dijo que en un mes estábamos aprendiendo lo que él había aprendido en un año. Todo se está moviendo muy rápido; está volando a una velocidad, ahora rutinaria, que antes creímos imposible, y llegó para quedarse. ¿Sabes? —continuó, en un súbito arranque de seguridad—. Desde que me enlisté, la mayor parte del tiempo la he pasado haciendo las cosas que de verdad disfruto. —Lo único que le preocupaba era que el destino lo alejara otra vez del área de maquinaria, porque quería asegurarse de

tener aceite en las manos y el ruido de un motor en los oídos por el resto de su vida. Eso y comida—. ¿Crees… —preguntó, mirando la mesa— que nos dejen pedir otro plato de pastel?

Horatio miró molesto a Mary cuando pasó junto a su mesa con un segundo plato de pan de jengibre y *scones*. Era estrictamente en contra de las regulaciones, pero la señorita Tippett, por alguna u otra razón, no había bajado aún. ¿Qué no sabía ese muchachito que había una guerra? Hoy en día los jóvenes no parecían tener ningún sentido de responsabilidad. ¿Qué hacía una chica como Eve perdiendo el tiempo con un vándalo que no podía ni siquiera hablar con ella? —porque nadie le llamaría *conversación* a ese farfulleo entre bocados—. La gente que criticaba a quienes vivían de recuerdos era una tonta. El solo recuerdo de las noches de domingo que pasaba junto con sus pupilos hablando de arte, le hacía saber que era tan capaz de pasarla bien hoy como hacía veinte años. Era una oportunidad —y el dinero— lo que le faltaba. Qué calendario pintaría de Eve tal como estaba sentada ahora, sus mejillas como bayas en unos setos de octubre; pero no tenía nada que ofrecerle, no podía ni siquiera, mientras Agatha no escribiera, invitarle una taza de té. Y sin embargo Eve necesitaba escucharlo.

«Hay aspectos de la vida —le diría— que espero, querida, nunca conozca, pero ¿es sensato, a su juicio, sentarse en un lugar público con ese chico que trajo la otra tarde? ¿Lo aprobaría su madre? No, no tengo nada en contra del muchacho, y por supuesto que los tiempos han cambiado desde que yo era joven, pero es muy obvio que él no es… No es —qué podría decir, ella se reía cada vez que usaba la palabra *clase*—… uno de nosotros. Tenemos que mantener nuestros estándares altos, Eve, muy altos; y créame, no podemos decepcionarnos a nosotros mismos». Se terminó el último bocado del único solitario pastel que se permitía hasta que al fin pudiera saldar algunas de las deudas que tenía con la señorita Tippett; entonces, recargándose en el respaldo de la silla, frunció el ceño mientras miraba el cuello de Joe.

Eve buscaba desesperadamente cómo empezar otra conversación. A los chicos les entusiasmaba naturalmente el futbol, pero era difícil pensar en una frase que hiciera que Joe empezara a hablar del tema. Deberían haber ido a un lugar más alegre; los cojines de *chintz* percudido y las cortinas aislantes hacían ver el salón más sórdido que de costumbre. Además, estaba todo tan callado que, sentía, todo mundo podía escuchar cada frase que decían. Quería darle a Joe un buen rato, hacerle sentir que en la oficina aún lo recordaban, pero las buenas intenciones no podían por sí mismas romper su timidez impenetrable.

—¿Te gusta mucho tu campamento? —dijo, consciente de pronto de que era la cuarta vez que hacía la misma pregunta tonta; y, en ese momento, mirando alrededor, inconscientemente pidiendo ayuda, acabó por mirar a los plácidos ojos de un enorme perro de yeso, cuya mandíbula arrugada era idéntica a la de una mujer que sorbía su té en la mesa contigua. El parecido era tan asombroso que lo único que se podía hacer era reír.

—¿Y ahora qué pasa, Eve? —ella solo lograba apuntar con el dedo.

—¿Para qué criar bulldogs? —susurró, y entonces Joe advirtió el parecido también, y sonrió.

—¡Qué perro es ese! ¿De dónde lo sacaron? —preguntó.

—¡Quién sabe! No es para nada el estilo de la Tippett. —El hocico negro era demasiado apacible y engreído para ella, que actuaba, aun si no lo parecía, como una mujer con un pasado.

—Tal vez algún cliente evacuado lo dejó aquí. No puedes subir una cosa de esas al tren.

De alguna manera, a pesar de su vulgaridad, enriquecía la atmósfera del lugar. A algunos pies de distancia, los autobuses hacían parada en su camino desde la ciudad o hacia ella, el metro estaba debajo de ellos, pero aquí, como decía Angelina, tenían «el rincón de un jardín inglés floreciendo en la gran metrópoli». A Warming Pan ibas si querías la receta para hacer mermelada de membrillo o si tu tía había atrapado en su jardín un enjambre de abejas y te había escrito para pedir ayuda. Siempre había alguien para embellecer la información con la tradición y las anécdotas locales, como si Londres fuera todavía un cúmulo de villas a lo largo del Támesis. Había un póster dibujado a mano en el mantel anunciando una camada de terriers; los números habían sido alterados gradualmente conforme se vendían los cachorritos, y ahora solo quedaba un desamparado número dos, escrito en tinta roja. Y sin embargo el lugar era sombrío; los extranjeros —pensó Eve—, huirían de su opacidad, pero si lo destruían, y se preguntó si el espíritu de un lugar sobrevive una bomba, algo ventoso pero amable se rompería con él. ¿Quizá no habría más generaciones que pasaran el tiempo dentro y fuera de los jardines, trenzaran sombreros de paja y estuvieran listas para matarse entre sí por unos delfinios? Cómo la habían atormentado en su niñez, llamándola para que recogiera frambuesas o arvejas; pero una vez que escapabas, había en ello algo de orgullo e incluso de perspicacia. Si no respetaban tu ocio, al menos respetaban tu alma.

Se quedaron sentados frente a los platos vacíos, fumando. Eve dudaba de ser la primera en moverse, y Joe pensaba con melancolía

en el largo viaje de camino a casa. En esa oscuridad ni siquiera le quedaba la diversión de mirar a sus vecinos de viaje en el autobús, y además estaba la facilidad con la que podía pasarse de su parada y tener que arrastrarse una milla tentando las paredes a lo largo del camino. En tanto, uno o dos clientes se marcharon, levantando con cuidado la cortina que bloqueaba la luz de la calle.

—Ay, Dios —dijo Eve de pronto, mirando el reloj—, ¿crees que se acabe algún día? —Era difícil para una chica tener que ir a trabajar cada mañana, sobre cascajo y vidrio roto, después de una noche en el refugio.

—¿Qué? ¿Los bombardeos? Oye, ¿por qué no te alistas? Podrías estar en el campo, con muchas otras chicas. No digas que tenías trabajo, y haz que te enseñen a conducir. —Se vería espectacular al volante, pensó Joe, en lugar de la vieja empleada sin mentón que andaba en la furgoneta.

—No —dijo, recogiendo su bolso—. No me refería a los bombardeos, sino a la guerra. —Había cosas peores que el peligro; estaba esa sensación aterradora de tener un cilindro lleno de niebla encima de la cabeza.

—¿La guerra? —Se rascó la punta de la oreja; el aire frío siempre le daba comezón—. No te preocupes por eso. —Pensó que la mente de esa chica funcionaba de manera extraña, pero debía ser culpa de esa sucia oficina; él no podía, por ahora, ver más allá de su brillante presente—. Lo único que tenemos que hacer es estar preparados. En realidad, no pueden invadirnos, pero son tan estúpidos que podrían intentarlo.

¿Qué va a ocurrir? —pensaba Eve al mirar el rostro amplio y quemado por el viento que tenía enfrente—; Joe no quiere que la guerra se acabe. Mucha gente estaba feliz, realmente feliz, por primera vez; y otros, como ella misma, estaban al borde del suicidio.

—Siempre he querido conocer París —dijo, y de inmediato se arrepintió de haber hablado.

—Para mí, Inglaterra es suficiente. Del otro lado del Canal ni siquiera puedes conseguir tus propios cigarros, y un tipo que conozco me contó que la comida es terrible, puro aserrín en salsa. —Se preguntó, supersticiosamente, si sería buena idea hablar de viajes; a veces le llegaba el rumor de que los enviarían fuera del país—. Tal vez me manden a Egipto —dijo—, pero África no sería…

—Tan malo como Europa. —Eve terminó la frase por él.

—Bueno, ¿no te gustan los extranjeros, o sí?… —Estaba tan seguro de cuál sería la respuesta que ni siquiera esperó a oírla—. En serio, Eve, tienes que irte de Londres. Con estos bombardeos… Y, mira, que

no te culpo… Pero te está afectando los nervios.

—No, estoy bien. Es una excusa espléndida para llegar tarde en las mañanas. En lugar de decir que el autobús se retrasó, solo digo que tuve que caminar. —Qué difícil era para los seres humanos ajustarse unos a los otros, pensó. Las raíces de la guerra siempre estuvieron presentes en la vida cotidiana, porque lo que en realidad molestaba a la gente no eran los crímenes, sino la imposibilidad de disfrutar de los placeres de siempre. Ella quería viajar, mientras que Joe quería desarmar un motor. ¿Había forma de persuadir a la gente de ser tolerante, de dejar en paz a los demás? Aun así, sería estúpido arruinar con la filosofía lo que, esperaba, había sido una tarde exitosa. La guerra le enseñaba a uno a pensar con profundidad, pero a actuar y hablar solo superficialmente—. De cualquier modo, lo único que se puede hacer es vivir al día. Regresas el martes, ¿verdad? Me imagino que odias la idea.

Joe sacudió la cabeza.

—De algún modo me da gusto regresar, ¿sabes? —La vida en el campamento era más vívida. Amaba a Madre y a Padre, sí, pero al parecer no hablaban más que de enfermedades y vejez; no había nada de su propia vida que les importara realmente. Su hogar lo entumecía, no sabía de qué hablar con ellos; era todo tan distinto de la áspera y cálida camaradería bromista de su unidad. Incluso Eve le parecía un poco indiferente, pero claro que las chicas eran difíciles, y le gustaba su voz y su tranquilidad—. Bueno —añadió, mirando el reloj en la pared—, va siendo hora de apurarnos. —Su madre se alteraba si seguía afuera después de que sonaran las sirenas—. En mi casa cenan muy temprano —agregó para disculparse.

Eve trató de aligerar las cosas.

—Tu madre se cansa, me imagino, y le gusta pasar la noche junto al fuego. Mi tía, de la que solía contarte, es igual: siempre cena a las seis.

—Bonito lugar. —Joe se puso el abrigo y saludó a Beowulf en broma. Ella sintió alivio cuando se detuvo a pagar la cuenta; todo el tiempo se pasó preguntándose si no habría sido mejor ir al West End.

—Hacen lo mejor que pueden con los pasteles. —Debía ser la decimoprimera vez que hacía esa misma afirmación. Se ajustó la bufanda por encima de las orejas, deseando ser una de esas personas que siempre sabían qué decir.

La luz alcanzaba solo para ver el pavimento, pero el cielo estaba oscuro, de un violeta negruzco con jirones y hendiduras de un color más claro, visible entre las chimeneas; una noche hermosa para quien pudiera olvidar el frío, pero Eve levantó la mirada, echando de menos

las lámparas.

—No es necesario que esperes en este frío —dijo él, cuando dieron vuelta a la esquina—; y la próxima vez —añadió con determinación—, sal conmigo.

En un golpe de buena suerte, el autobús de Joe se detuvo justo frente a ellos.

—Ten algunos cigarros. —Eve puso un paquete en su mano—. Te escribiré.

—Sigue mi consejo, enlístate en el Ejército, y mil gracias por el té. —Dio un salto hacia el primer escalón; todo mundo quería llegar a casa y el conductor sonó la campana impaciente. Eve agitó la mano para despedirse, pero la red de vidrio roto de las ventanillas y el apagón escondían a los pasajeros mientras el autobús rugía en su camino hacia la creciente oscuridad.

9

Beowulf estaba tan ufano ahí en el descanso que antes había sido una chimenea, como si hubiera sido su centinela desde que Warming Pan se había inaugurado. El hocico pintado podría parecer real a la distancia, pero para Horatio, sentado en la esquina contigua, esa mandíbula era la de un monstruo distorsionado que le sonreía desde una caverna, un símbolo de este tiempo y estas personas que iban deprisa hacia su propia destrucción. Qué día tan desafortunado había sido, empezando con la grosería de Dobbie. Se habría podido comer, también él, al menos un plato de *scones* con su té —sorpresivamente, la alerta le daba a uno hambre—. Tembló, porque corrió el viento, pero aún no subiría las escaleras, aunque Mary, estaba consciente, quería correrlo.

—Estoy esperando el correo —dijo cuando ella pasó a su lado, recogiendo las cucharas y acomodándolas en una charola de mimbre con forro de paño—; no te preocupes por mí.

—OK, señor —dijo ella, apagando todas las luces excepto la del centro, cercana a la puerta principal—, pero ¿cree que venga el cartero? Ya es terriblemente tarde.

—No tengo prisa. —Era muy preocupante que Agatha no hubiera escrito ya; una mujer maniática, de mal carácter, pensó Horatio, recordando la vez en que la había descubierto riéndose de sus bocetos. Era una tontería, pero la única vez que ella le había enviado siquiera una tarjeta de Navidad había sido ese año en que su *Orgullo de Inglaterra* había colgado en las paredes de todas las papelerías. Recordaba ese dibujo con cariño, un recorte del Southampton Water con el guiño a uno de esos atardeceres que tanto amaba en las nubes detrás de las velas.

La puerta se abrió, pero no era el cartero, sino Eve. Horatio levantó la mirada sorprendido, porque había una segunda puerta que llevaba a las escaleras sin que los ocupantes de la casa tuvieran que pasar por la tienda.

—Vine a asomarme para ver si la señorita Tippett estaba aquí abajo —explicó Eve—. Quería pedirle que de vez en cuando me

guarde un pastel para enviárselo a Joe.

—¿Y quién es Joe, si mi pregunta no es impertinente?

—¿Joe? —Su voz no podía sonar más indiferente—. Es el chico que trabajaba en mi oficina.

—Los tiempos cambian, señorita Eve, los tiempos cambian. Y me aventuro a decir que no para bien. Mis hermanas nunca se habrían permitido que las vieran en un lugar público con un completo extraño.

—Joe no es ningún extraño, señor Rashleigh —rio—. Trabajamos juntos en el mismo escritorio por más de un año. —La gente mayor era tan pesada, todo lo complicaba; ¿cómo le hacías entender los ires y venires casuales de una oficina? «No se preocupe —hubiera querido decirle, mirando su cabello blanco y delgado—, Joe no es mi novio, no le importa nada que no sean la comida y el futbol». Una afirmación así de directa le causaría al anciano un profundo impacto, y se veía tan triste.

—¿Tuvo una muy mala noche ayer?

—Traté de dominar la tortura haciendo sobres para ahorrarme tener que comprarlos, pero ¿quién puede trabajar con ese estruendo demoniaco? Al final llegó glorioso el silencio, y justo cuando me había hundido en mi poltrona, en la que rara vez me siento porque amo demasiado mi arte, llegó la señorita Tippett con una buena taza de té caliente.

—¡Ah! Ahí es donde estaba Selina. No la vi en el refugio.

—Fue como si me infundiera vida nueva, y el final de la alerta ocurrió inmediatamente después.

—Quisiera que terminara. —Quería ir arriba; las horas de libertad eran limitadas, pero si tenía que enlistarse, como suponía que sería inevitable, prefería fregar pisos que terminar en un ministerio; la indecisión de la burocracia era insoportable—. ¿Salió hoy, señor Rashleigh? —Se veía tan desamparado que se sintió culpable por dejarlo ahí solo.

—Sí, di una buena caminata en la mañana, aunque el viento del noreste estaba gélido. Iba soñando —ah, se va a reír de mí— que hacía una exposición más, de mis dibujos en carbón.

—Creo que debería hacerla —dijo Eve con vago optimismo. No podía ver un futuro para él, pasara lo que pasara. Ni siquiera a sus hermanas les gustaban las cabañas con tejados de paja, y cualquiera de ellas estaría más dispuesta a colgar una foto de su cocker spaniel que el mejor de los calendarios de Horatio—. ¿Tiene suficientes para una exhibición?

Horatio negó con la cabeza.

—Una lástima, con esos nazis desgraciados al mando, es difícil

mantener encendida la Antorcha del Arte. ¿Vendría usted algún domingo a ver mi portafolio, señorita Eve? ¿Me haría el honor de tomar una taza de té?

—Ay, muchas gracias, me daría mucho gusto uno de estos días —dijo con cautela—; por ahora estoy tan ocupada que tengo que llevarme trabajo a casa por las noches. —No era estrictamente cierto, pero se volvía cada vez más celosa de sus horas de soledad; su condena estaba cerca, podía sentirlo a cada momento de sus días laborales. Era ya solo una cuestión de arreglar todo y cerrar; tarde o temprano dejaría de haber trámites puramente civiles. A su hermana le gustaban los ruidosos cuarteles en los que estaba en entrenamiento; era, según solía decir con entusiasmo, como ir a la escuela. Pero Eve no tenía el carácter para la vida colectiva; ¡era como estar en un columpio! Ella era feliz con la paz y Joe con la guerra; a alguien debía ocurrírsele una manera en la que ambos pudieran disfrutar de su trabajo sin que los continentes se precipitaran hacia el caos—. Llegó el correo, señor Rashleigh —dijo, al ver abrirse la puerta; era su oportunidad de escape—. De verdad espero que pase una noche tranquila.

El cartero llevaba prisa por terminar su turno antes del apagón; dejó caer la correspondencia en el escritorio de Selina y se fue murmurando un «Buenas tardes» para Mary, que recogió las cartas, las puso en una charola, y se acercó a Horatio.

—Una para usted, una para Cook, y el resto para allá arriba. —Esperó a que él se moviera, para apagar la última luz que quedaba encendida.

Horatio tomó el sobre gris y bastante grueso; tenía la caligrafía de Agatha. Ya no tenía excusa para quedarse más tiempo en el salón, aunque le ahorraba combustible y las articulaciones le rechinaban, y apenas subiera los escalones empezaría a jadear y a resoplar. «Extraordinario —pensó—, extraordinario; mi amada esposa jamás creería que subo tres pisos dos veces al día». Se detenía a descansar, por supuesto, en cada rellano.

Si tuviera que explicarle a Eve la diferencia, la única diferencia, entre el buen ánimo de ella y la avanzada edad de él —pensó—, la describiría como monotonía. Había menos pausas en la rutina de indeseables repeticiones. Se detuvo frente a la puerta de la sala del segundo piso, que ahora funcionaba como bodega. Le resultaba insoportable, para su temperamento acostumbrado al aroma de los diversos pastos —una sombrilla con encaje de hojas—, el olor a jabón y bicarbonato. La señorita Tippett no era una persona de opulencia ni buen gusto, de otro modo no estaría sentada en la caja registradora de

un salón de té, pero al menos podría hacer algo contra la desolación del lugar: pintarlo, por ejemplo, de algún color suave, atractivo: verde, un verde almendra pálido con una alfombra gris y una puerta que al abrirse dejara ver jarrones de rosas en vez de botes de sagú. Podía hacerse mucho con una casa tan vieja como esta, casi del siglo dieciocho, si tan solo se tuvieran los medios. Es triste, mi joven amiga —Rashleigh sintió que debería decirle a Eve el día en que le aceptara un té— tener instinto palaciego y vivir obligado a habitar en cuartos rentados; cuando era joven mi reino era la Naturaleza entera. Sí, mi techo era el cielo de tambaleantes nubecitas que formaban un medallón de ninfas sobre mi cabeza.

Cuando al fin llegó jadeando al ático, la poltrona estaba puesta frente al horno de gas, con una caja de cerillos a la mano. Mary había cerrado la cortina y, como solía suceder, había olvidado un plumero sobre la baranda de la cama. Colgó su abrigo con cuidado. Quizá esta noche, si la señorita Tippett insistía, consideraría ir al refugio. Luego se sentó, jaló la manta sobre sus rodillas, y abrió la carta de Agatha. Dentro había un cheque por la cantidad usual. Horatio lo deslizó con cuidado al interior de su cartera: vieja y brillante, pero sólida —pensó—, pasando los dedos sobre el cuero negro. Nadie sabría que una esquina se había descosido, pero la calidad había rendido sus frutos, porque hacía ya diecisiete años desde que su esposa se la había regalado. La guardó en el bolsillo, y comenzó a leer la tosca caligrafía:

> Querido primo Horatio, aquí está tu cantidad mensual. Como sabes, esta es una acción voluntaria de mi parte dado que no te corresponde nada de mí o de lo mío —esto era mentira—, y creo que me debo a mí misma la interrupción de esta ayuda. Son tiempos difíciles y, a causa de la guerra, me veo en la obligación de reducir mis gastos. Hay mucha gente sufriendo que necesita nuestra ayuda, y mi sobrino, que, como recuerdas, se enlistó el pasado noviembre, está esperando una adición a esta familia —por supuesto que ese tipo se iba a ofrecer como voluntario; su esposa siempre lo estaba fastidiando—. Espero que hayas escapado a los peligros presentes. Nosotros tuvimos una bomba al final de la calle y además tengo un severo resfriado que trajo de vuelta la bronquitis, mi antigua enemiga. Nuestro refugio, por desgracia, está lleno de humedad, y aunque ya he interpuesto quejas con los constructores, no se ha hecho nada para remediarlo. Espero que mi incapacidad de continuar enviándote dinero extra —«Pero esto es todo lo que tengo para vivir», gimió Rashleigh— no te cause un inconveniente innecesario. A cada quien nos toca sufrir nuestra parte a causa de la guerra. Tu afectuosa prima —«No, no —casi gritó Horatio—, nunca lo había sido»—, Agatha.

Era imposible. Horatio arrojó la carta sobre la mesa y se quedó

mirando el espiral de peonias que subía por el papel tapiz. Debía escribirle; difícil como era, seguramente sería razonable, porque esto significaba condenar a muerte a un ser humano. La gente no tenía imaginación; si la tuviera, se proyectaría a sí misma en las vidas de los demás, y entonces no habría ni enfrentamientos ni miseria. Su esposa siempre había sido amable con esa mujer; podía ver a Margaret sentada detrás del cuadro, con una tetera blanca en la mano, diciendo «Aggie tuvo otro de sus ataques. ¿Crees que puedas arreglártelas con el almuerzo, querido? Muy bien, entonces iré a verla y veré qué puedo hacer por ella». Había esclavizado a su querida Margaret, eso era lo que había hecho, y sin una sola palabra de agradecimiento.

Siempre había estado la barrera del dinero, hablaran o no de ello. Agatha —y se puso a garabatear su cara, sus ojitos malvados en la esquina del sobre— había resentido cada regalo que él le daba a su esposa. «¿Y para los días de lluvia?», había cacareado el último cumpleaños, cuando le llevó a Margaret una pequeña y alegre sombrilla toda pintada de amapolas. Sospechaba haberla escuchado murmurar algo sobre chatarra cuando pasó por su estudio. «Tuvimos una agradable vida juntos», pensó Horatio, y, si la enfermedad de Margaret había consumido todos sus fondos, no se arrepentía de nada. «¡No me arrepiento de nada!», dijo en voz alta y con firmeza al papel tapiz y a la ventana cancelada. Podría estar ganando dinero ahora mismo, su mano era extraordinariamente firme, de no ser por el gusto popular. «Me alegra que mi querida Margaret se haya ahorrado todo esto», escribió, sin dudarlo, bajo el boceto de la cara de Agatha.

Quizá la señorita Johnson le escribiría. Se imaginaba el papel delgado de un cuaderno de notas:

> Mi querido señor Rashleigh, qué agradable sorpresa recibir su carta en estos días turbulentos. Mi madre solía hablarme de usted, y seguido me preguntaba qué sería de usted, porque su dirección debió traspapelarse. ¿Recuerda esa encantadora acuarela que hizo de nuestros altramuces? Sigue aquí, en el mismo lugar, colgando sobre el piano. Ahora sé dónde vive, pero ¡solo pensar que está en Londres! Querido señor Rashleigh, si permite que una extraña, pero también con suerte una amiga, lo reprenda, ¿es ese un lugar para un pintor en tiempos de guerra? Evacuaron las escuelas hacia esta parte del campo, y los artistas son, dicen, como niños. ¿Aceptaría la hospitalidad de nuestro pequeño hogar entre tanto? No tenemos auto, por supuesto, pero he desempolvado la carreta del poni, una pieza de museo, así que basta un telegrama y lo esperaré en la estación. Es necesario que se aleje de esas horribles bombas.

¡Qué triunfo sería! Unos días después, le escribiría a Agatha:

> Aquí, en este tranquilo aislamiento en que mis buenos amigos evitan que lleguen a mis oídos incluso las noticias sobre la guerra, quiero responder a tu carta. Me impactó, confieso que me impactó, no tanto porque tu dinero era mi seguro de vida y no un dinerito extra, sino por tu desconsideración, nada digna de una prima, por mi bienestar. En estos días difíciles, los lazos familiares deberían estar atados con doble nudo, pero una benefactora de mi arte ha tenido a bien cuidar de mí en el anochecer de mi vida. Estoy bien, estoy feliz y pintando como nunca antes, con todo el viejo entusiasmo y el amor por mis dibujos. Y cuento con las simpatías de unas damas muy queridas, después de haber sido tratado tan despectivamente. Procedo, por lo tanto, a despedirme, ya que no será necesario continuar con esta correspondencia.

El diminuto reloj de la repisa marcó las seis. Horatio tenía que encender el fuego, pero sintió que no podía levantarse de la silla. Tenía las piernas rígidas, se acurrucó bajo la manta, temblando bajo la débil luz de la bombilla del techo. Quizá la señorita Johnson se había ido. Quizá nunca respondería a su carta, y ¿qué haría entonces? Primero, la compañía de los calendarios le había rechazado un lote de dibujos, y luego, los primeros días de septiembre, su trabajo se había quemado. Ya nadie quería arte. Solo quedaban óleos de siglos de edad, enterrados en los sótanos de los museos. Si lo echaban del ático con este clima, moriría. La señorita Tippett lo ayudaría en lo posible, pero su socia, esa horrenda mujer, resentía cada centavo gastado en su cuidado. Cada momento era un tesoro; cada segundo lo acercaba a ese momento vacío, inexorable, en que… Pero no podía nombrarlo, la pesadilla triunfaría y él no despertaría para ver el Sol brillar en su ventana. Miró con tristeza un trozo despegado de papel tapiz junto a la chimenea, y en la rasgadura vio un rostro que se burlaba de él; no, claro que no era su imaginación, era el coraje, y podía escuchar la voz de su esposa: «Ay, Horatio, no te enojes, porque cuando te enojas hablas dormido». Los bombardeos no eran tan malos, pensó sorprendido, como aquel tiempo terrible en que los hijos de los vecinos lo habían empujado al polvo y se habían sentado en su cabeza. La furia impotente, el terror salvaje de la sofocación habían permanecido más vívidos —extraña la manera en que las cosas desagradables se quedan pegadas a la memoria— que la primera imagen de cualquiera de sus triunfos de juventud. Siempre había amado los árboles y odiado los bosques, porque había sido en el bosquecillo detrás del jardín donde había ocurrido su desgracia.

Anarquía, eso era en lo que se había convertido el mundo, todas las virtudes se habían perdido. Le tranquilizaba que Margaret se hubiera ahorrado la guerra, aunque la extrañaba, la extrañaba horriblemente. Habría estado llena de ideas prácticas. «No te

preocupes, Horatio —le habría dicho—, siempre hay un futuro». Debía recomponerse y escribirle a Agatha. Incluso si reducía la mensualidad a la mitad, quizá podría arreglárselas. ¿No te das cuenta —comenzó a hilar las oraciones— de que estoy aquí solo, en medio de los cráteres? Era la injusticia lo que le hervía la sangre. Una certeza así bastaría para provocarle un ataque al corazón a alguien menos robusto, pero ahí estaba Agatha, gorda, con una casa y tres comidas al día. Habría sido razonable haberle pedido ayuda para irse al campo, pero su vida no había terminado, el cielo era tan azul, la luz del sol tan bienvenida, como siempre. Trató de imaginarse un barco saliendo del muelle, como solía hacer cuando empezaba a sonar la alerta, pero hoy incluso ese consuelo le fallaba. No había seguridad; las flores del papel tapiz eran como cabezas, que miraban y sonreían maliciosamente, aunque sabía que lo estaba imaginando. Estaba temblando, y la razón era el miedo; este era su hogar, y la gente decía que era por sus hogares que luchaba. Quizá le pediría a la señorita Tippett, cuando viniera, como hacía siempre, que lo convenciera de ir al refugio. Selina empatizaría con él; ¿o acaso cambiaría la expresión de su cara, pensaría «bueno, si un huésped no puede pagar la renta, para qué quiere vivir»? No, no podía confesárselo esta noche, tendría que esperar a la mañana. En la mañana le escribiría a Agatha…

Quizá no habría ningún mañana.

10

Eran cuarto para las siete. La sirena podría sonar en cualquier momento y los guardias tenían una clara postura respecto a las linternas. Sin importar cuán seguido Selina hiciera el trayecto a la tienda del señor Dobbie, siempre era una pesadilla. O se caía de la banqueta o chocaba con la reja de la casa vecina. Había algo moralmente reprochable en el apagón y, pese a los bombardeos, no podía reprimir en su corazón el sentimiento de que lo habían decretado solamente para trastornar la vida cotidiana tanto como fuera posible.

Selina comenzó a atar sus sábanas con unas viejas correas. Su cama estaba desnuda debajo de la colcha mil veces lavada, y eso le daba a la habitación un aura de provisionalidad; la hacía ver, decidió, como una bodega. Nunca había tenido dinero suficiente para amueblarla como era debido, con artículos bonitos como el buró que la señora Spenser le había enseñado una vez, con esos cajones delicados y ese aroma a cedro. La gente no se daba cuenta de cuánto costaba la pulcritud. Su uniforme casi obligatorio, la blusa y el conjunto de abrigo y la falda de tweed, eran mucho más costosos que la ropa ambigua y demasiado elaborada de muchos de sus clientes. Las faldas se abrillantaban sin importar cuánto las cuidara; las cepillaba, usaba sus dos trajes de manera alternada, y no se sabía de alguna vez en que las hubiera manchado, ni siquiera en temporada de ciruelas, pero se desgastaban con el uso; lo mismo con las cortinas, que ya se habían percudido desde antes de la guerra, y que no se habían remplazado, o con la alacena que no se podía abrir ni cerrar rápido.

Si tan solo pudiera tener una larga noche de sueño en su propia cama, no se sentiría tan deprimida, pensó. Dudaba que el sótano del señor Dobbie, con su olor a café y arpillera, fuera realmente más seguro que su casa; pero no podía abandonar al pobre del señor Rashleigh en el ático, y no había manera de saber si Cook y Mary se comportarían si las dejaba solas. Había momentos en los que deseaba que durmieran en otra parte, como Ruby. Amarró con firmeza las correas en torno a su saco de dormir; el cuero desgastado dio de sí y

se rompió entre sus manos.

Se quedó mirando su equipaje, las sábanas y la almohada despatarradas sobre la alfombra, y la pesada maletita con los documentos y su otro juego de falda y abrigo. «No podía soportarlo más —pensó—, debe haber un límite para lo que una persona puede soportar, aunque no lo parezca». Los brazos no le respondían, y no podía pensar. Cook bajó las escaleras haciendo ruido; era una señal de que se le estaba haciendo tarde. Si no se apresuraba, Angelina, que era, por desgracia, tan inquieta, le ganaría la tumbona que rechinaba. Tenía que encontrar alguna cuerda —su mente delineaba las acciones a realizar, como si con solo enlistarlas las completara—, y anudar los dos lados rotos de la correa, pero estaba muy cansada; una vez más se quedó sentada en la silla y recordó, sin razón aparente, un día en el que la señorita Humphries había estado especialmente irritante y uno de los grandes baúles negros se había perdido en la estación. Podía ver la palmera con el tronco partido en dos detrás de la mesita de té hecha de mimbre y escucharla regañándola, gritando de tal modo que toda la gente en el salón se había detenido: «Estoy segura de que usted sabe, señorita Tippett, que dos y dos son cuatro. Pensé que había contado los baúles en la estación».

En ese momento Selina tenía su renuncia en la punta de la lengua. Había escuchado a una señora reírse entre dientes y todo el mundo la miraba. Ese fue el momento —y ahora volvía como si todo estuviera ocurriendo de nuevo— en que conoció a Angelina. Una silueta avanzó a zancadas desde el escritorio —con el cabello desaliñado, la pobre y querida Angelina, tan característico de ella, cuán mejor se veía ahora que se lo había cortado—, y dijo: «¿Un baúl? ¿Creí oír que perdieron un baúl? Esos idiotas incompetentes hicieron lo mismo con una de mis maletas el otro día, pero el gerente de la estación debería estar en el servicio diplomático. No puedo decirles lo amable que fue conmigo. Permítanme llamarlo por ustedes… Encontró mis cosas de inmediato». La señorita Humphries, que tenía una aversión a los extraños tal que rayaba en la excentricidad, estaba tan encantada que esas vacaciones terminaron por convertirse en las mejores que habían tenido en años.

Debo ser tolerante —murmuró Selina, inclinándose para enrollar las sábanas otra vez—; si ese miserable bulldog significa tanto para ella, debo tratar de que no note lo mucho que me parece una vulgaridad. Me pregunto cuánto pagó en realidad por él. A pesar de todo, habían conseguido los huevos procesados, reflexionó, mientras intentaba pasar un trozo insuficiente de cuerda por la hebilla de la correa rota.

Un silencio ominoso abarrotaba la calle. Qué fácil sería quedarse

dormida, un momento, en esa silla. De algún modo logró espabilarse y se puso los guantes de lana. Parecía un botones con todas sus pertenencias bajo el brazo. Necesito un brazalete, pensó mirándose al espejo. Qué grotesco era, en pleno siglo veinte —casi dijo en voz alta —, tener que arrastrarse dando tumbos escaleras arriba, para tocar a la puerta de Horatio:

—Hoy vamos todos al refugio, señor Rashleigh; volveré por usted apenas deje la ropa de cama. —Un sonido confuso sonó en la habitación de su inquilino. El ritual de objeciones de siempre, supuso, poniendo atención a medias—. Eso sí, señor Rashleigh, debe recordar que no solo hay que considerarnos a nosotros mismos. Necesito que me ayude con las chicas. Si no tienen supervisión, voltean ese refugio de cabeza.

Dios mío, ¡qué difícil podía ser la gente mayor! Selina se encaminó escaleras abajo, tratando a cada paso de evitar que su carga se le resbalara y se llenara de polvo. El asa de su maleta le cortaba los dedos, pero no podía hacer tres viajes. Cuánto más puede durar esto, se preguntó. Tenía el cuello en tensión permanente, y si las reumas empeoraban no podría escribir ya en el libro de contabilidad. Quizá era una tonta por preocuparse por Horatio y Cook. Si el pobre y anciano caballero quería morir en su cama, lo más sensato era dejarlo en paz; pero entonces se sentiría culpable toda la noche, sabiendo que estaba solo en ese ático inseguro. Tampoco era realmente su problema si Cook se ponía histérica y a dar de gritos. ¿Para qué se empeñaba ella misma en ir al refugio? ¿Por qué no solo se quedaba en su habitación y se dormía? El sueño —pensaba—, es una palabra hecha de plata, de plata ahumada. Con esa idea en mente, sus ojos casi se cerraron, y entonces, por supuesto, la agarradera improvisada cedió y una almohada empezó a salirse. Se detuvo a descansar un poco y reacomodar todo en el rellano, bajo la pálida luz azul.

Nadie había notado, en tiempos de paz, lo empinada que era esa escalera. Debía ser una casa verdaderamente vieja. Los muros tenebrosos se alzaban sobre su cabeza como colinas, y entonces, cuando dio la vuelta para llegar al piso inferior, le pareció estar trastabillando hacia el interior de una mina. Alguna de esas noches alguien podría tropezarse con una alfombra y caer al fondo. Se detuvo de pronto, al pensarlo, sintiendo cómo sus rodillas chocaban con un cordón imaginario.

Mary seguía lidiando con la puerta del frente.

—Debió ser el bombardeo de ayer, madame, no abre bien. —Llevaba puesto el nuevo traje de sirena que había causado tanta sensación en la cocina, pero la capucha le quedaba grande y se le

había resbalado hacia atrás de los hombros. Jaló la manija con violencia y la puerta se abrió de un tirón. Selina dejó a un lado su carga para correr a encender la luz, esperando que no hubiera guardias cerca—. Timothy me dijo en la mañana que por eso debió de moverse el marco.

—Nos llevará años poner todo en orden otra vez —dijo Selina, mirando la oscuridad del cielo. Qué clase de gente malvada eran esos alemanes, siempre haciendo guerras. Los titulares no parecían detenerse: la batalla de Somme, la muerte del sobrino de la señorita Humphries, la victoria, y ahora, a pesar de todos esos Días de Armisticio —la señorita Humphries había aprovechado para que la llevaran en su silla de ruedas al parque, por el silencio—, estaba ocurriendo de nuevo, de manera aún más desagradable. «Me pregunto a causa de qué es todo esto en realidad», pensó; lo único bueno era que no le había dicho nada de esto a Angelina—. Dios mío —se las arregló para encender la linterna con todo y los guantes gruesos—, vivimos tiempos difíciles.

—Cook dice que estaríamos más seguras en el subterráneo.

—Estoy segura de que no podríamos estar más cómodas ni más seguras de lo que estamos. Es muy amable del señor Dobbie permitirnos quedarnos en su sótano. Y es mucho más saludable que estar bajo tierra con miles de personas.

Mary no estaba convencida. Se puso la capucha con cierta melancolía, y parecía un gnomo en un coro de pantomimas.

—Cook dice que en la estación tienen juegos, y su hermana conoció a un caballero muy amable que tenía una radio casi tan grande como una fiambrera. Todo es muy alegre. —Cerró de golpe la puerta principal y recogió la canasta de té.

Había luz apenas para ver la baranda que rodeaba el área de la casa vecina. Selina sentía cómo la linterna se le resbalaba gradualmente de la mano con la que trataba de sostener al mismo tiempo la correa de su equipaje. Si las sábanas se desenrollaban en la suciedad de la calle no querría volver a usarlas nunca. Tenía que caminar, además, de manera poco natural, dando pasos pequeñitos y rígidos como los de un pingüino, en parte porque no se veía casi nada y en parte por el peso que hacía presión sobre sus hombros. Ya sé que lo siguiente es el dolor de ciática —pensó—, porque el frío atravesaba su abrigo como si en vez de lana fuera poroso papel secante.

Resultaba extraño lo poco que salía de noche. Durante su juventud había habido toque de queda durante las horas de oscuridad, y la señorita Humphries, por supuesto, nunca salía después de que se ponía el sol. ¡Con cuánta desesperación habían tenido que ajustar los

horarios para asegurarse de estar en Bournemouth mientras hubiera luz! «Mi querida señorita Tippett, qué atrevido de su parte sugerir el tren de las dos cuarenta y cinco, cuando sabe que soy propensa a la bronquitis», aquella voz quejumbrosa se parecía un poco a la alerta. En Warming Pan, la vida era demasiado ajetreada como para provocar excursiones nocturnas. Ocasionalmente, Angelina la había arrastrado con ella al teatro, pero las obras siempre eran o desagradables o exageradamente románticas. En cuanto al cine, estaba segura de que no le gustaba. En su mente lo asociaba con los peores humores de Mary, o con las interminables fiebres descriptivas de Cook tras una noche fuera. Y, sin embargo, esta oscuridad, fría y difícil como era, tenía una belleza extraña. La fea manzana al final de la calle se convertía en una fortaleza, y si de pronto hubiera visto arqueros trepando las torres de la viga frontal, que más que un farol oscilante tenían una lamparita eléctrica, no se habría sorprendido.

—No me esperes, Mary —dijo Selina—, cuanto antes te alejes del frío, mejor. —Se topó con otra figura, que iba con prisa en la oscuridad, pero fuera de eso la calle estaba tan silenciosa y sombría como si más bien estuviera caminando por algún camino rural. Ninguna luz salía de las ventanas. Las casas eran estrías de piedra oscura sin entrada aparente. Trató de apresurarse, porque tenía la sensación de que habría problemas con el señor Rashleigh, pero tuvo que poner la maleta en el suelo dos veces antes de llegar a la puerta que Mary mantenía abierta para ella.

Era un alivio llegar a la sala del señor Dobbie y abrirse camino por la escalera de caracol hacia el sótano. Un extremo estaba bloqueado por cajas de madera, pero una docena de personas ya estaba ahí haciendo su cama, como de costumbre, a lo largo de ambos muros.

—Conque esto es el siglo veinte —bufó Selina, a modo de saludo —. Su colchón de goma, con sus rayas verdes y rojas, se veía incongruente sobre el piso de concreto.

Angelina se consideraba a sí misma una guardia no oficial, y estaba pasando lista de nombres y tumbonas con un lápiz.

—No, Cook, no puedes dejar ahí el termo, le va a estorbar a todo el mundo; ponlo en el rincón, en el cuarto de refrigerios, y ¿te aseguraste de no olvidar hoy traer las galletas? —Empujó un descansabrazos, tomó una almohada y se acercó a Selina, como si nunca hubiera existido entre ellas ni una sombra de desacuerdo—. ¡Bienvenida a nuestra Lido particular! —gritó alegremente, saludando con la mano a alguien que bajaba las escaleras, y la estancia realmente era como la mezcla entre una piscina de baño y el espectáculo secundario de una feria. Había mantas grises que parecían mantas

para caballo, edredones rosa pálido y alfombrillas para tomar el sol.

—Escondí el azúcar de cebada, querida —susurró—, así que no preguntes por eso. Ya sabes cómo es la gente, y no pienso oírlos mascar azúcar toda la noche. Si algo pasa, quizá eso signifique nuestra supervivencia.

—No creo que podamos disfrutarlo mucho si estamos cubiertos de escombros, ¿o sí? —El dulce era una debilidad para Selina, y la sola mención le hizo pensar lo bien que sabría una barrita en ese momento. Era una lástima que su socia fuera tan cuadrada con lo que llamaba masticar entre comidas. Entonces recordó los caramelos de fruta que tenía en el bolso; se comería uno apenas regresara—. Voy a dejar mis cosas aquí para ir por el señor Rashleigh; no tardo ni cinco minutos, y cuando vuelva te ayudo con las sillas.

—¡Ese viejo fastidioso!

—Ya lo sé, querida, pero si lo dejo ahí solo, no voy a poder dormir.

—Está bien, date prisa entonces. El gis está funcionando de maravilla; estoy poniendo números en todo el piso. —Había desarrollado la teoría de que era necesario dibujar líneas entre las camas, pero había muy pocas para que la estancia se sintiera abarrotada, y parecía más bien innecesario. Andaba muy contenta, sin embargo, con su trozo de gis. Le daba la sensación de que estaba organizando a los vecinos en una gran comunidad feliz, y ya estaba planeando, aunque no se había atrevido a sugerirlo todavía, un periódico mural—. Me temo, Mary, que descuidaste barrer hoy por la mañana —oyó decir Selina a su socia, mientras comenzaba a subir las escaleras de vuelta—; el papel grasiento no solo es antiestético, sino que además atrae a las moscas. Todos nosotros —y Angelina agitó el trapo revisado con reproche— estamos tratando de mantener el refugio en orden, y la higiene es esencial. —Dobló un chal y alisó una almohada mientras Mary la miraba vagamente, pensando en sus propios asuntos.

Afuera, la calle denotaba una calma ominosa. El señor Dobbie debía estar en la cabina del guardia, una figura muy tranquilizadora, con su casco de hojalata y su uniforme azul. Era más fácil caminar sin cargar nada, pero incluso así Selina tropezó con un bordillo. Mary tenía razón: la puerta se atoraba y tuvo que usar todas sus fuerzas para abrirla. Quedarse encerrada no sería una experiencia agradable, así que se aventuró a dejarla entreabierta. Apenas entró, comenzó a sonar ese gemido, viejo conocido al que, un segundo tras otro, se unieron una docena de sirenas a lo largo de toda Londres.

Warming Pan, vacío como estaba, parecía lleno de sombras y

susurros. Qué extraño —pensó, mientras subía las interminables escaleras—: en cualquier momento podrían ser reducidos a cenizas. Aun así, decían que al recibir un golpe directo no se sentía nada —y aunque murmuró las palabras, el significado se le escapó—. Uno de los escalones crujió y se detuvo, tratando de oír otras pisadas. Le irritaba Timothy, siempre contando historias de ladrones. Cuando pasó junto a la puerta de su propia habitación, sintió el impulso de entrar deprisa y llevarse las bagatelas que tenía en las repisas; era como si le reprocharan por dejarlas ahí. Qué idea más irracional, reflexionó, pero era una muestra de lo fácil que una podía aterrarse con su propia imaginación cuando la violencia alteraba la existencia cotidiana.

Horatio estaba sentado en su silla, mirando la pared.

—¡Deprisa, señor Rashleigh! Todas las chicas están esperándolo con el señor Dobbie, y no puedo controlarlas sin su ayuda. ¿Por qué no encendió el hornillo? —Selina buscó un sobretodo—. ¡Debe estarse congelando!

—Un mendigo no elige, señorita Tippett. —Él no hizo ni siquiera el intento de levantar el abrigo de sus rodillas.

—Mientras pinte sus maravillosos paisajes —debía tratar de hacer sentir bien al anciano—, ¿cómo puede hablar de necesidad? —Sobre la repisa había un nuevo boceto, de una chica; se parecía un poco a Eve, sentada en un banco con un sombrero de listón en el regazo.

—¿Es un nuevo retrato? Deberíamos llevarlo con nosotros y mostrárselo a la señora Spenser. —mientras trataba de meter a la fuerza los brazos rígidos del anciano en las mangas del abrigo.

—Ah, es solo una pequeña acuarela, de las que ya nadie quiere estos días. —Halagado a pesar de sí mismo, la dejó ponerle los guantes; era la primera vez en que parecía realmente indefenso. Sus manos estaban frías y azules, y no hizo siquiera el intento de abotonarse el cuello.

—Si la vida continúa —siguió conversando Selina, mientras doblaba la manta—, vamos a tener que migrar a las bolsas de dormir. ¿Puede llevar su almohada consigo? —Horatio no pareció escucharla, y tuvo que dirigirlo hacia la puerta, aunque, cuando pasaron junto a la pequeña pintura, él se detuvo a recogerla.

Una vez que la luz estuvo apagada, el pasillo parecía interminable. Era imposible apresurarlo, aunque Selina pensó amargamente en la rebatiña que sería andar afuera sin una linterna. Avanzaron hacia abajo, un escalón a la vez, y aunque la manta era más ligera que su maleta, Rashleigh dejaba caer todo su peso sobre su brazo; Selina temía que terminaran por precipitarse ambos hacia el fondo. Él no

hablaba y ella sentía que las paredes estaban vivas, que había sombras mirándola, riéndose de ella, como si los pensamientos de gente que nunca había conocido, los habitantes originales de la casa, se hubieran liberado por entre las grietas y cerraduras. No era natural, no podía describirlo, y no había sentido nunca esa sensación de estar tan perdida, con excepción de una vez en la que se había desorientado en la niebla.

—No estamos lejos —dijo con confianza cuando dieron un paso fuera de la casa. ¿Era su imaginación o de pronto todo estaba más claro?—. ¿Apagué la luz? —preguntó, y para asegurarse apuntó su linterna encendida a la ranura del buzón. Incluso si hubiera dejado su dinero o sus llaves arriba, no podría pasar ya por el salón en la sombra. Sacudió la manija para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada—. A ver, señor Rashleigh, despacio y constante; va por la banqueta, ¿verdad? Vamos a contar los pasos y estaremos en casa del señor Dobbie —estuvo a punto de decir pronto, pero entonces comenzaron a sonar los disparos, como una manada de lobos, y el pavimento mismo vibró bajo sus pies.

—¿Sabe algo? Yo creo que el apagón es peor que los bombardeos. —Selina buscó la barandilla y comenzó a arrastrarse hacia adelante. Debían parecer dos peregrinos ciegos en uno de los más lúgubres misterios.

El ruido era tremendo. No como un trueno, sino algo más iracundo. Los aviones parecían estar justo sobre sus cabezas, como el zumbido de un mosquito varias veces amplificado.

—¡Sujétese de mi brazo, señor Rashleigh, hay que apresurarnos! —Moverse ágilmente, sin embargo, era imposible. Horatio trastocaba su equilibrio y Selina se preguntó si no era mejor deshacerse de las mantas. No parecía haber nadie en la calle cuando los destellos de la lámpara iluminaron las sombras. Daban tumbos como si caminaran sobre un barco en movimiento, y el viento frío hizo que él comenzara a toser. La mitad del cielo pareció explotar y deshacerse encima de sus cabezas—. No pasa nada —Selina trató de mantenerse tan jovial como fuera posible—, dicen que si pueden oírse, entonces no hay tanto peligro.

—Le agradezco, señorita Tippett, pero voy a regresar. —Desprendió su brazo del suyo y se dio la vuelta. A algunas casas de distancia se escuchó un silbido.

—¡No puede hacer eso, señor Rashleigh, no puede! —¿Cómo podía, el viejo obstinado? Nunca encontraría la puerta; no podía subir solo las escaleras, y por mucha responsabilidad que asumiera, Selina no podía entrar a esa casa otra vez por esa noche; no, no, aunque

significara toda una vida de arrepentimiento—. Ya casi llegamos, y una vez ahí podemos tomarnos una taza de té.

—Preferiría sostener mi propia botella de agua caliente; ¡solo se muere una vez! —Comenzó a caminar con asombrosa rapidez de vuelta hacia Warming Pan.

—¡No puede hacer eso! —gritó Selina, tomándolo del hombro con cierta brusquedad—. La puerta está atascada, y tenemos que llegar al refugio. Eso que se oyó es una metralleta.

—Es ese ruido, ese horrible ruido… —Horatio levantó la mano, protestando, y en ese momento Selina tropezó con el borde de la manta. Cayó en los brazos de una silueta que había dado unos pasos fuera de la puerta, diciendo:

—¿Puedo ayudarles?

—¡Ah, coronel Ferguson! —Selina reconoció la voz—. Estamos tratando de llegar al sótano del señor Dobbie.

Ferguson tomó a Horatio del brazo con firmeza.

—Síganme; la de hoy no es una buena noche para estar en exteriores. ¿Le parece si va adelante, señorita Tippett, para mostrarnos el camino? —Se puso las mantas bajo el brazo desocupado.

El cielo era un suave terciopelo que los destellos de luz convertían en una gala de velas explosivas. Los disparos se habían detenido de manera momentánea, pero los aviones parecían estar a la altura de las chimeneas, directamente sobre ellos. Hay gente muriendo a cada minuto —pensó Selina—, pero no puedo hacerme del todo consciente de ello; nada parece real. Ni siquiera sé si tengo miedo o no. El brillo de un incendio lejano iluminaba las puertas, así que no batalló con la cerradura como otras veces. Condujeron dentro a Horatio, quien murmuraba algo, pero no lograban entender qué.

—¡Ah, ahí estás! —gritó Angelina—; ¡estaba empezando a preocuparme por ti!

La repentina luz del sótano los deslumbró. Algunas personas estaban tejiendo, otras tomando sorbos de té. Selina miró su reloj; había estado fuera solo veinte minutos, y le habían parecido como tres horas. Se dejó caer cuan pesada era sobre el primer sillón, y comenzó a quitarse los guantes.

—¿Sabes, querida? Dije que el bombardeo de hoy se iba a poner feo, pero ahora no sé si me alegra o me arrepiento de haber tenido razón.

—Madame siempre sabe —dijo Mary con gravedad—. Por ejemplo, la otra mañana le dijo a Ruby: «Apúrate a recoger esas manzanas, porque va a sonar la alerta». —Y vaya que sonó.

—No sabía que además de cocinera era usted profeta, señorita

Tippett —dijo una de las mujeres, bajando su taza.

—Pero no es profecía —dijo ella modestamente—, sino reumatismo; lo siento en los huesos.

11

Quizá sería soportable —pensó Eve, dando un sorbo al té—, si la atmósfera se pareciera menos a la de un internado. Los profesores la pasaban bien: Angelina, la anciana señora Hill y el guardia Dobbie, pero los pupilos, civiles como ella, se sentaban miserablemente a lo largo del muro, víctimas de una burocracia vasta y destructiva que era la misma en todas las tierras. Era imposible entender qué era lo que ocurría. Angelina había comparado los bombardeos con ver una película, pero al menos la pantalla era de concreto; era más fácil, había decidido para su disfrute, aceptar como real una tormenta fotografiada que un bombardeo concentrado. Era lo absurdo de todo aquello, el lanzamiento de bolos sobre los pinos que eran las casas, lo que frustraba cualquier intento de comprender.

Incluso en esas pocas semanas habían aumentado los tabúes; apenas llegaban, las personas platicaban incesantemente sobre los eventos del día, como si eso previniera que otros eventos adversos ocurrieran durante la noche. Las camas estaban organizadas en el mismo orden, no tanto por comodidad como por el miedo a que alterar la secuencia original perjudicara la noche. Los termos marcaban un receso solemne: después, si chismorreabas o no dependía de a quién tenías al lado. «La guerra era el triunfo de la mala organización —decidió Eve—; Joe estaba tan feliz como nunca podría haber sido en tiempos de paz, y ella, con su mundo roto, su futuro en sombras y su presente casi insoportable».

—¡Ya sé qué es lo que necesita! —La voz de la señorita Hill, que era mucho más densa que su pequeña y bulliciosa personalidad, timbró por encima del resto de las conversaciones—. Aceite de enebro; yo también me tomé cinco gotas hoy en la mañana. —Trató de alcanzar su bolso bajo el catre.

—¡Son los nervios, nada más! —Su víctima, que tenía el aspecto de un ratón pálido envuelto en un chal gris, se echó para atrás sobre la tumbona, hastiada—. Estoy segura de que el ruido nos afecta de manera subconsciente.

—Tonterías, querida, mi abuelo solía decir: «¿Qué es eso del

subconsciente? ¡Nos las arreglábamos perfectamente cuando no sabíamos de su existencia!». Pero yo sabía que su digestión se iba a alterar con ese té que se tomó ayer a las cuatro de la mañana.

—Es que me da mucho frío.

—Bueno, pues el aceite de enebro le va a hacer bien. Inglaterra era mejor cuando cosechábamos nuestros propios remedios y horneábamos nuestro propio pan. Ojalá yo hubiera vivido hace cien años.

—Me imagino que sus ancestros tuvieron sus propios problemas.

—Pero no tenían la radio; llegó después, escupiendo todas esas noticias innecesarias, como un pregonero que anda por ahí berreando acerca de un perro loco. Yo sabía que algo iba a pasar. Todos esos chismes en voz alta, casi podríamos llamarlo espionaje, no son una cosa natural.

Esas miserables —pensó Eve—; si la vieja Hill dice una palabra más, me regreso a mi casa. El cierre de su bolsa de dormir se había atorado en el flequillo de su abrigo, y trató de enfocar su atención en desenredar los hilos. Bastante habría preferido quedarse en su propia cama, pero la Tippett se alteraba, y era la única persona en todo ese lugar que realmente era amable con ella. La gente hablaba del progreso pero, en lo que respectaba a los eventos reales y no a los artículos de los periódicos, lo que seguía su curso era la misma vida victoriana de siempre. Aceptaban Warming Pan porque pertenecía al terreno de la cocina, de lo doméstico, pero su propio trabajo era un tabú; no había nada que la gente odiara tanto como la independencia.

Los disparos se oyeron más cerca. Ocasionalmente se escuchaba un rechinar de frenos, cuando alguna ambulancia deba vuelta a la esquina.

—Es solo la puerta —dijo Angelina cuando una anciana, al escuchar los toquidos, se levantó con trabajos de la cama.

—Bueno, lo que yo digo es que estas noches en el refugio dan ganas de escribir cartas. —La vecina de Eve, la única otra chica de oficina en la estancia, levantó la vista del estuche de escritura con papel de lino rosa que tenía cuidadosamente acomodado sobre la rodilla. Tenía unos sesenta años, era cajera en la papelería al final de la calle, y había venido no desde Warming Pan, sino desde su ático en algún otro lugar del vecindario. Selina y Eve la habían bautizado en secreto «la Señorita Imperio», porque tenía unas sobrinas en Nueva Zelanda, un hermano en Cabo, a Muriel —«Mi colega todo el tiempo que pasé en Jackson's»—, que estaba en Montreal, y otro amigo en Vancouver. La propia Lilian —se llamaba Lilian, inevitablemente— nunca había salido de la Londres que la vio nacer, salvo para visitar a

una hermana casada en Exeter, pero había canjeado su mente —Eve siempre se imaginaba— por una guía postal.

—¿De verdad buscó postales hoy? —El correo de Navidad era el eje en torno al cual giraba su año. Lo que a Lilian le daba miedo no eran tanto los incendios y el ejército alemán como la desorganización del correo; se pasaba la vida citando los antecedentes de 1917.

—Así es, querida, qué amable de tu parte interesarte en mis preocupaciones. Quería encontrar una escena inglesa de caza para recordarles a mis sobrinas las pintorescas alegrías de Inglaterra, y hoy, en el centro, me hice de una. Un calendario. En efecto es luminosa y alegre y típica de los días invernales de Inglaterra, pero es difícil reconciliar esa escena con todo esto —y miró alrededor, hacia las formas envueltas en cobijas sobre los colchones y las sillas—. La habría conservado para mostrártela, pero luego pensé que en estos tiempos nunca se sabe qué va a pasar. —Lanzó una risita, como si acabara de decir una mala palabra—. Después de todo, realmente creo que, si las cosas se ponen muy mal, van a cuidar más del correo que de nosotros los ciudadanos; así que, de alguna manera, me sentí más segura cuando la arrojé al buzón.

—Sí, me parece que eso fue lo más sabio. —Sería tonto recordarle los buzones destrozados y las furgonetas postales incendiadas. Quizá creía que el término Real las volvía invencibles.

—En la guerra anterior, al hijo mayor de mi hermana, que tenía apenas dos años, le entregaron en Pascuas el Santa Claus que le envié en Navidad. Estaba tan molesta. Debió pensar que su tía era una anciana loca que le enviaba nieve cuando debía haberle mandado un conejo de Pascua.

—Lo único que se puede hacer es realizar el envío en la fecha que recomiendan.

—Así es, querida, pero por alguna razón siempre siento que debí haber tenido más cuidado. Después de todo, nuestros festivales ocurren una vez al año. ¿No te sorprende todo el tiempo que pasamos preparándolos, para que después se terminen en un parpadeo? Es difícil pensar en la Navidad con todos esos aviones en el cielo; y, a pesar de todo, el León Inglés está cercando cada entrada, y entre más traten de meterse, más firme resistirá.

—Lo están haciendo extraordinariamente.

—Bueno, lo que yo digo es que no sirve de nada cederles espacio a estas cosas; eso solía decirle a Muriel cuando la asustaban tanto las tormentas eléctricas. Al principio la extrañaba mucho, porque si almuerzas con la misma persona por diez años continuos, cuando se va es como si todo se pusiera de cabeza; pero ahora agradezco que

esté en Montreal. No siempre nos damos cuenta en su momento lo frecuentemente que las cosas ocurren para mejor.

El sótano vibró con el impacto del cemento que caía en algún lugar cercano. Era como si estuvieran acostados en el fondo de un pozo, sin nada sobre sus cabezas. Todas las miradas se levantaron al unísono, una vista grotesca, porque ¿de qué sirven las miradas si el mismo cielo te cae encima? Hubo un momento de silencio, y luego las agujas de tejido reanudaron su actividad, aunque una o dos personas, entre miradas furtivas a sus vecinos, se hicieron de azúcar de cebada.

—Si el papel pudiera hablar, ¡qué historia contaría su tarjeta postal cuando llegara a Nueva Zelanda! —En la mente de Eve, el buzón comenzó a moverse arriba y abajo hasta que se convirtió en un arca navegando los oscuros mares tropicales—. Me acuerdo de una película que vi una vez, sobre una carta. Deberían hacer una sobre su tarjeta postal. Yo empezaría en la oficina de correos —pensó en el letrero de taxi que había visto esa mañana de camino al trabajo, apenas visible en el borde de un cráter gigantesco—, y luego el muelle, los barcos recién cargados a pesar de los incendios, los submarinos en la bahía y, por último, después del miedo y las estrellas, la luz del sol al otro lado del mundo. —Solo que nada podría explicar realmente su experiencia; entre los que vivían los bombardeos y los que no habría un golfo entero.

—No estoy segura —su vecina comenzó a afilar un lápiz—, si voy al cine, prefiero ver historias reales; llorar de vez en cuando te refresca para volver al trabajo.

Eve no podía pensar en una respuesta adecuada.

—Ah, yo como usted aprecio más el clima de la primavera. —Alcanzó a escuchar por encima del ruido—. ¡Qué gusto que por fin le diremos adiós al invierno!, aunque volverá de nuevo en cuestión de meses. Adoro el momento en que las campanillas de nuestro jardincito empiezan a florecer entre la nieve, aunque este año todo se irá debajo de la alfombra, me parece. —Y Eve imaginó a alguna de las sobrinas de doña Aceite de Enebro (no sabía sus nombres) recargada en la silla rechinante, como si los bombardeos fueran la cosa más normal del mundo—. No parece haber mucha seguridad en el panorama a futuro, aunque la esperanza de una victoria británica es grande.

«Seguridad», murmuró para sí el coronel, levantando una mirada de asombro. ¿Aquello era valentía o simple estupidez? Sus ojos se cruzaron con los de Eve, y ambos sonrieron. Arriba la descarga estalló en una ráfaga de trueno, se apagó casi por completo, y luego rugió de nuevo, hasta que al coronel le vino a la cabeza la imagen de una ilustración que había visto alguna vez, de hombres en cuevas,

acuclillados. Quizá en realidad la civilización resultaba insoportable y, en un arranque de protesta, el ser humano había replicado las condiciones del inicio del mundo —le divirtió pensar que los ruidos sordos y distantes de los cañones móviles eran los pasos de un mamut.

Quizá demasiada seguridad era intolerable. Las familias decían tener miedo de la guerra, y sin embargo no estaban dispuestas a dar un solo paso positivo para prevenirla. Ah, se suscribían a sociedades pacifistas y reprimían sus críticas, pero jamás habían visto al monstruo a la cara. El coronel cerró los ojos, y recordó una tarde de verano en el jardín de los Wright, en su última y breve visita a Inglaterra, antes de la guerra.

«A ustedes dos los conozco tanto como si fueran recuerdos intercambiables —había dicho la señora Wright, mientras recortaba la cabeza marchita de un delfinio y la arrojaba a su canasta—, pero de no haber sido por esas malditas trincheras, Frank no estaría ahora lisiado con el reumatismo. ¡Fueron unos idiotas! Pero no pasará de nuevo, ya verán, nos aseguraremos de ello», y recortó otra punta de color lavanda, casi a nivel del piso. «¿Y qué hay de Alemania? —había inquirido Ferguson—. Guerra, en eso piensan, eso es todo lo que les importa».

«¡Patrañas! Alarmismo. Los periódicos escenifican atrocidades, y no creo que realmente ocurran. Sería mejor para el mundo si se aboliera la prensa —afirmó ella—. Y el parlamento, y las leyes». El coronel estuvo tentado a contestar, y agregó: «Es verdad; en las montañas conocí a un chico. En un sendero que encontré por accidente, un verdadero camino para contrabandistas. Pensé que el niño, no tenía más de diecisiete, había tenido un accidente. Al principio estaba aterrado, y luego, cuando no logré contestarle en alemán, se dio cuenta de que yo era inglés, y me mostró las manos. Se las habían roto a culatazos. Los nazis lo habían abandonado a su muerte, y una anciana lo había ayudado a cruzar la frontera. Ayer fue su turno, pero mañana podría ser el nuestro». «Tienes un corazón amable, y él supo ganárselo —le respondió ella—. Imagino que no era más que un delincuente común». Incluso así —Ferguson quería responder—, no le destrozas las manos a un niño—, pero eso le habría arruinado la tarde por Frank, así que respondió simplemente: «No, era verdad lo que decía, lo investigué».

Ahora todos estaban aprendiendo sobre la guerra de la manera más difícil, por segunda vez en una misma generación; y, sin embargo, ahí sentado, mirando al diverso grupo con sus mantas y sus trajes de sirena, se daba cuenta de que la gente seguía sin comprender lo que estaba ocurriendo. Yo sí lo sé y yo sí lo entiendo —pensó con gran

amargura al mismo tiempo que otra explosión sacudía la calle—; pero es inútil, la gente prefiere la estupidez. Buscó la cigarrera en su bolsillo, pero entonces notó que Angelina había escrito en enormes letras de gis «No fumar durante la alerta».

—¡Válgame —suspiró Selina—, vaya que es una noche ruidosa! Debo confesar que es demasiado arduo pasar tantas noches sin dormir.

—Realmente debería intentar con tapones de cera, señorita Tippett; estoy segura de que le ayudaría —dijo alguna de las muchas señoras presentes, mientras metía su mano en la enorme bolsa que sostenía, llena de gafas de protección, ungüentos y polvos, y se escuchó un golpe violento en algún techo vecino.

—Paciencia, mis niños —gritó Angelina desde la parte alta de las escaleras—, esperen a oír las noticias de las ocho de la mañana —y se puso a imitar al presentador—: «Hubo algo de actividad enemiga sobre Londres en las primeras horas de la noche de ayer». Todos los presentes se rieron, pero varios de ellos se movieron ansiosamente en sus asientos.

—Creo que es mejor no tratar de acomodarnos hasta que se detengan los disparos —intervino doña Aceite de Enebro—. En cuanto termine la alerta, yo me voy directo a mi casa, a tomar un baño y dormir hasta las once.

Yo no puedo hacer eso con la tienda y las cuentas, pensó Selina, bostezando. Horatio la miraba de un modo muy peculiar, como un niño que había visto cierta vez, asustado porque por ahí andaba un caballo desbocado.

—No se preocupe, señor Rashleigh —lo llamó—, cinco minutos más y tendremos algo de sopa.

—Silencio —murmuró él, señalando la escalera—, vienen por nosotros.

—Claro, vienen por todos nosotros —era mejor darle por su lado—, pero aquí en el refugio estamos a salvo.

Rashleigh tuvo un escalofrío violento, y negó con la cabeza. Podía distinguir formas que bailaban y brincaban en las sombras.

—¿No ve las luces? Ya llegaron a las trincheras.

—¿Las trincheras? ¿A qué se refiere?

—Los indios… —Rashleigh se desprendió de la mano de Selina, que se había acercado a tranquilizarlo—. Ahí están, ¿los ve? —Trató de acuclillarse bajo la escalera—. ¡Indios!… —gritó, pero nadie lo escuchó, porque en ese momento, con un estruendo, las paredes se levantaron y se rompieron y fueron a chocar unas contra las otras en una cascada de ruido, yeso y ladrillos despedazados.

12

—¿Está herida, madame?

Gradualmente, Selina se dio cuenta de que era a ella a quien se dirigían los gritos. La oscuridad era peor que la que había sentido en las escaleras de la casa, y se vio a sí misma de rodillas sobre un colchón, abrazando una enorme almohada.

—¡No! —Sonó como un susurro áspero, aunque estaba hablando a gritos—. No, creo que no. —Le regresó el recuerdo de haber tenido que pararse como una niña pequeñita casi justo debajo de una cascada, y haber sentido el miedo de que esta la ahogara.

Los disparos no se habían detenido, pero sonaban silbatos por todas partes.

—¡Quédese donde está, no se mueva y la sacaremos en un momento!

Con un alivio infinito, reconoció la voz de Dobbie. Y entonces salió de la parálisis.

—¡Angelina! —Esta vez era realmente un grito—. ¡Angelina! ¿Dónde estás? ¿Estás bien?

—Sí, querida, pero gracias a mí misma, no a la nación. Se zafó el tapón del termo de la señora Hill, y la sopa le quemó la pierna. Si tuviéramos refugios profundos, esto nunca habría pasado. ¡Voy a escribirle una carta al *Times* para contarlo todo!

Alguien chocó con una silla caída y… ¿Estaba herido?… Horatio gimoteaba en un rincón.

—¡Listo, así está mejor! —Ferguson, a quien el impacto había arrojado al piso con una anciana retorciéndose en sus brazos, logró desenredarse y encender su linterna. Había caído parte de un muro, pero las vigas del sótano habían resistido, y aunque los ocupantes y su Lido de camas y sillas habían volado por el piso como hormigueros pisoteados, no había daños graves—. Estamos bien, Dobbie —gritó—, podemos arreglárnoslas si te necesitan en otra parte.

Una neblina de polvo, humo y olores desconocidos envolvía la estancia. La gente tosía y reía. De las paredes se deslizaban al piso fragmentos de yeso que golpeaban el suelo como granizo.

—Si solo pudiera encontrar mi bolso —aulló Lilian—. ¡Ahí tengo mi cartilla de racionamiento!

Había un notorio silencio central —se dio cuenta Selina—, entre la multiplicidad de pequeños sonidos. Los disparos ladraron con todavía más ferocidad, y podía oírse el zumbido de los aviones enemigos.

—Quisiera que no me recordaran a un mosquito —se quejó Ferguson, sacudiendo su abrigo.

—¿Alguien tiene una linterna? Perdí mi bolso y ahí está mi cartilla de racionamiento.

—Este termo está bien, querida, podemos tomar un poco de té.

—¡Tienes que calmarte! —Angelina golpeaba violentamente la espalda de Cook—. ¿De qué te sirve llorar? ¡Estamos a salvo!

El cierre se había atorado de nuevo, por supuesto, y Eve tuvo que arrancar la bolsa para liberarla. Tenía sobre las piernas los papeles de Lilian y un banquito de campamento. Era como un dibujo de Goya, pensó, frenéticas siluetas negras en un inframundo iluminado solo por un rayo de luz tenue. Horatio murmuraba entre sollozos, y de pronto alguien dio un grito. La sensación de tener atascadas las piernas era definitivamente desagradable, pero al fin cedió la manta y logró ponerse de pie, aún con un trozo de manta en la mano.

—¡Aquí vamos! —Dobbie bajó las escaleras con cuidado con su enorme linterna sombreada—. Entre antes lleguen a tomar una taza de té, mejor. Parece que los escalones están bien, pero suban uno a la vez. No podemos tener gente de la edad de ustedes sentados por ahí con este frío.

Nadie se movió. El polvo los sofocaba, pero había una extraña reticencia a dejar los restos del refugio y salir a la calle.

—¡Vamos, señorita Tippett! —La voz era severa—. Usted sabe dónde queda el Centro de Cuidados, así que me imagino que puede guiar el camino.

«Ay, Dios mío —pensó Selina—, de verdad no sé si pueda soportar más oscuridad». Quiero acostarme y quedarme dormida. Si iba a ir a ese lugar tendría que ser en alfombra voladora, o cerrando los ojos y deseando aparecer ahí. Mecánicamente, se puso la cobija sobre los hombros y recogió la maleta más pequeña. El asa se sentía arenosa, y al moverse se topó con una silueta aturdida, también de rodillas sobre el colchón. «No, no puedo ser yo la que vaya adelante», quería decir, pero en ese momento un gemido bajo y terrorífico sonó en el rincón.

—¡Me dieron! ¡Mi cabeza! ¡Sálvenme…! —Las palabras se diluyeron en un llanto incomprensible.

—¡Sáquelos de aquí tan pronto como pueda! —ordenó Dobbie, encaminándose deprisa hacia donde estaba Horatio—, y avise que

necesitamos una camilla.

Alguien encontró otra linterna, y la procesión, una vez que comenzó a moverse, subió arrastrándose hacia el pavimento. La explosión había destruido la puerta, pero los trabajadores ya habían recogido los escombros.

El primer instinto de Selina fue ir corriendo a Warming Pan, pero un muro de humo, grueso como una colina, avanzaba hacia ella y, antes de que tuviera tiempo de pensar, Ferguson la tomó del brazo y la empujó hacia la esquina de la calle. La calle lateral no había sufrido daños y la oscuridad no era total, porque había varios incendios en el vecindario; el resplandor, irónicamente, le recordaba al de una luna muy brillante. Debía existir otra expresión para ese tipo de luz, pero no se acordaba de ninguna; lo único que podía hacer era relacionar los terrores nuevos con las viejas experiencias.

—Me pregunto si la casa está bien —dijo, pero Ferguson solo seguía caminando junto a ella, apretando el paso.

—Ah, me imagino que estará bien. ¿Sabe dónde está el Centro de Cuidados? Porque yo no.

—¡Bajen esa linterna! —gritó alguien, con voz colérica. El grupo del refugio había permanecido aturdido y paralizado hasta que, una vez que empezaron a usar las piernas, la prisa de huir se apoderó de ellos. Formaban un flujo detrás de la señorita Tippett, pastoreados por un guardia, con excepción de los más jóvenes, que se escabullían en el humo detrás del equipo de rescate.

Me pregunto si esto se parece al Gran Incendio de Londres —rumió Eve, mientras trataba de encontrar Warming Pan—. Sí y no, decidió. Era cierto que las siluetas oscuras se agrupaban en forma de un viejo cuadro al óleo, y que los colores eran menos negros y púrpuras que una pátina de pintura, tiempo y polvo, pero aun así había un nuevo elemento de violencia que estaba más allá de cualquier comprensión o emoción racional. De alguna manera había sacado a flote una parte nueva de su propio ser.

—¡Para atrás, para atrás! —gritaban unas personas. Poco a poco, el humo se disipó y pudieron ver las llamas. Una bomba había impactado la esquina contigua al restaurante y, en consecuencia, Warming Pan simplemente ya no existía. Las escaleras que Eve había subido y bajado corriendo tantas veces habían desaparecido, excepto por los primeros escalones. Su cuarto era aire. Lo único que quedaba era una mesa erguida con dos platos encima, y Beowulf, de pie y en silencio bajo la chimenea.

«No puedo creerlo —seguía diciendo Eve—; no puede ser cierto. Algo debe ocurrir, y entonces todo estará en orden otra vez, la

ventana que hacía ruido y el linóleo parchado».

—Señorita, usted es la única aquí sin casco, váyase al Centro de Cuidados —se quejó un bombero; pero Dobbie la tomó de un hombro: llevaba una lista en la mano.

—¿Alguna de estas personas estaba ahí, que usted sepa? —inquirió.

—No. —Eve recorrió la lista de nombres en su cabeza—. No, creo que no. El señor Rashleigh no solía ir al refugio, pero hoy la señorita Tippett fue por él. —Había visto en el refugio a Angelina y a Cook, y Ruby por supuesto se había ido a dormir a su casa, y a Mary la tenía enfrente.

—Es una suerte que no haya caído en su casa —le dijo alguien a Dobbie, que asintió con seriedad.

La casa que estaba en llamas había sido evacuada algunas semanas antes. Había algunos daños menores en edificios vecinos, pero no había nadie atrapado en los escombros, en lo general podría considerarse que el incidente no había sido grave.

—No tiene caso ver esto entonces, *miss*. —Dobbie devolvió la lista a su bolsillo—. ¿Perdió muchas cosas?

—No. —Eve escuchó decir a su propia voz—. No, había mandado muchas de mis cosas a mis hermanas en el campo. —Ese no era el punto, por supuesto; lo había perdido todo, pero él no entendería aun si tratara de explicarle; su mente estaba pensando en artículos de ropa y mueblería. Nada podría compensarle este robo. Warming Pan era un símbolo de libertad eterna. A ella nunca le habían gustado las cosas que otra gente amaba, encontrar la primera prímula en un día helado o llevar rosas tardías a una visita previa que no dejaría de hablar de ella, año con año, con exactamente las mismas palabras. Lo que ella quería era la anónima libertad de pensamiento que su habitación y la jovialidad de Selina le habían dado. No era una cuestión de atmósfera tanto como de equilibrio, de convicción. Ancho como la parte más ancha del Támesis —se repetía—, así era cómo había visto el flujo de los años. Ahora la vida entera se estrechaba con el caer de los ladrillos y el consumir de las llamas en la esquina, y se vio a sí misma en uniforme, de vuelta en el centro de una familia y una rutina tan estrictamente monótona como la de la escuela.

—Es mejor que vaya al Centro de Cuidados, *miss*. —Dobbie le posó nuevamente una mano en el hombro—. Va a ser un duro golpe para la pobre mujer, tan orgullosa que estaba del lugar. Y pagaba a tiempo, además. —Las mangueras jugaban en el vacío, tratando de mantener las llamas a raya, y había hombres caminando encima del poco piso que quedaba—. Puede decirle —añadió— que salvamos al perro. —Y

ahí iba Beowulf, llevado por la calle en brazos de alguien, su colita pintada, más ridícula que nunca antes a la luz de las linternas.

El final de la alerta sonó cuando Eve iba llegando a la puerta del Centro de Cuidados. El cielo estaba en calma, pero en las calles aumentaba el ruido conforme las ambulancias se alejaban y llegaban nuevos vehículos de bomberos. Angelina estaba justo frente a ella, con su vieja bufanda colgando del bolsillo de su chamarra de cuero, ahora cubierta del grueso polvo de las ruinas. Las personas del grupo del refugio de Dobbie estaban todas en un rincón del amplio salón, dando sorbos a sus tazas de té. Lilian —en realidad debía llamarse la imperturbable Lilian, pensaba Eve— había logrado salvar su estuche de cartas, y estaba mostrándole a una gran audiencia un trozo de papel color lila cubierto de huellas digitales de hollín.

—¡Imagínense el asombro de mi sobrina cuando reciba esto, enviado directamente, podríamos decir, desde las garras de la muerte!

—En Moscú sí tienen refugios profundos —proclamó Angelina en voz alta y acusadora, pero nadie la escuchó; todos seguían ocupados tratando de sacudirse la película de polvo que les cubría la ropa—. Aproveché la luz de las llamas para escribir un borrador de la carta que voy a enviar al *Times*. Si hubiéramos muerto en esa madriguera nada profunda, el gobierno habría sido tan culpable como el enemigo.

—Sí, querida, pero ¿cuál habría sido la diferencia? Para nosotros, quiero decir, si hubiéramos muerto…

—¡Selina, corderita mía! ¿No tienes consideración alguna para el futuro? ¡Piensa en la posteridad!

Por el momento no podía preocuparse por nadie más que por ella misma, pensó la señorita Tippett, con excepción del pobre señor Rashleigh. Ferguson había vuelto para indagar cuán herido estaba el pobre anciano. Warming Pan se había ido; nadie se lo había dicho, pero podía sentirlo. Su vida había terminado en un resplandor de gloria, pero ella no quería ver los restos. Lo único que quería era dormir.

—Siéntate, Angelina —sugirió—, debes estar cansada.

—No, gracias, querida; mientras tú estabas descansando… claro que me da gusto que pudieras tomarte un descanso, porque en lo que a mí concierne no voy a poder pegar los ojos en una semana, … mientras tú estabas descansando yo estaba haciendo una lista de los pasos que hay que seguir ahora. En la mañana voy a ir al ayuntamiento…

—Creo que primero hay que ir a Atención Ciudadana —interrumpió Lilian—; ahí fue una de mis clientas cuando la bombardearon.

—No dude de que voy a ir a ambas. Tenemos derecho a todos los apoyos. Después de todo —por un momento, Angelina se olvidó de sus teorías—, el enemigo destruyó nuestros medios de subsistencia.

—¿Ya no está, entonces… la casa?

—Me temo que no. —Ferguson trató de decirlo tan amablemente como pudo; había regresado y estaba de pie, afligido, en el umbral.

—¿Por completo? —preguntó Selina con voz aturdida—, ¿o solo… dañada por la bomba? —Ahora que lo había escuchado, no podía imaginarse la calle sin Warming Pan en ella.

—El impacto directo fue en la casa de al lado, más el incendio. La van a compensar, sin duda, una vez que termine la guerra.

—¿No quedó nada? —Selina recordó, irracionalmente, una tabla que rechinaba en el piso superior. Antes todo parecía tan sólido, tan pesado.

—Nada, madame —le confirmó Dobbie con una voz llena de cordialidad, el casco de hojalata enclavado en su cabeza como una cornamenta—. Pero no se preocupe, todo estará bien, salvamos al perro.

—¡El perro!

—¡Ay, Selina, es un buen augurio, salvaron a Beowulf! —Dando gritos de gusto, Angelina salió disparada hacia la calle. La gente guardaba silencio; algunos sabían que sus casas estaban a salvo, pero otros tendrían que esperar hasta la mañana para descubrirlo.

—Será mejor conseguirle una taza de té —dijo Dobbie en voz demasiado alta para ser un susurro. Era un gran peso para una mujer madura como ella —pensó—, mientras regresaba a su labor en la calle.

Selina trató de entender qué significaba todo aquello, pero lo único en lo que podía pensar eran las gruesas paredes del restaurante, las pesadas cortinas que bloqueaban la luz. El día anterior se le venía a la cabeza como si lo estuviera viviendo de nuevo, y de pronto comenzó a reírse: ¡el casero no podría exigirles la renta! Ya no podría exigirles la renta. ¡Ya nunca podría desalojarlas! —Rio hasta que las lágrimas empezaron a recorrerle las mejillas—. Ya no había por qué tenerle miedo al cartero. No tendría que desalojar a Timothy y a Ruby —las personas que la rodeaban la miraban con vergüenza, y una ayudante tocó el hombro de Ferguson.

—Para el manicomio —murmuró Angelina—, pero a algunos les pasa; se va a recuperar. Aunque se sorprendería (pruebe uno de los bollos, señor, están buenísimos): algunos solo están alegres, y nunca dicen una palabra.

—¡Angelina! —La señorita Tippett se puso de pie, enjugándose los

ojos con su pañuelo, y ahogándose—. ¡Angelina! ¡Se quemó todo! ¡Ya no pueden cobrarnos nada!

—Así es, querida, pero por ahora trata de calmarte. Encontraron una bandera para ajustársela a Beowulf en el collar y ponerlo junto al cráter. ¿Quieres venir a verlo?

—No —apenas podía encontrar las palabras—, no, creo que me voy a quedar aquí donde estoy.

Algunas de las personas que habían estado con ellas en el refugio se acercaron a consolarla.

—Deja que te ponga una manta, eso sí; tienes las manos heladas. Lilian, querida, ¡tráigale a la señorita Tippett otra taza de té!

Luego, apenas dejó de reír, los demás se alejaron para ir a aclamar a Beowulf. Era popular, al parecer. Ferguson se sentó junto a ella.

—No tengo problema con el bulldog ni con la bandera —dijo, mirando alrededor con cautela para asegurarse de que Angelina estuviera lo suficientemente lejos para escuchar—, pero ¿por qué las dos cosas juntas?

—Sí, en efecto es, bueno, un poquitito vulgar… —Sonrieron—. Sin embargo, supongo que nuestro sentido del humor es un mecanismo de defensa. ¿Uno no se imagina a los alemanes tomándose en serio a un perro pulgoso, o sí? Más bien los asombraría.

La enorme cobija que tenía sobre los hombros la hacía sentir cómoda. La habitación era cálida y, fuera de las voces, silenciosa. Algunos de sus vecinos se habían acomodado en el suelo a tratar de dormir.

—¿Logró saber qué fue del señor Rashleigh? —preguntó Selina.

—¡El pobre hombre! El doctor me dijo que, temía, no había mucha esperanza. Me preguntó, de hecho, si conocía la dirección de algún familiar suyo. Sus heridas no eran graves, ¿sabe?, apenas algunos rasguños, pero su mente estaba perdida. No dejaba de divagar sobre unos indios que querían arrancarle el cuero cabelludo. Estaba en *shock*, supongo.

—Sí, me dijo cosas de ese estilo… hoy mismo, más temprano. —Le parecía más lejano, pensó, que los días con la señorita Humphries—. No es que sea supersticiosa, claro, pero ¿sabe algo? Tuve un presentimiento extrañísimo cuando bajé con él las escaleras de la casa. El lugar entero olía a muerte.

—Bueno, estábamos en la calle diez minutos antes de que todo pasara. Es un mundo emocionante. —Si la gente hubiera escuchado sus advertencias, pensó, no habría sido necesario pasar por nada de esto—. ¿Tiene dónde quedarse mañana por la mañana?

—Sí, la señora Spenser nos ofreció ayuda. Hace siglos que mi socia

desea participar más activamente en la guerra y menos en el negocio de la comida; estoy segura de que estará bien. Y tampoco me preocupan Ruby, Mary o Cook. Encontrarán trabajo pronto. Solamente Timothy… y yo —dijo ella, sonriendo—. Ya estamos algo viejos para la guerra.

—Es verdad —dijo Ferguson— y, sin embargo, fuimos parte del mundo. Lo que trato de decir es que cada generación tiene su lugar en la evolución; sin nosotros, habría habido un vacío. —Ella parecía tan desconcertada que el coronel se apresuró a añadir—: Lo que la gente ha hecho debería ser tan digno de recuerdo como lo que hace.

—Bueno, tampoco es tanto lo que he hecho, supongo; nunca tuve las oportunidades que algunos de estos chicos sí. —Miró a Eve, que estaba de pie cerca de la puerta—. Pero algo sí puedo decir: siempre he tenido la voluntad. Por Dios que estoy segura de que encontraré trabajo, lo sé, pero voy a extrañar mi tiendita. Traté de convertirla en un segundo hogar y hacer valer el dinero de la gente.

—Y lo logró, señorita Tippett, lo logró. La van a compensar, no lo olvide, cuando termine la guerra.

—Para entonces voy a estar demasiado vieja para empezar de cero.

Ambos miraron el piso, el linóleo desgastado, para no mirarse mutuamente. Era verdad: nadie los necesitaba. Ese era el resultado de la pacificación —pensó Ferguson—; no era una cuestión de la guerra o la paz, sino del bien y el mal. En un mundo más optimista, la iniciativa y el carácter contaban; había un lugar para todos, pero la rutina que ahora todo mundo veneraba era una trampa pegajosa, casi tan mala como las bombas.

—De verdad creo —dijo, tras una larga pausa—, que preferimos morir antes que pensar.

—No fue fácil darse cuenta de que los alemanes podían ser tan malvados.

—La gente es mala, señorita Tippett, y también increíblemente buena. —En cualquier otra ocasión le habría preguntado si alguna vez había leído sobre los campos de concentración, pero esa noche resultaría injusto y por suerte Dobbie llegó en ese preciso momento, tratando de caminar sigilosamente con sus pesadas botas de caucho, porque la mayoría de las luces estaban apagadas y la gente, bajo sus cobijas, al menos parecía dormida.

—Quería preguntarles si conocen algún familiar del señor Rashleigh. Hablaron del hospital para decir que el pobre hombre murió durante el traslado y requieren la información.

Era inevitable, supuso Selina, pero sonaba como si estuvieran

hablando de un bulto.

—Tenía una prima en Richmond; me hizo escribir la dirección una vez, en caso de que algo pasara. ¿Quiere que la notifique?

—Sería muy amable de su parte, madame, si pudiera enviarle una nota, siendo usted, como suele decirse, la última persona en hablar con el caballero. Pero también le daré la dirección al hospital; lo necesitan para sus registros.

—Una noche muy animada, Dobbie —dijo Ferguson, ofreciéndole un cigarro.

—Así es, llena de incidentes gordos como grosellas en un pudín de ciruela. Y aún así, podría habernos ido peor: solo tres incendios y todos bajo control.

—¡Ay, se quemó! —Selina lanzó una risita de vergüenza.

—¿Qué se quemó?

—Mi agenda de direcciones. Recuerdo que la mujer se llama Agatha, pero eso no sirve de mucho.

—Supongo que la policía puede rastrearla.

—No creo que le importara mucho, jamás vino a verlo.

—Bueno, nunca se sabe. —Dobbie trató de secarse la cara con el trapo grasoso que alguna vez había sido un pañuelo—. Quizá lo veía como una carga, tan platicador como era.

—Me alegra que Rashleigh no tuviera que sufrir —dijo el coronel; era una lástima que no pudieran, todos ellos, reclamar una muerte tranquila e indolora una vez que el mundo se había cansado de ellos. Tendría que seguir existiendo —supuso—; el cuerpo tenía la fuerza y pondría una resistencia encarnizada, aunque condenada, pero el alma ya estaba muerta. Se inclinó para recoger la cobija, que se había resbalado de su regazo.

—¿Una taza de té, señor? —Una de las asistentes del Centro de Cuidados daba la vuelta con una charola llena de tazas. Sería un gran impacto para estos hombres mayores, pensaba ella, mientras vertía un poco más de azúcar en el té del coronel; deberían estar en sus camas, no como ahora, zarandeados de aquí para allá. Le gustaba, naturalmente, la atmósfera, y la sensación de que cada noche era como un picnic, pero los ancianos se aferraban demasiado a sus posesiones—. Si yo fuera usted, trataría de recostarme; todo será distinto en la mañana.

La puerta sonó al abrirse de nuevo, y más de una voz dijo «¡shh!» cuando Angelina entró a trompicones, medio cargando a Beowulf y medio dejándolo caer sobre los escalones.

—Ay, querida, ¿qué estás haciendo con ese perro de yeso?

—Todos estamos hechos de yeso —respondió ella en tono de

reproche.

—Tengo claro que yo no. —Selina sintió nacer en sus articulaciones aquel viejo y bien conocido escalofrío—. ¿No podías haberlo dejado en la banqueta?

—Un guardia idiota dijo que alguien podría tropezarse con él y caer al cráter. —Alisó la bandera, que se había atorado en el collar—. El pobrecito… ¡Nos trajo buena suerte!

—¡Angelina! Me da gusto si esa… cosa te da alguna satisfacción, pero no bien lo trajiste a Warming Pan, nos bombardearon. Y ahora… —la certeza volvió de pronto—, ¿qué vamos a hacer con todo ese horrendo huevo en polvo?

—Venderlo, querida, venderlo en pasteles, con buenos márgenes de ganancia. Lo único que necesitamos es conseguir un horno chiquitín. Déjanoslo a Beowulf y a mí. Si logro conseguir unas ruedas que se ajusten a sus patitas y una canasta para ponérsela en la espalda, la gente se va a amontonar para comprarme los pasteles. Y no olvides, socia mía, que aquí seguimos, vivas. ¿Para qué lloriquear por el pasado? Yo prefiero dar un paso hacia el futuro. —Y dio un golpecito, quizá demasiado fuerte en la cola de Beowulf, porque una mujer que estaba en el rincón se lamentó:

—Escuchen: ahí están de nuevo, están sobre nosotros.

—Tal vez hasta consiga un carrito y lo deje usarlo.

—Son sus nervios —murmuró Selina—, se le debe estar manifestando la tensión.

—¡Me imagino que voy a tener que conseguir una licencia de vendedora ambulante! Va a ser divertido, ¿no crees?

—Depende mucho del carácter de una.

—Anímate, socia, vamos a improvisar una cancioncita para la comunidad, y nos vamos a sentir mejor.

—Silencio —rugió alguien desde el otro extremo de la estancia—, ¡apaguen las luces y dejen de hablar!

Angelina se encogió de hombros. Empujó al perro contra la pared, se sentó en un colchón y comenzó a desatarse los zapatos.

—Como si alguien pudiera dormir en un momento como este —refunfuñó. Nadie quería ser libre. Idiotas estirados, lo único que querían era sentarse con sus trompetillas y sus galletitas —cuántos diminutivos— en sus platitos plateados. Ella recorrería Inglaterra, sus ciénagas, sus páramos, con sus brezos y sus tojos, eso se repetía una y otra vez; quizás, además de Beowulf, podría conseguir un burro. «Siempre quise ser una trotamundos, y no me molestaría, realmente no me molestaría ser una especie de renegada», pero todo eso se lo decía a sí misma, porque Selina se mostraba tan difícil y poco

cooperativa como era posible; viéndolo todo trágicamente. Pero siempre había sido un poco una niña mimada.

Dobbie tragó ruidosamente los últimos sorbos de té.

—Nos vemos en la mañana, y no se preocupe, señorita Tippett: un día esos alemanes van a tener que arrepentirse en grande, y espero estar ahí para verlo. Y al menos se salvó su perro.

—¿Y si intentara descansar, señorita Tippett? —Selina levantó la vista; nunca había notado lo viejo que era el coronel. Él le estaba acomodando el chal sobre los hombros, y a ella no le importó que la tela rosa estuviera llena de manchas negras—. Si quiere usar mi departamento hasta que pueda hacer los arreglos necesarios para quedarse en otra parte, yo encantado. Según me dicen, mi calle está intacta.

—Es de verdad muy amable de su parte.

—Al contrario: a mí me ayuda sentirme útil.

No tendría ya que preocuparse por la renta apenas se levantaba de la cama. Pero era todo muy extraño: no habían pasado ni dos horas desde que había arrastrado a Horatio por esas sólidas, centenarias escaleras. Era como si sintiera Warming Pan en los dedos, como si oyera sus crujidos y ruidos, pero al mismo tiempo ya no existía, y en poco tiempo sería la única persona que lo recordara.

—Es espléndido de su parte —dijo Eve—, espléndido, pero usted debería salir de Londres. ¿No quisiera ir a casa de mis hermanas en el campo?

Selina negó con la cabeza.

—Es una tontería, seguro, pero tengo que permanecer aquí, en mi ciudad. —Les sonrió a ambos y también a la amable chica de cabello bonito que había dado toda la vuelta y había regresado con otra charola.

—Tómese una taza de té —sugirió su vecino, dándole palmaditas en el brazo.

—No, muchas gracias, coronel Ferguson; todos son muy amables, creo que llevo toda la noche bebiendo té. ¡Hay una guerra, ¿sabían?! —La pregunta era un chiste local en Warming Pan, y miró alrededor buscando aprobación. Las miradas que le devolvieron eran en cambio tan serias que se llenó de desconcierto—. ¡Ay, Dios mío! —dijo, porque de pronto sintió un profundo desamparo—, de verdad qué turbador es ser bombardeado.



Acerca del autor

BRYHER. Nació en Margate, Inglaterra, en 1894, y murió en Vevey, Suiza, en 1983. Fue una novelista, poeta, biógrafa, editora y mecenas. Pareja de la escritora Hilda Doolittle y heredera del magnate del transporte marítimo John Ellerman, Bryher —pseudónimo de Annie Winnifred Ellerman— dedicó gran parte de sus días a la difusión de la cultura y a la filantropía. Entre los numerosos proyectos que financió destaca la librería parisina Shakespeare & Co., la editorial Egoist Press, así como su apoyo a algunos de los grandes protagonistas de la escena literaria del siglo xx, como James Joyce, Sylvia Beach, Dorothy Richardson, Edith Sitwell o Marianne Moore. Antes y después de la Segunda Guerra Mundial, desempeñó un papel fundamental en la liberación de docenas de artistas, escritores y críticos de Hitler y del régimen nazi.

Título original: *Beowulf: A Novel of the London Blitz*

Esta edición es publicada por acuerdo con Susan Schulman Literary Agency LLC, Nueva York.

Publicado por primera vez en español por Grupo Planeta

Traducción: Adrián Chávez

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Daniel Bolívar
Fotografía de portada: © Stephen Mulcahey / Trevillion Images
Fotografía de la autora: cortesía de Susan Schulman Literary Agency

Primera edición impresa en México: mayo de 2023
ISBN: 978-607-39-0041-6

Primera edición en formato epub: mayo de 2023
ISBN: 978-607-39-0052-2

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV